



BOLETIN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual



San Juan de los Lagos, Jal.

Agosto de 2008

Nº 313

San Pablo

una
Estrategia
de Anuncio

Septiembre
Mes
de la Biblia

Año Paulino
y de la
Comunión

Diócesis de San Juan de los Lagos. 2008

SUMARIO

Presentación	1
Circular	2
¿Qué es la Lectio Divina?	4

PRIMERA SECCIÓN:

TEMAS:

1. Somos una comunidad de «bienaventurados»	5
2. Somos una comunidad que acompaña a Jesús con la cruz	9
3. Una comunidad que ora al Padre y confía en Él	12
4. «Por la Eucaristía formamos comunidad»	15
5. Vivir en la comunidad la vida de Cristo	19
Año jubilar de San Pablo	23

SEGUNDA SECCIÓN:

I. Pablo de Tarso	24
II. Pablo - La centralidad de Cristo	24
III. Pablo - El Espíritu en nuestros corazones	26
IV. Pablo - la vida en la Iglesia	28
Vida y obra de San Pablo	30

EL PENSAMIENTO TEOLÓGICO DE SAN PABLO:

TEMAS:

1. La persona de Jesús en San Pablo	36
2. El Espíritu Santo en San Pablo	41
3. La Iglesia en San Pablo	45
4. La realidad del hombre en San Pablo	51
5. El final de los tiempos en San Pablo	55

LECTIO DIVINA:

1. «Este tesoro lo llevamos en vasijas de barro»	60
2. «Himno cristológico»	65
3. «Somos instrumentos escogidos por Dios para la evangelización»	67
4. La unidad de la Iglesia	68
Entronización de la Biblia	70
Retiro bíblico: «Discípulos en la comunidad»	74
Oración grupal guiada	77
Trípticos	78

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 34. A. P. 21

Tel. (395) 785-0020 Fax. (395) 785-0171

Correo-E: cpastoral@gmail.com

Messenger: cpastoral@hotmail.com

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Responsable:

Vocalía de Pastoral bíblica

Diócesis de San Juan de los Lagos.

Presentación

La Palabra de Dios presente en la Biblia es un lugar privilegiado para encontrarnos con Jesucristo. Por eso, es importante promover la reflexión orante sobre la Sagrada Escritura, realizada por todos los fieles.

Existen muchos modos de acercarnos a leer Biblia; uno de ellos es la Lectio Divina. La frase latina "Lectio Divina" significa "lectura divina" y describe un modo de leer la Sagrada Escritura: alejarse gradualmente de los propios esquemas y abrirse a lo que Dios nos quiere decir. No sólo queremos estudiar la Palabra, sino orar con ella y buscar compromisos en un ambiente de recogimiento.

En este año, según nuestro Plan Diocesano de Pastoral, hemos de profundizar en nuestro discipulado vivido en y desde la Comunidad. Queremos, a la luz de la Palabra de Dios, fortalecer los espacios de Comunión ya existentes y crear nuevos para vivir de acuerdo al deseo de nuestro Señor Jesucristo: «Padre Santo, guárdalos en tu nombre para que todos sean uno como nosotros» (Jn 17, 11).

Por eso, en este MES de la BIBLIA, guiados por la lectura orante de la Palabra de Dios, proponemos cinco encuentros con la Palabra que nos han de comprometer a vivir el amor de Dios en la Comunidad cristiana: la Iglesia debe ser siempre un espacio de comunión y participación. Ha de ser una comunidad de bienaventurados, fortalecidos por la oración, que se une a la cruz del Señor y que en la Eucaristía encuentra su más profundo significado de Comunión de Vida.

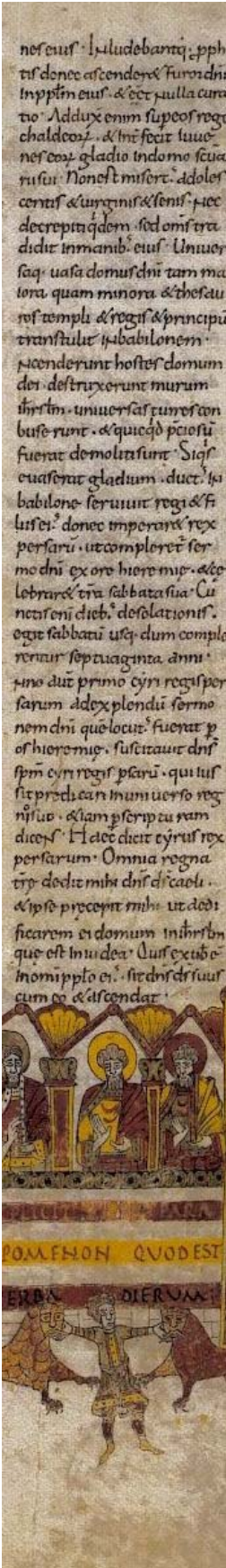
En sintonía con la Iglesia Universal que celebra con gozo el Año Jubilar Paulino es conveniente que en este mes de reflexión bíblica nos acerquemos y conozcamos más la figura de este gran Apóstol a través del mensaje dado en las audiencias por su Santidad el Papa Benedicto XVI. Además proponemos cinco temas sobre el pensamiento teológico del Apóstol y cuatro Lectio Divinas de algunos textos de los escritos de este gran Evangelizador.

Al final del presente boletín encontrarás unos subsidios que pretenden ser instrumentos que favorezcan la reflexión y celebración de la Palabra de Dios en este mes consagrado a su reflexión y profundización: Un Retiro Bíblico, entronización de la Biblia en las familias y en las reuniones de grupos.

Ofrecemos, además, unos trípticos que pueden fotocopiar y entregarse a las Familias para que por semanas en este mes todos tengamos la oportunidad de conocer más y profundizar en el gran mensaje de Salvación contenido en las Sagradas Escrituras. Con estos trípticos no queremos sustituir a los grupos de reflexión que se reúnen para celebrar la semana de la Biblia, sino llegar a más familias.

Es nuestro deseo que en este mes tomemos conciencia del valor de la Palabra de Dios en nuestras vidas y que guiados por Ella formemos en Cristo una Comunidad de Amor.

Vocalía de Pastoral Bíblica



ASUNTO: SEPTIEMBRE MES DE LA BIBLIA**Circular 11/08**

A los presbíteros y diáconos,
a las religiosas y religiosos y
a todo el pueblo cristiano de la Diócesis de San Juan de los Lagos, Jal.

La Iglesia Católica celebra con entusiasmo los dos mil años del nacimiento de San Pablo, apóstol de Jesucristo. Pablo se encontró frente a frente con Jesús cuando perseguía a los fieles de la primitiva comunidad cristiana. En este encuentro con el Señor en el camino de Damasco, su corazón se abrió a la gracia de la conversión, se hizo discípulo suyo y fue el más grande misionero del Evangelio.

Pablo nació en la ciudad de Tarso (Asia Menor) y los historiadores sitúan su nacimiento entre los años 7 y 10 de la era cristiana. Su vida culminó en Roma con el supremo sacrificio del martirio, en la misma época que el Apóstol Pedro, primer Obispo de Roma y Cabeza del Colegio Apostólico. Con carismas diversos Pedro y Pablo trabajaron por la causa de construir la única Iglesia de Cristo.

Con motivo del bimilenario de su nacimiento el Sucesor de Pedro, Benedicto XVI, ha promulgado para toda la Iglesia la celebración de un Año Jubilar Paulino que comenzó en la víspera del 29 de junio de 2008 y culminará el 29 de junio de 2009. Se trata de un año de gracia de Dios para que todos podamos redescubrir nuevamente el “rostro de Cristo” a través del testimonio, la vida, los escritos del apóstol y los relatos bíblicos sobre este discípulo del Señor.

En anterior circular comuniqué a toda la diócesis, secundando los deseos del Papa, el Año Jubilar Paulino en el que los fieles cristianos podrán ganar indulgencia plenaria con esta ocasión con el fin de concretizar lo que el Papa ha concedido para cada Iglesia Particular, próximamente estaré dando a conocer, a propuesta de cada uno de los decanatos, a todos los fieles de esta diócesis los lugares y tiempos en que se podrá ganar esta indulgencia plenaria.

En nuestra Iglesia Diocesana, siguiendo nuestro caminar pastoral, celebramos, también, el Año de la Comunión. Y es que encontrarse con Jesús y seguirlo, aunque es una decisión personal, no es individualista porque el llamado a ser discípulo sólo es posible vivirlo en comunidad en donde se ha de integrar, sintiéndose responsable de su construcción. Hacer la comunidad es una tarea permanente: «Construir el Cuerpo Místico de Jesús».. No puede darse el seguimiento de Jesús al margen de la comunidad eclesial y de la comunidad humana en general. Es dentro de la comunidad donde el cristiano se encuentra con Jesús.

También la Iglesia Católica se prepara para celebrar el Sínodo de los obispos que tendrá como objetivo profundizar sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia. Es una ocasión para que, de la mano de los escritos paulinos, se enriquezca la vida de la Iglesia y de los cristianos. Los cristianos vemos en San Pablo el modelo y ejemplo de discípulo y misionero de Cristo, no importa lo que su vida haya sido antes. Del maravilloso encuentro con Cristo brota el gran amor y el deseo de gastar su vida por la evangelización de todos los hombres y de todos los pueblos. También es el camino a seguir para que nuestra vida tenga la alegría, la entrega y la disponibilidad de construir una comunidad de Amor. Para lograr esta Comunión es urgente un conocimiento más profundo de la Sagrada Escritura y del Magisterio donde encontramos los criterios más fundamentales para vivir la comunión. Les exhorto a que en este mes dedicado a la reflexión de la Palabra de Dios profundicemos en el mensaje evangélico de Comunión y junto con San Pablo reflexionemos en las riquezas de la fe y en el seguimiento de Jesús.

San Juan de los Lagos, Jal. 29 de Julio de 2008

+ *F. Salazar V.*

Obispo de San Juan de los Lagos

LECTIO DIVINA: Un camino para leer y entender la Palabra de Dios

¿Cómo voy a entenderlo si nadie me lo explica?

Este mes de Septiembre dedicado al acercamiento de la Palabra de Dios puede ser un buen momento para reflexionar en la Biblia, tanto de forma personal como en comunidad. Esta parte del boletín tiene la finalidad de dar a conocer un camino para leer y entender la Palabra de Dios a través de la LECTIO DIVINA.

La respuesta del etíope a Felipe: ¿Cómo voy a entenderlo si nadie me lo explica? (Hch 8, 31) es la misma que hoy dan muchos cristianos cuando se les pregunta si leen la Biblia y si comprenden lo que leen. Con frecuencia se sienten como aquel etíope y necesitan de hombres y mujeres que, como Felipe, les ayuden a leer y comprender las Sagradas Escrituras.

¿QUÉ ES LA LECTIO DIVINA?

La «lectio Divina» es una manera de entrar en diálogo con el Dios que nos habla a través de su Palabra. Podemos representar gráficamente el itinerario de la «lectio divina» de esta manera:

1

LECTURA

¿Qué dice el texto?

- * leer el texto de manera atenta y respetuosa.
- * Detenerse (reposar) sobre el texto.
- * Descubrir el mensaje de fe.



2

MEDITACIÓN

¿Qué me dice el texto?

- * Ponerse ante el espejo de la Palabra.
- * Interiorizar.
- * Ahondar en la propia vida.



3

ORACIÓN

¿Qué me hace decirle a Dios?

- * Orar la Palabra: pido, alabo, agradezco...



4

CONTEMPLACIÓN

- * Dios se me da a conocer con la experiencia del corazón.
- * Serenidad ante el misterio de Cristo.



5

COMPROMISO

¿Qué camino de vida me invita a tomar?

- * Ver la realidad con la mirada de Dios.
- * Configuración con Cristo y vida en el Espíritu.
- * Anuncio, compromiso y caridad.



PRIMERA SECCIÓN:**AÑO DE LA COMUNIÓN****TEMA 1:****Somos una Comunidad
de Bienaventurados****Mateo 5,1-12a****INVOCACIÓN AL ESPÍRITU SANTO**

Espíritu Santo, Maestro interior, Promesa de Jesús, enviado para enseñarnos el camino del Evangelio: revélanos cómo es la felicidad del Reino.

Muéstranos el futuro que les aguarda a los que lloran, a los que lo han perdido todo, a los que tienen hambre, a los que están desesperados, a los que son humillados y vejados, a los oprimidos por los poderosos de este mundo, a los que se juegan la vida trabajando por la paz.

Mi mente no alcanza a comprender el sentido de una existencia sumida en el sufrimiento, la pobreza o la injusticia.

A menudo pienso, Señor, que sólo quien disfruta de la vida, quien no ha visto la desgracia, quien no carece de nada y quien puede «realizarse» según sus deseos más hondos puede ser plenamente feliz.

Pero, si esto fuera así, la mayor parte de la humanidad estaría privada de la felicidad que todos deseamos.

Espíritu Santo, ayúdame a entender de qué modo los pobres pueden ser dichosos, ayúdame a confiar en las más misteriosas palabras de Jesús:

¡Felices los últimos: los pobres, los que lloran, los mansos, los que tienen hambre... porque el Reino de Dios es suyo!

LECTURA

En aquel tiempo, al ver Jesús al gentío, subió a la montaña, se sentó y se acercaron sus discípulos, y él se puso a hablar enseñándoles:

Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra.

Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados.

Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados.

Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán «hijos de Dios».

Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos ustedes cuando los insulten, y los persigan, y los calumnien de cualquier modo por mi causa. Estén alegres y contentos, porque su recompensa será grande en el cielo.

ORIENTACIONES PARA LA LECTURA

Las bienaventuranzas son, junto al texto de la sal y la luz (Mt 5,13-16), el pasaje que abre el conocido «sermón del monte» de Mateo. Este sermón es el primero de los cinco grandes discursos de Jesús, presentes en este evangelio:

1. El sermón del monte (5,1-7,29)
2. El discurso de misión (9,35-10,42)
3. Las parábolas (13, 3b-52)
4. El discurso eclesial (18,3-34)
5. El discurso escatológico (23,1-25,46)

Siguiendo la lectura continua del evangelio de Mateo, las bienaventuranzas están situadas inmediatamente después de la llamada de los primeros discípulos (4,18-22) y de un sumario que, de modo concentrado, nos habla de cómo Jesús anunciaba el Reino, con palabra y con obras, en Galilea. Dice así:

«Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo... Y le siguió una gran muchedumbre de Galilea, Decápolis, Jerusalén y Judea, y del otro lado del Jordán» (Mt 4,23-25)

Ésta es la situación que sirve de marco al sermón del monte.

Al leer la bienaventuranzas, podemos fijarnos, en primer lugar, en cuáles son sus protagonistas. ¿Quiénes están presentes? ¿Quiénes hablan? ¿Quiénes escuchan?

Tres son los personajes que se mencionan: Jesús, actor principal de toda la escena, los discípulos y la muchedumbre.

La muchedumbre estaba constituida por gente más bien sencilla y necesitada. Se habla de enfermos y aquejados de diversos sufrimientos (4,24). Cuando Jesús ve a esa gente, se pone a enseñar. Es la presencia de la muchedumbre y su necesidad la que motiva la enseñanza de Jesús. Marcos dice también algo parecido en 6,34: «Y al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles largamente».

Ésas son las muchedumbres que siguen a Jesús. De ellas hubiera dicho Pablo, como dijo de los cristianos de Corinto: «Entre ustedes no hay muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni

muchos nobles. Dios ha escogido, más bien, lo necio del mundo para confundir a los fuertes» (1 Cor 1,26-27).

Los terceros protagonistas del pasaje son la comunidad de discípulos de los que, hasta el momento, sólo conocemos los cuatro que han sido llamados en 4,18-22: Simón Pedro, Andrés, Santiago y Juan.

Viendo a la muchedumbre, Jesús «subió al monte, se sentó y sus discípulos se le acercaron. Y, tomando la palabra, les enseñaba...».

Alguien que «sube al monte» y desde allí da la Palabra recuerda, inevitablemente, a Moisés. Ya el evangelio de la infancia de Mateo evocaba a Moisés en relación con Jesús, al hablar de la matanza de los inocentes y de la huida a Egipto. Y es que en Jesús se cumple la palabra de Dios dirigida a Moisés en Dt. 18,15-18: «El Señor, tu Dios, suscitará, de en medio de ti, un profeta como tú entre tus hermanos, a quien escucharéis». Jesús es ese profeta. Pero es algo más que un profeta: es el único Maestro (Mt 23,8), la Palabra encarnada (Jn 1,14), la sabiduría del Padre. Él se sienta en la cátedra de Moisés y enseña en qué consiste el Reino y cómo han de ser las relaciones que se establecen entre los hijos del Reino entre sí y con Dios: UNA COMUNIDAD DE DICHOSOS.

Las bienaventuranzas constituyen el pórtico de entrada al discurso sobre el Reino. Este discurso va dirigido no sólo a los discípulos, que, en la escena, se sientan más cerca de Jesús, sino también a la muchedumbre.

«Bienaventuranza» significa «felicidad». Jesús, según Mateo, proclama felices a ocho categorías de personas: los pobres de espíritu, los mansos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz y los perseguidos por causa de la justicia. La novena proclamación de felicidad no hace sino ampliar la octava, «dichosos los perseguidos». Esta vez la causa no es la justicia sino «mi causa», la persona de Jesús. Y añade el motivo que tienen para estar alegres los que son maltratados de ese modo: «porque su recompensa será grande en los cielos».

Lucas, en su «sermón del llano» (cf. Lc 6,17), recoge sólo cuatro bienaventuranzas: la de los pobres, los que tienen hambre, los que lloran, los que

son odiados, expulsados de la sinagoga, injuriados y proscritos por causa del Hijo del hombre (Lc 6,20-23). Como vemos, Mateo ha «moralizado» y «espiritualizado» estas bienaventuranzas, convirtiendo a los pobres integrales en «pobres de espíritu», y a los hambrientos de pan en «hambrientos de justicia». Parece que las bienaventuranzas de Lucas se parecen más a las proclamadas por Jesús.

En todo caso, el mensaje va en la misma dirección y se complementa: Jesús proclama dichosas a aquellas personas de las que ninguno de nosotros lo diría. Y la razón es que son herederas de una promesa futura, escatológica, que en el presente no podemos ver, pero que cumplirá Dios en el futuro. Dios es el garante del consuelo de los tristes, de la justicia a los oprimidos, de la misericordia que alcanzará a los misericordiosos... En el presente, eso sólo se puede tener en esperanza. Pero una esperanza de la que podemos fiarnos, porque tuvo un anticipo en Jesús, el Pobre alcanzado por una felicidad que nada ni nadie puede arrebatarse, si siquiera la tortura ni la muerte en cruz.

MEDITACIÓN

Nadie desea ser desdichado, sufrir o carecer de cosas que contribuyen a alcanzar la «calidad de vida» que tanto preocupa en la actualidad y de la que tanto se habla. Una buena alimentación, tiempo libre, ejercicio físico y relaciones interpersonales positivas constituyen los consejos repetidos en los medios de comunicación (revistas y programas de salud y nutrición) para alcanzar la ansiada felicidad y la paz interior. A esto hay que añadir la estética y la cosmética, que prometen proporcionar una imagen aceptable, dentro de los cánones de belleza establecidos, según los cuales un rostro lleno de arrugas o unos cabellos blancos delatando la edad de modo impertinente serían motivos más que suficientes para hundir en la desdicha a las personas que padecieran semejantes males...

Tras esta caricatura se esconde una denuncia: ¿adónde nos arrastra la publicidad y la sociedad de consumo a poner nuestra felicidad? ¿Cuántas veces escuchamos que luchar por la justicia, trabajar por la paz o ser mansos y no prepotentes puede ser una fuente de felicidad y realización mayor que invertir en bolsa, aparentar diez años menos o comprar un coche mejor?

1. Reflexiona qué es lo que te hace sentir feliz o satisfecho/a habitualmente.
2. ¿Te lamentas, a veces, por carecer de cosas que te harían sentir más feliz? ¿Qué cosas echas en falta?
3. ¿A quiénes de las personas que conoces consideras felices? ¿Por qué?
4. ¿Tiene algo que ver tu proyecto de felicidad con el de Jesús proclamado en las bienaventuranzas?
5. ¿Te sientes orgulloso de estar invitado a formar parte de esta comunidad de bienaventurados?

ORACIÓN

Oramos el Salmo 145.

En él late el espíritu de las bienaventuranzas.

**El Señor hace justicia a los oprimidos,
da pan a los hambriento.**

El Señor liberta a los cautivos.

**El Señor abre los ojos al ciego,
el Señor endereza a los que ya se doblan,
el Señor ama a los justos,**

el Señor guarda a los peregrinos.

**El Señor sustenta al huérfano y a la viuda
y trastorna el camino de los malvados.**

**El Señor reina eternamente,
tu Dios, Sión, de edad en edad.**

Siémbraos alma de pobre

**Después de cada estrofa de la siguiente oración,
cantamos o rezamos la antifona:**

¡Oh, pobreza, fuente de riqueza!

Señor, siémbraos alma de pobre.

**Señor, a veces pretendo grandezas que superan
mi capacidad.**

**Mi corazón es ambicioso y deseo ser más impor-
tante que los demás, ser halagado, tenido en
cuenta, estimado.**

**Por eso mi corazón se acongoja ante las críticas,
y mis nervios se crispan ante los fracasos y
contratiempos que trae la vida.**

**Quiero conseguir el aprecio de los demás por mis
éxitos, y nunca estoy seguro de ser amado por
mí mismo.**

**Quiero aparentar seguridad y fortaleza, pero la
verdad es que a menudo me siento como un**

niño desvalido y necesitado de Alguien más fuerte.

Por eso, te suplico...

Señor, ¿cómo voy a ser manso si sólo quien es agresivo triunfa?

¿Cómo escalaré puestos en mi empresa, si dejo que otros me pisen el terreno?

¿Cómo dejaré que me insulten cuando sé defenderme con un sarcasmo capaz de silenciar a cualquier adversario?

Pero, cuando proceso así, no me siento bien, Señor.

Estoy tenso y nervioso.

Mi hogar se transforma en un lugar frío e inhóspito y mi trabajo, en un campo de batalla.

Por eso, te suplico...

Señor, hace mucho que no lloro.

Cada vez me resulta más difícil conmovirme.

Ninguna imagen, ninguna noticia, ninguna desgracia sacude la fuente de mis lágrimas.

No me siento vivo. No me siento humano.

Por eso, te suplico...

Señor, tengo hambre y sed de muchas cosas: aparatos tecnológicos de última generación, ropa que sustituya la del año pasado, dinero para consumir lo que me ofrece el mercado...

Mis ojos no se detienen en la injusticia que sufren los pobres, tan lejanos y tan ajenos.

Por eso, te suplico...

Señor, el ritmo de vida que llevo me inmuniza contra la compasión: no tengo tiempo para escuchar a los demás, no tengo tiempo que perder, no puedo darme cuenta de si alguien necesita de mí.

Por eso, te suplico...

Señor, nadie puede decir que no trabajo por la paz:

he gritado «¡paz!» en todas las manifestaciones de mi ciudad.

Sin embargo... me cuesta ceder, mi rostro es duro, mi palabra, arrogante, mis principios, rígidos e intransigentes.

Por eso, te suplico...

CONTEMPLACIÓN

Él es el pobre de bienes que no tiene dónde reclinar la cabeza (9,58), a quien el Padre asiste con su Providencia, como a las aves del cielo y los lirios del campo (Mt 6,25-34);

- es el pobre de espíritu, unido a Dios y abandonado a su voluntad (Mt 6,10; 26,42), para quien el Padre es el tesoro de su vida (Mt 13,44; 6,21);
- es el manso que renunció a un mesianismo de poder (Mt 21,5; 27,12-14), en cuyas manos el Padre puso todas las cosas (Mt 11,27);
- es el que lloró por su amigo Lázaro y por el desastre de Jerusalén (Jn 11,35; Lc 19,41) y encontró en el Padre su consuelo (Jn 11,41-42);
- es el que tuvo hambre y sed en el desierto (Mt 4,2) y cuyo alimento era hacer la voluntad del Padre (Jn 4,31-30);
- es el hambriento y sediento de justicia, a quien el Padre hizo justicia rescatando su vida de la muerte (Hch 2,24);
- es el misericordioso con los enfermos y pecadores (Mt 9,36) que encontró misericordia en quien lo resucitó de entre los muertos (Hb 5,7);
- es el limpio de corazón que veía y escuchaba a Dios (Mt 3,16-17);
- es el pacífico que ordenó envainar la espada a su defensor (Mt 26,52-53) a quien el Padre llamó dos veces: «Mi Hijo amado, mi predilecto» (Mt 3,17; 17,5);
- es el perseguido por hacer justicia a los pobres de la tierra (Jn 5,18; 7,19; 8,59; 10,39) cuya recompensa fue Dios mismo.

Contempla a todas las personas que encontraron la felicidad al encontrarse con Jesús (el leproso, el parálítico, la hemorroisa, la mujer encorvada, la cananea, Zaqueo, la pecadora pública...). ¿Te ha pasado a ti lo mismo? Si te ha pasado ya, entonces formas parte de esa comunidad de dichosos.

COMPROMISO

Me esforzaré en vivir en mi comunidad las bienaventuranzas con la esperanza de una vida eternamente feliz.

Recordaré siempre que siendo bienaventurado es como pertenezco a la comunidad de verdaderos discípulos de Jesús.

TEMA 2:

Somos una Comunidad que acompaña a Jesús con la Cruz

(Lc 9, 18 - 24)

**ORACIÓN INICIAL:***Salmo 50**(A dos coros, salmodiado y delante de una cruz):*

*Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.
Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra tí, contra tí sólo pequé,
cometí la maldad que aborreces.
En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.
Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.
Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rociame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.
Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.
Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.
Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso:
enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.
Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.
Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.
Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.*

*Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú no lo desprecias.*

*Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:
entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos.*

LECTURA*(Lc 9, 18-24)*

Una vez que Jesús estaba orando solo, en presencia de sus discípulos, les preguntó: ¿Quién dice la gente que soy yo? Ellos contestaron: Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros dicen que ha vuelto a la vida uno de los antiguos profetas. Él les preguntó: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Pedro tomó la palabra y dijo: El Mesías de Dios. Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y añadió: El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día. Y, dirigiéndose a todos, dijo: el que quiera seguirme, que se niegue así mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará. Palabra del Señor.

ORIENTACIONES PARA LA LECTURA:

Tras su primera experiencia evangelizadora, han visto a Jesús multiplicar sus pobres cinco panes para alimentar a una multitud, los discípulos han de responder sobre la identidad del Señor. Ellos traen «noticias frescas». Cuando predicaban y sanaban en nombre de Jesús ¿qué han escuchado a la gente? ¿Qué piensan de Él? ¿Qué es lo que están entendiendo?

Como subrayan los tres sinópticos, Pedro, espontáneamente, toma la palabra y responde a Jesús. No porque se lo han encargado, sino por su peculiar relación con Jesús. Pero su respuesta no es sólo suya, expresa lo que creen los demás discípulos, de alguna forma los personifica y representa. Esta figura del Pedro «portavoz» de los discípulos, reaparecerá con frecuencia. También, en Pentecostés, comenzará Pedro la predicación cristiana.

«Tu eres el Mesías de Dios». Jesús lo había proclamado en la sinagoga de Nazaret. Ahora es reconocido por Pedro y los discípulos. No sólo anuncia los tiempos mesiánicos, como piensa la gente. Él realiza la llegada de esos tiempos. San Mateo lo explícita aún más: «el Mesías, el Hijo del Dios vivo». Jesús responde aquí con la promesa del primado: «tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia... etc» (Mt 16,16ss).

Jesús les pide silencio. Esta reserva de Jesús aparece sobre todo en san Marcos. Jesús no quiere que se malinterprete su mesianismo. Sólo quien ha conocido del todo a Jesús, esto es, hasta la muerte y la resurrección, puede hablar de Él con acierto. Jesús no quiere despertar entusiasmos facilones. Invita a participar a la comunidad en su cruz para renacer a una vida nueva. Ahora es momento de ser «discípulos»... luego, tras pasar por el escándalo de la cruz y verle resucitado, recibirán la fuerza del Espíritu para ser «apóstoles». Por eso les anuncia de inmediato su pasión, muerte y resurrección.

MEDITACIÓN

Tomar parte en la cruz de Jesús, que Él abraza por nosotros...

¿No seré yo un seguidor «de boquilla», sólo teórico, sin abrazar su cruz? A veces, lo reconozco, estoy preocupado ante todo por mi propio bienestar, éxito, seguridad... como si me pudiera salvar a mi mismo, encerrado en mi torre de marfil.

¿Qué lugar ocupan los otros en mi vida? ¿Qué puesto ocupa el servicio desinteresado a los demás? ¿Qué sensibilidad tengo para los sufrimientos ajenos, para las injusticias del mundo, para los problemas del hambre, la opresión, la violencia, para comprometerme a favor de un mundo más conforme al designio de Dios?

El Hijo de Dios se ha hecho hombre, y ha cargado con nuestras miserias hasta el extremo de

morir en la cruz, para que nosotros, uniéndonos a Él por la fe y el bautismo, incorporados a su muerte redentora, participemos también de su resurrección y nazcamos de nuevo como hijos de Dios. ¿Dónde está la novedad de mi vida como cristiano? ¿En qué se diferencia de la vida de quienes no creen?

«Negarse a uno mismo», en cristiano, implica primeramente este reconocimiento de la primacía de Dios, de que somos un don de Dios para nosotros mismos. Lo contrario de lo que la serpiente sugiere a Eva en el Paraíso. Es reconocer que sólo Dios es Dios. Y por tanto, no hacer de uno mismo la medida de todas las cosas, estar dispuesto a la renuncia, al sacrificio, al esfuerzo, a la generosidad. No vivir pendiente de uno mismo, de sus caprichos, sino pendiente de Cristo y por Él de las necesidades de todos los hombres. La «abnegación» es la virtud de los que saben amar. Y la característica de los hombres libres.

ORACIÓN

«Tomar la propia cruz». ¿Y qué es la cruz? La cruz es la entrega de su propia vida que hace Cristo, por obediencia al Padre, en favor de los hombres. Jesús sabe que el Padre ama a los hombres y quiere librarlos de todo mal y hacerlos hijos suyos. Para cumplir esta voluntad de Dios, por puro amor a su Padre, acepta Jesús incluso su propia crucifixión. Tomar la cruz cada día es hacer nosotros lo mismo. Amar a Dios de tal modo que, por cumplir su voluntad, nos entreguemos cotidianamente al bien del prójimo, sin reparar en los sacrificios que ello pueda comportar. Sólo ama de verdad quien está dispuesto a sufrir, a pagar un precio por el bien de la persona amada. Con Cristo y por Cristo, podemos vivir este amor pleno y verdadero con la entrega de la propia vida... Es un don suyo, nos sobrepasa totalmente. Sólo podemos tomar la cruz... unidos a Cristo y con la ayuda de su gracia.

OREMOS:

Señor ¡yo quiero seguirte! Y quiero conocerte. Señor, enséñanos a orar, para identificarnos contigo, para vivir tan cerca de ti, que te conozcamos a fondo, y te amemos de verdad.

Señor, ¡yo quiero seguirte! Ayúdame a comprender el misterio de tu cruz. Líbrame de todo

temor. Ponga en ti mi confianza. Que lo espere todo de ti. Que sólo espere en ti. Y así, Señor, que llegue a ser libre. Libre para darme a todos. Libre para vivir contigo. Libre para amar sin medida.

Señor ¡yo quiero seguirte! Y escuchar lo que tu me dices. Lo que tú me pides, lo que tú me sugieres, lo que tú me propones. Descubrir quien soy yo de verdad, y el inmenso valor de mi vida. Conocerme conociéndote, conocerme como tú me conoces. Por el camino, contigo. Viviendo tu misma vida.

Señor ¡yo quiero seguirte! Y vivir así contigo siempre. Hasta la cruz. Hasta la Vida.

Leo atentamente Filipenses 2, 5-11

Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

CONTEMPLACIÓN

Contemplemos interiormente la escena. Jesús solo, en medio del campo. Y no lejos, sus discípulos. Mirar a Jesús que ora. ¿Qué le dice al Padre? ¿Qué le escucha decirle? ¿Cuál es su actitud? ¿Qué hay aquí de excepcional, para que los evangelistas nos hablen una y otra vez de cómo oraba Jesús?

Mirar ahora a la comunidad de los discípulos. Le contemplan. Desean participar de esa intimidad de Jesús con su Padre. ¿Qué piensan de Él? Acaban de regresar de predicar en su nombre y le han visto hacer milagros ¿Qué piensan de Él cuando le ven en presencia de Dios?

Ahora se vuelve hacia ellos. Les pregunta. Ver como se cruzan sus miradas, la expresión de sus rostros. Sus gestos. ¿Qué dicen de ti las gentes, Jesús? Lo que decían aquellos. Lo que dicen las

gentes ahora. En el fondo, la misma necesidad de esperanza, la misma sed de salvación, expresada de modos tan diversos. También mi gente, la gente de nuestros días, vive esperando al Mesías... Y yo también se lo cuento. Ver a Jesús que escucha. Es amigo de escuchar. Escucha con una hondura infinita. Comprende. Ama la verdad de las personas. Es para mi, para quien hoy el Señor habla.

Vivimos con miedo. Por eso desconfiamos de todos y de todo, y tomamos la vida como una competición en la que «pisas o te pisan». Lo más contrario a la fe. Cristo, confiando totalmente en el Padre, nos enseña a amar y nos libera del miedo. Porque vivir preocupados de nosotros mismos, «queriendo salvar» la propia vida, lleva al desastre, al fracaso, a la perdición.

El hombre no es capaz de darse la salvación y la felicidad a sí mismo. Es un don que sólo puede recibir, nunca conquistar. Es una salvación que se vive en una comunidad de hermanos.

Sobre Jesús todo el mundo opina, y mucho me interesa escuchar. Saber lo que piensa la gente. Pero quien es Cristo no lo aprendo de lo que digan unos y otros, ni de las campañas de prensa y los «estados de opinión». Su identidad, la revela Jesús mismo a quien acepta convivir con Él. Como dirá san Mateo no «los hombres, sino el Padre que está en los cielos» (Mt 16,17).

Conocer las opiniones para conocer a las personas, y para orar por ellas, y para poder entablar ese diálogo esencial a la evangelización. Pero conocer en primera persona a Cristo, cultivando la intimidad con Él en el seno de su Iglesia, que es su Pueblo y es su Cuerpo. Cristo está resucitado, vivo. Podemos tener acceso. En la fe de los apóstoles, que llenos de su Espíritu anunciaron lo que desde dentro conocieron. «No te lo han revelado (las opiniones de) los hombres, sino mi Padre que está en los cielos».

COMPROMISO

¿Estoy dispuesto a compartir con Jesús el sufrimiento, la enfermedad, la cruz como medio de salvación?

Como miembro de una comunidad de hermanos, ¿me comprometo a cargar con mi cruz, a dejarme ayudar con mi carga y a ayudar a los demás con la suya?

TEMA 3:

Una comunidad que ora al Padre y confía en Él

Mateo 6, 7-15



DIOS ES MI PADRE

Dios es mi Padre, qué feliz soy! Soy hijo suyo, hijo de Dios.

Si Dios cuida de mí, ¿qué me puede faltar? ni un solo instante, no, me deja de mirar; mi vida suya es, cual diestro tejedor, la va tejiendo El con infinito amor.

Hilo por hilo tejiendo va, si tú le dejas ¡que bien lo hará! Después del huracán un pájaro cayó, no creas que eso fue sin permitirlo Yo; el pajarillo aquel se vende por unas monedas, no tienes que temer, tú vales mucho más.

No ves con qué primor El sabe engalanar al lirio que tal vez mañana han de cortar; pues si a una humilde flor cuida tu Dios así, ¡con qué infinito amor no cuidará de ti!

En el cielo se ven mil estrellas brillar; Dios las conoce bien, Dios las puede contar.

Si El mismo fue a buscar la oveja que perdió, jamás me ha de olvidar aunque le olvide yo.

Dios es mi Padre, mi Padre es Dios. Dios es mi Padre, ¡qué feliz soy!

LECTURA

“Y al orar no repitas palabras inútilmente, como hacen los paganos, que se imaginan que por su mucha palabrería Dios les hará más caso. No sean como ellos, porque su Padre sabe lo que necesitan aun antes de habérselo pedido. Ustedes deben orar así:

‘Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra así como se hace en el cielo.

Danos hoy el pan que necesitamos. Perdónanos nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido. Y no nos expongas a la tentación, sino líbranos del maligno. “Porque si ustedes perdonan a los demás el mal que les hayan hecho, su Padre que está en el cielo los perdonará también a ustedes; pero si no perdonan a los demás, tampoco su Padre perdonará el mal que ustedes hacen.

ORIENTACIONES PARA LA LECTURA

Nuestra forma de ser comunidad: orar como hijos.

En nuestro camino de comunidad que tiende a despertar y vigorizar en nosotros la gracia bautismal, la Palabra de Dios va creando en nuestro corazón las actitudes y sentimientos de Jesús, el Hijo amado, que hemos de expresar en nuestra vida de discípulos.

Este Evangelio nos lleva otra vez al “discurso de la montaña”, para aprender allí en la contemplación y la escucha del Maestro, a orar y a vivir como hijos de Dios.

Renovar la relación de amor con el Padre (6,7-8)

El Padre nuestro es la oración de Jesús, el Hijo amado, quien por pura gratuidad nos participa lo que Él es, nos hace iguales, hijos en él y como él hasta el punto que podamos dirigirnos al Padre con su mismo espíritu: “¡Abbá, Padre!” (Romanos 8,15).

Enseñándoles el Padre nuestro, Jesús comparte con los discípulos la relación de amor que vive con el Padre; por eso, los discípulos “no multiplican las palabras como los paganos” (Mateo 6,7) pues tie-

nen puesta la confianza en el Padre que los ama y conoce sus necesidades: “Ustedes no recen de ese modo porque antes de que pidan, el Padre sabe bien lo que necesitan” (6,8).

MEDITACIÓN

“¡Padre!”. Jesús no le decía a Dios Padre, sino “Abbá” que es una expresión de familiaridad propia del niño en la relación con su papá”. En español podríamos decir “Papaíto, papito lindo”. Esto, nos deja entender que Jesús trató siempre a Dios con la confianza de un niño a su papá, y así quiere que hagamos también nosotros.

La Palabra “Nuestro” nos hace reconocer que es en la paternidad de Dios donde se fundamenta nuestra fraternidad, somos hermanos, porque hijos amados del Padre, ¡todos venimos de la misma Fuente!

En las siete peticiones del Padre nuestro, Jesús nos enseña a pedir al Padre lo que Él mismo quiere darnos.

Las tres primeras peticiones:

Santificado sea tu Nombre: Que el Padre sea reconocido como Dios por todos.

Venga tu Reino: Que al reconocernos como hijos de Dios podamos vivir en la justicia, la igualdad y la solidaridad; el Reino del Padre es la fraternidad de sus hijos.

Hágase tu Voluntad: que realice su proyecto eterno sobre cada uno de nosotros reproduciendo en todos la imagen de su Hijo (Romanos 8,28).

Con estas primeras peticiones, Jesús nos enseña que la oración es salir de sí mismo y entrar en sintonía con el corazón del Padre para querer lo que Él quiere de nosotros, porque sabemos que el Padre nos ama y nos quiere felices.

Las otras tres peticiones:

Las cuatro peticiones siguientes nos hacen mirar al Padre como el dador de todo bien, que cuida y se compadece de sus hijos.

“Danos hoy el pan de cada día”: confiados en el Padre, Dios de la vida, le pedimos el pan, las posibilidades de trabajo y de sustento, con las cuales el sigue recreando nuestra vida, y le pedimos también el Pan del cielo, Jesús Eucaristía, el alimento que perdura y no nos dejará morir jamás.

“Perdónanos como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”: Con esta suplica, Jesús quiere

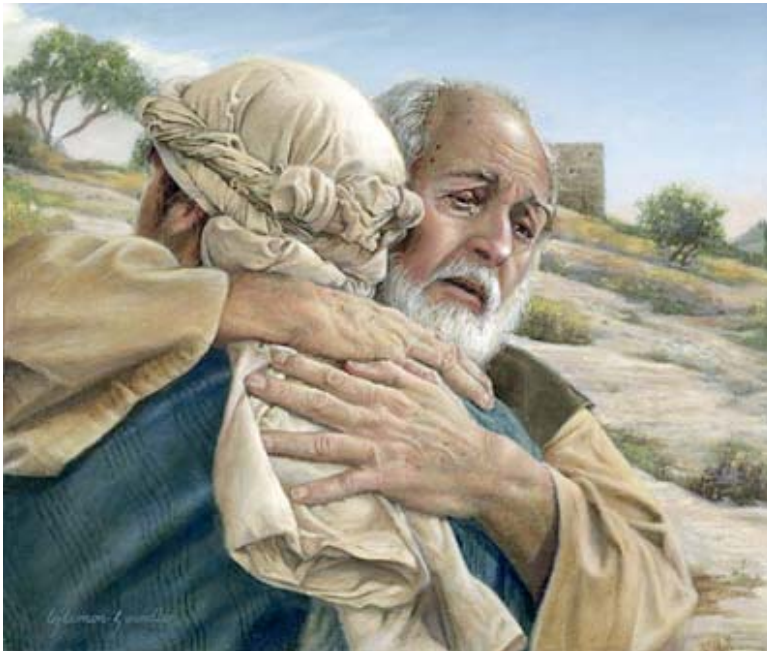
ayudarnos a mantener viva en nosotros la conciencia de que somos pecadores, pero que en Él y por Él podemos esperar confiados la misericordia del Padre; la sana conciencia de nuestro pecado nos ubica en la humildad y nos hace abiertos, tolerantes y comprensivos los unos con los otros, dispuestos al perdón y a la misericordia. Por eso, para Jesús es obvio que cuando suplicamos el per-

dón del Padre, ya nos hemos perdonado entre nosotros.

“No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal”: nuevamente Jesús nos sitúa en la humildad de corazón que nos saca de nuestra autosuficiencia y nos hace depender confiadamente de la misericordia y el poder del Padre que en Jesús ya nos ha librado del pecado y de las fuerzas del mal.

Estas peticiones están marcadas por un hondo sentido de solidaridad, de comunidad y de fraternidad que agrada al Padre y le permite ver y escuchar en nosotros la oración de Jesús, su Hijo amado.

El Padre nuestro identifica nuestros sentimientos con los de Jesús, nos hace partícipes de su identidad, oramos en Él, por Él y como Él.



ORACIÓN

Padre Santo, en el silencio de mi corazón quiero decirte con María: “Hágase en mi según tu designio, según tu plan”. Y con Jesús en el huerto también te digo: “No se haga lo que yo quiero sino lo que tu”.

Dame tu gracia para consentir a tu acción en mi en este momento de mi vida. Ilumina mi espíritu para que vea claro lo que tu quieres de mí, para que colabore contigo y no ponga obstáculos a tus planes sobre mí. Ven en mi ayuda, Señor, ¡No me dejes solo!

Padre bueno, reconozco que he sido cobarde y frágil y he cedido muchas veces al mal. Reconozco que he caído pero tú me has levantado, me has perdonado y me seguirás levantando porque sigo siendo frágil y pecador.

Ayúdame Jesús, dame tu fuerza, dame tu Espíritu en abundancia para que te sea fiel y siga tu camino. Que nada ni nadie me obligue a separarme de Ti y que no me deje engañar ni esclavizar por nada ni por nadie. Libranos, Señor del mal de este mundo.

ORACION DEL PADRE NUESTRO REALIZADA POR DIOS PARA TI

Hijo mío

que estás en la Tierra,
preocupado, confundido, desorientado,
solitario, triste, angustiado...

Yo conozco perfectamente tu nombre,
y lo pronuncio bendiciéndolo porque te amo.
¡No!.. No estás solo, porque yo habito en ti;
juntos construiremos este Reino,
del que tú vas a ser mi heredero.

Deseo que siempre hagas mi voluntad,
porque mi voluntad es que tú seas feliz.
Debes saber que cuentas siempre conmigo
porque nunca te abandonaré
y que tendrás el pan para hoy.
No te preocupes.

Sólo te pido que siempre lo compartas
con tu prójimo... con tus hermanos.

Debes saber que siempre perdono todas tus
ofensas, antes incluso que las cometes,
aún yo sabiendo que las harás
por lo que te pido que hagas tú

lo mismo con los que a ti te ofenden.

Deseo que nunca caigas en la tentación
por lo que tómate fuerte de mi mano
y siempre aférrate a mí
que yo te libraré del mal.

Recuerda y nunca olvides que **TE AMO**
desde el comienzo de tus días
y **TE AMARE** hasta el fin de los mismos...
¡YO TE AMARE SIEMPRE
PORQUE SOY TU PADRE!

¡Que Mi Bendición quede contigo
y que Mi Eterno Amor y Paz te cubra siempre,
porque en el mundo no la podrás obtener
como Yo sólo la doy porque...
¡YO SOY EL AMOR Y LA PAZ!

CONTEMPLACIÓN

1. ¿Qué comparte con nosotros Jesús al enseñarnos el Padre Nuestro?
2. De las peticiones del Padre Nuestro, ¿Cuál es aquella con la cual más me identifico y por qué?
3. ¿En qué hago consistir concretamente mi relación con el Padre? ¿Solamente pido cosas o también sé bendecir su nombre?

“Los grandes misterios que se cumplen en este tiempo deberían ser el objeto de nuestras meditaciones y animar tanto nuestra devoción, que, conservando siempre la presencia de Dios, nosotros fuésemos constantemente bien dispuestos como debemos para solemnizar dignamente la Pascua” (San León Magno, “Sobre la Cuaresma”)

COMPROMISO

Me comprometo a orar siempre al Padre sintiéndome comunidad de hermanos, por eso siempre diré Padre nuestro y no Padre mío.

Aceptaré siempre la voluntad de mi Padre y no la mía.

Compartiré el pan con los que más necesitan y más sufren.

Lucharé contra todas las tentaciones especialmente contra el egoísmo, el individualismo y todo aquello que rompa con la fraternidad y la solidaridad.

TEMA 4:

«Por la Eucaristía Formamos Comunidad»

Mt 26,26-28



ORACIÓN AL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE SANTO TOMAS DE AQUINO

¡Oh, Santísimo Jesús, que aquí eres verdaderamente Dios escondido; concédeme desear ardientemente, buscar prudentemente, conocer verdaderamente y cumplir perfectamente en alabanza, y gloria de tu nombre todo lo que te agrada.

Ordena, ¡oh Dios mío!, el estado de mi vida; concédeme que conozca lo que de mí quieres y que lo cumpla como es menester y conviene a mi alma. Dame, oh Señor Dios mío, que no desfallezca entre las prosperidades y adversidades, para que ni en aquellas me ensalce, ni en éstas me abata.

De ninguna cosa tenga gozo ni pena, sino de lo que lleva a Ti o aparta de Ti. A nadie desee agradar o tema desagradar sino a Ti. Séanme viles, Señor, todas las cosas transitorias y preciosas todas las eternas. Disgústeme, Señor, todo gozo sin Ti, y no ambicione cosa ninguna fuera de Ti. Séame deleitoso, Señor, cualquier trabajo por Ti, y enojoso el descanso sin Ti.

Dadme, oh Dios mío, levantar a Ti mi corazón frecuente y fervorosamente, hacerlo todo con amor, tener por muerto lo que no pertenece a

tu servicio, hacer mis obras no por rutina, sino refiriéndolas a Ti con devoción. Hazme, oh Jesús, amor mío y mi vida, obediente sin contradicción, pobre sin rebajamiento, casto sin corrupción, paciente sin disipación, maduro sin pesadumbre, diligente sin inconstancia, temeroso de Ti sin desesperación, veraz sin doblez; haz que practique el bien sin presunción que corrija al prójimo sin soberbia, que le edifique con palabras y obras sin fingimientos.

Dame, oh Señor Dios mío, un corazón vigilante que por ningún pensamiento curioso se aparte de Ti; dame un corazón noble que por ninguna intención siniestra se desvíe; dame un corazón firme que por ninguna tribulación se quebrante; dame un corazón libre que ninguna pasión violenta le domine.

Otórgame, oh Señor Dios mío, entendimiento que te conozca, diligencia que te busque, sabiduría que te halle, comportamiento que te agrade, perseverancia que confiadamente te espere, y esperanza que, finalmente, te abrace.

Dame que me aflija con tus penas aquí por la penitencia, y en el camino de mi vida use de tus beneficios por gracia, y en la patria goce de tus alegrías por gloria. Señor que vives y reinas, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.



LECTURA

Durante la Cena, Jesús tomó pan, pronunció la bendición, lo partió y dándolo a sus discípulos, dijo:

— *Tomen y coman: esto es mi cuerpo.*

Tomó luego un cáliz y, después de dar gracias, lo dio a sus discípulos diciendo:

— *Beban todos de él. Porque ésta es mi sangre, sangre de la alianza, que se derrama por todos para el perdón de los pecados. Palabra del Señor.*

Dejemos que la Palabra nos hable, nos penetre y conduzca. Jesús nos ofrece un Cuerpo partido y una Sangre derramada, para el perdón de nuestros pecados.

Leer las veces que sea necesario el pasaje del evangelio.

¿Qué me dice la Palabra contemplada? - lo que personalmente me impacta.

Compartir espontáneamente.

Este pasaje que nos narra Mateo, y que también encontramos en Lc 22, 19-20; Mc 14,22-24; y 1Co 11,23-26, nos deja ver claramente que nuestra vida no tendría sentido, sino en relación a Jesús inmolado por nosotros; que quiere hacer de nuestra existencia una misma vida partida, entregada y derramada con la suya.

MEDITACIÓN

La Eucaristía es el gesto más humano, y más divino que podamos imaginar. Ésta es la verdad de Jesús: tan humano, y sin embargo, tan divino; tan cercano y, sin embargo, tan misterioso; tan sencillo y, sin embargo, tan inasible... Pero ésta es la historia de Jesús, que, «a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos; y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2,6-8).

Sin duda, es la historia de Dios que quiere acercarse tanto a nosotros que podamos verlo con nuestros propios ojos, oírlo con nuestros propios

oídos, tocarlo con nuestras propias manos; tan cerca que no haya entre nosotros y él nada que nos separe, nos divida, nos distancie...

Jesús es Dios-con-nosotros, Dios-para-nosotros, Dios-dentro-de nosotros. Jesús es Dios entregándose por completo, derrochando su vida por nosotros sin ningún tipo de reserva. Jesús no se guarda nada ni se aferra a lo que posee. Da todo lo que tiene a manos llenas, se da todo: «coman... beban... esto es mi cuerpo, ésta es mi sangre... éste soy yo que me entrego a ustedes»..

Pero Jesús quiere hacer de nuestra existencia una misma oblación con la suya. Nos hace partícipes por nuestro bautismo de su misión apostólica y sacerdotal; nos basta con hacer de todos los acontecimientos y de todas las cosas un sí al Padre como el SÍ de Jesús al Padre en el Espíritu Santo.

Jesús es la realidad; dando su vida o derramando su sangre en sacrificio, ha conseguido nuestra salvación. Si nos unimos, por la fe, a su DONACIÓN, nuestra vida se hace donación a Dios.

Jesús se ha hecho nuestro pan, nuestro perdón, nuestro responsable, sacerdote y víctima, para purificarlo todo en el fuego de una Entrega Total, en nombre nuestro, al Padre, en el Espíritu, para bien de todos los hermanos y hermanas. Limitaciones y éxitos, pecados y virtudes, gozos y tristezas, angustias, miedos y esperanzas, enfermedades y salud, todo es suyo y todo debe ser transformado en amor.

Gracias a la Eucaristía, descubrimos a Dios-Amor en nuestro corazón y en el del prójimo. No lo encontraríamos en los otros y en las otras, si antes no lo encontráramos en el partir el pan y en la contemplación de su Palabra.

Hemos comido su cuerpo y bebido su sangre; y, al hacerlo, todos los que hemos comido del mismo pan y bebido de la misma copa nos hemos convertido en un solo cuerpo.

Este nuevo cuerpo es un cuerpo espiritual, formado por el Espíritu de amor, y se manifiesta de maneras muy concretas: en el perdón, en la reconciliación, en el apoyo mutuo, en la ayuda a las personas necesitadas; enfermos, adictos, marginados, excluidos, analfabetas, solitarios, encar-

celados, hambrientos, sedientos, emigrantes, desnudos, niños y niñas de la calle, etc.

El mundo verá a Cristo en la medida en que vea comunidades cristianas que viven la comunión (Jn 17,23). Los hermanos y hermanas son tan quebradizos como nosotros y, por esto, necesitan ver en nosotros la misericordia de Dios redentor, que se hace compasión, sintonía, comprensión y colaboración sincera.

Así pues, la comunión crea comunidad, y la comunidad siempre nos llevará a la misión.

La comunión nos hace mirarnos y hablarnos unos a otros, nos descubrimos unos a otros como personas que se pertenecen mutuamente, por que cada uno de nosotros le pertenece a Él.

Por lo tanto, en el sacrificio Eucarístico de Jesús «se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia», puesto que es «la fuente y la culminación de toda la vida y predicación evangélica» (PO 5).

Jesús sale al encuentro de su Iglesia y de cada uno y una de nosotros en los acontecimientos de todos los días. Nuestro camino personal y comunitario de Iglesia peregrina se hace asociación personal con Él. Jesús asume nuestra realidad cotidiana y la transforma desde su raíz, purificándola de todo pecado y haciéndola complemento de su pasión.

Es así que sólo falta nuestra oblación, entrega, ofrenda, como parte integrante de la suya. Sintonizar con sus amores y sentimientos de DONACIÓN al Padre y a los hermanos y hermanas en el Espíritu.

Cuando se vive al margen de los amores de Cristo, todo se convierte en cálculos estadísticos, en deseos absurdos de eficacia inmediata, en proselitismo exagerado, en abandono de campos

apostólicos humildes y en preocupaciones absorbentes por las propias necesidades.

Sin embargo, cuando la vida personal y comunitaria se alimenta de JESUCRISTO, no se dejará llevar de los vientos de simpatías y alergias, ni tampoco de modas del momento. Para el corazón que ama se abren siempre nuevos campos de evangelización, en los que hay que ejercitar el amor.

Los hombres y mujeres de hoy necesitan ver signos fecundos, portadores de Cristo; esto sólo es posible si hacemos de nuestra vida y de la vida de nuestras comunidades (religiosas, familia, parroquia) una donación incondicional y total a imitación de Jesucristo al Padre.

La vida entregada, que tiene lugar en cada persona y en cada comunidad, se descubre con la «relectura» de los acontecimientos y de la vida, a la luz de esta donación total de Jesucristo que asocia el sí de María y de la Iglesia.

ORACIÓN

GRACIAS SEÑOR, POR LA EUCARISTÍA...

Gracias Señor, porque en la última cena partiste tu pan y vino en infinitos trozos, para saciar nuestra hambre y nuestra sed...



Gracias Señor, porque en el pan y el vino nos entregas tu vida y nos llenas de tu presencia.

Gracias Señor, porque nos amastes hasta el final, hasta el extremo que se puede amar: morir por otro, dar la vida por otro.

Gracias Señor, porque quisistes celebrar tu entrega, en torno a una mesa con tus amigos, para que fuesen una comunidad de amor.

Gracias Señor, porque en la Eucaristía nos haces UNO contigo, nos unes a tu vida, en la medida en que estamos dispuestos a entregar la nuestra...

Gracias, Señor, porque todo el día puede ser una preparación para celebrar y compartir la Eucaristía...

Gracias, Señor, porque todos los días puedo volver a empezar..., y continuar mi camino de amor con mis hermanos, y mi camino de transformación en ti...

¡GRACIAS, SEÑOR!

CONTEMPLACIÓN

Sólo desde esta perspectiva sacerdotal-comunitaria, podemos hacer frente en fidelidad creativa a tantas necesidades que aquejan a la humanidad.

«Nuestro mundo empieza el nuevo milenio cargado de las contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico, que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando no sólo a millones y millones de personas al margen del progreso, sino a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana. ¿Cómo es posible que, en nuestro tiempo haya quien se muere de hambre; quién está condenado al analfabetismo; quien carece de la asistencia médica más elemental; quien no tiene techo dónde cobijarse?» (NMI 50).

Comer el pan en la mesa con los enemigos hasta quedar saciados significa la plenitud, no sólo de la necesidad física de alimento sino tam-

bién haber llenado el vacío que me produce la incompreensión, la indiferencia, los rencores, en mi relación con mi prójimo.

El alimento que me da Jesús me llena completamente: sana mi debilidad y me pone en comunión con El y mis hermanos. La comunión la realiza Cristo y sólo se dará si hay auténtica reconciliación. Te pedimos, Señor, que reconociendo el don del perdón que nos das nunca neguemos el perdón a quien nos lo solicita.

El Señor Jesús, nos da la capacidad de vivir en profundidad el misterio de la Comunión Eucarística, para que seamos siempre y en toda circunstancia, solidarios con nuestros hermanos.

El Señor Jesús nos invita a llegar a Él, a compartir con Él la gloria de los justos. Nos da los medios para llegar y nos ha dejado su Palabra y la Eucaristía para que nos guíen y nos iluminen en nuestro caminar. Nos ha mostrado cómo debemos vivir en comunión, cómo comportarnos, cómo actuar para merecer estar a su lado.

COMPROMISO

La comunidad comienza a ser fecunda cuando vive su vocación de servicio y sus propios carismas de misión irrepitible. Sólo el amor fraterno, de dar y recibir, es capaz de hacer de la vida una oblación unida a la de Cristo.

La tarea evangelizadora que Dios encomienda a cada bautizado y comunidad cristiana se realiza dando pasos hacia el amor. El amor vence el sufrimiento y las limitaciones, restaurando la creación, las personas y las comunidades.

Dios no espera grandes cosas, sino solamente un corazón abierto y unas manos dispuestas a compartir el trabajo, el pan y la convivencia. Nuestra verdadera riqueza consiste en la capacidad de: entregarnos en el cuerpo y la sangre de Cristo.

¿A qué me comprometo esta reflexión?

¿Qué acciones concretas voy a realizar para vivir la comunión?

TEMA 5:

Vivir en la Comunidad la Vida de Cristo

Juan 10,1-10



INVOCACIÓN AL ESPÍRITU

Espíritu Vivificador, abre mis oídos a la voz del único Pastor y Guardián de nuestras vidas, guía mis pasos por las sendas que Él me traza, hazme entrar, de tu mano, por la única Puerta cuyo umbral está lleno de Luz, y tras la cual encontraré verdes pastos y manantiales de agua inagotables.

No permitas, Espíritu de la Verdad, que me pierda tras la voz de los extraños, ni que olvide la Noticia que levanta la esperanza, ni que ponga mis pies tras las huellas de quienes no pueden salvar.

Espíritu de Amor, regálame, como a María en la mañana de Pascua, escuchar mi nombre nuevo en los labios del Resucitado.

Dame escuchar su llamada.

Dame ponerme en pie y seguirle adonde quiera que vaya.

LECTURA

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos:

- Les aseguro que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ése es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A éste le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen porque conocen su voz: a un extraño no lo seguirán sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.

Jesús les puso esta comparación, pero ellos no entendieron de qué les hablaba. Por eso añadió Jesús:

- Les aseguro que yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido antes de mí son ladrones y bandidos; pero las ovejas no los escucharon.

Yo soy la puerta: quien entre por mí se salvará y podrá entrar y salir, y encontrará pastos.

El ladrón no entra sino para robar y matar y hacer estrago; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante. Palabra del Señor

ORIENTACIONES PARA LA LECTURA

Si lees el evangelio de hoy en tu Biblia, podrás observar que estos diez versículos son tan sólo una parte de un discurso más amplio de Jesús dirigido a los judíos fariseos. Ese discurso, que va de los vv. 1 al 21, está enmarcado por el episodio de la curación del ciego de nacimiento, que se narra en el capítulo 9 del evangelio de Juan, y por la referencia al mismo en el v. 21: “Esas palabras no son de un endemoniado. ¿Puede acaso un demonio abrir los ojos de los ciegos?”. Esta sería, pues, la disposición de nuestro pasaje en el contexto inmediato del evangelio:

Juan 9: Curación del ciego de nacimiento

Juan 10,1-10: Yo soy la puerta

Juan 10,11-18: Yo soy el buen pastor

Juan 10,19-21: Referencia a la curación del ciego

Quizá podamos preguntarnos qué importancia puede tener que nuestro evangelio esté enmarcado por el episodio del ciego. Pero es que, tanto en el capítulo 9 como en el 10 de Juan, la ceguera es el símbolo de la falta de fe de los fariseos, de su incapacidad de comprender y de su rechazo y resistencia a la revelación de Jesús.

- En el capítulo 9, Jesús dice: “Yo soy la luz del mundo”. El ciego de nacimiento es curado y cree en Jesús. Los fariseos, por el contrario, resultan ser los verdaderos ciegos, incapaces de creer.

- En el capítulo 10, Jesús dice: “Yo soy la puerta”, “Yo soy el buen pastor”, pero se dice que los fariseos no comprendían (Jn 6,6). Incluso piensan que está loco (v. 20) y poseído por el demonio. No creen. Continúan estando ciegos.

Es a estos personajes faltos de fe (los judíos fariseos) a quienes Jesús dirige las palabras de nuestro evangelio de hoy.

Jesús, en los vv. 1-5, pone una comparación que los dirigentes judíos no entienden. Por eso, en los vv. 7-10, Jesús tiene que explicarla. ¿En qué consiste esa comparación?

Fíjate, en primer lugar, en los personajes que aparecen en los vv. 1-5: ovejas, ladrones y bandidos, pastor, portero. ¿Qué personas están simbolizadas en estos personajes?

- Ovejas: Representan al pueblo de Dios y a los discípulos. Tanto en el A.T. como en el N.T., el pueblo es el rebaño de Dios. Numerosos salmos y textos de los profetas así lo atestiguan:

“El Señor es mi pastor, nada me falta.

En verdes praderas me hace recostar...” (Salmo 23/22)

“Sabed que el Señor es Dios, que Él nos hizo y somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño” (Salmo 100/99)

“Pastor de Israel, escucha, tú que guías a José como a un rebaño...” (Salmo 80/79)

El texto más conocido es el del profeta Ezequiel, dedicado a los pastores de Israel que, en lugar de cuidar del rebaño, se apacientan a sí mismos, por lo que les dice Dios: “Aquí estoy yo; yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él” (Ez 34,11). Os invito a leer todo el capítulo 34 de Ezequiel, porque allí podremos ver el corazón misericordioso de Dios bajo la imagen del pastor que cuida de los miembros más débiles del rebaño.

Ya en el N.T., el pueblo simbolizado por el rebaño aparece en la parábola de la oveja perdida (Lc. 15,4-7; Mt. 18,12-14), y en otras referencias de los evangelios, en las que se dice que Jesús sentía compasión de la gente porque se encontraba perdida, como oveja sin pastor (cf. Mc 6,34; Mt 9,36).

- Ladrones y bandidos: Jesús se está refiriendo a

los fariseos y dirigentes judíos en general. Los dirigentes son “ladrones” porque explotan al pueblo, en lugar de servirle y conducirlo a Dios (cf. Mc 12,40; Mt 23,14; Lc 20, 47). Son también “bandidos”. Bandido es el que usa la violencia, como ellos la usarán con Jesús y con sus seguidores, hasta el punto de darle muerte. Como la usaban ya con quienes se adherían a Jesús, expulsándoles de las sinagogas (cf. Jn 9, 22.34).

- Pastor: Es Jesús, cuya voz reconocen y escuchan sus ovejas. Él va delante de ellas, como Pastor y Maestro, y sus ovejas le siguen. Las ovejas hemos dicho que son los discípulos, el nuevo pueblo de Dios. Éstos no conocen ni escuchan ni obedecen otra voz, ni a otro maestro, ni a otro pastor distinto de Jesús.

Aunque los escribas y fariseos quieren ser pastores y maestros del pueblo, Jesús dice que sólo hay un Maestro, Cristo, que no ha venido a aprovecharse del pueblo, sino a servirle y darle vida.

Otra imagen que usa Jesús para hablar de sí mismo es “la puerta” (vv.7. 9). Por él se entra en un ámbito de salvación, de libertad y de vida que ni las instituciones judías ni sus dirigentes podían dar.

Lee despacio lo que Jesús dice de sí mismo:

“Yo soy la puerta, si uno entra por mí, estará a salvo...”

“Entrar” por Jesús es acercarse a Él, conocerle, creer en Él, amarle, seguirle, guardar su palabra... Vivir desde dentro de Jesús. Sentir, pensar, actuar, elegir desde Jesús.

En Él quedamos a salvo de todo lo que amenaza nuestra vida: el pecado y la muerte (Jn 3,15ss; 5,21.24.40; 6,27.40.51.54; 7,37ss).

“...entrará y saldrá y encontrará pastos”

En él encontramos el alimento que necesitamos: su carne, su sangre y su palabra (Jn 6,35.68).

MEDITACIÓN

Hoy podemos fijarnos, sobre todo, en las dos imágenes de Jesús: la puerta y el pastor.

1. ¿Qué te sugiere la imagen de la puerta? ¿Adónde entras si entras por Jesús?
2. La voz del pastor: la palabra “voz” aparece repetida tres veces en el evangelio de hoy. Sus ovejas “escuchan su voz”, “conocen su voz”, “no conocen la voz de los extraños”. ¿Cómo es tu familiaridad con “la voz” de Jesús? ¿Le escuchas

todos los días? ¿Lees y oras su palabra diariamente?

3. Jesús es el buen Pastor que te conoce por tu nombre, te llama y te llena de vida. ¿Experimentas su cuidado y protección o te resulta difícil reconocer su guía providente?

Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10, 10).

En este fragmento del Evangelio (Jn 10, 11-18), Jesús repite cinco veces que el Buen Pastor ha venido a ofrecer la vida por su rebaño, un rebaño que deberá abarcar a toda la humanidad: «y habrá un solo rebaño, un solo Pastor» (Jn 10, 16).

Con estas palabras el Señor Jesús nos revela el misterio de la vocación cristiana. En efecto, ésta consiste en ser llamados a ofrecer la propia vida, para que otros tengan vida y la tengan abundante. Y por esto Él ha dado la vida, para que otros tengan vida. Así debe hacer cada hombre y cada mujer, llamados a seguir a Cristo en la entrega total de sí.

¿De qué vida habla aquí el Señor Jesús?

Nos habla de la vida que viene de Aquel que Él llama su Padre (cf. Jn 17, 1) y nuestro Padre (cf. Mt 6, 9): el cual es «la fuente de la vida» (Sal 35 [36], 10); el Padre que, «por una disposición libérrima y arcana de su sabiduría y bondad, creó todo el universo, decretó elevar a los hombres a participar de la vida divina» (Lumen Gentium, 2).

Vida que «se ha manifestado» (1 Jn 1, 2) en el mismo Señor Jesús, el cual la posee en plenitud: «En Él estaba la vida» (Jn 1, 4); «Yo soy... la vida» (Jn 14, 6), y quiere darla en abundancia (cf. Jn 10, 10).

Vida, que sigue siendo ofrecida a los hombres mediante el Espíritu Santo; el Espíritu, «que es Señor y da la vida», según la fe que profesamos en el Credo de la Misa y que «es fuente de agua que salta hasta la vida eterna» (Lumen gentium, 4; cf. Jn 4, 14; 7, 38-39).

Es pues la vida del «Dios vivo» (Sal 41 [42], 3), que Él da a todos los hombres regenerados en el bautismo y llamados a ser sus hijos, su familia, su Pueblo, su Iglesia.

La Iglesia nació para vivir y para dar la vida.

Como el Señor Jesús vino para dar la vida, así también instituyó la Iglesia, su Cuerpo, para que en Él su vida se comuniqué a los creyentes (cf. Lumen gentium, 7).

Para vivir y dar la vida, la Iglesia recibe de su Señor todo don, mediante el Espíritu Santo: la Palabra de Dios es para la vida; los sacramentos son para la vida; los ministerios ordenados del episcopado, del presbiterado, del diaconado, son para la vida; los dones o carismas de la consagración religiosa, secular, misionera, son para la vida.

ORACIÓN

a) Salmo del amigo verdadero

Emilio Mazariegos

Señor Jesús, eres Amigo verdadero, como el buen pastor que conoce, una a una, a sus ovejas y las llama por su nombre.

Eres fiel a tu amistad para conmigo y nada me falta.

Nada me falta, porque tú llenas los deseos de mi corazón; nada me falta, porque tú estás a mi lado, aunque todos me abandonen; nada me falta, porque has dado la vida por mí en lo alto de la cruz; nada me falta, porque tu perdón y gracia me acompañan siempre.

Me regalas con tus dones, me alimentas con tu pan de vida; me recreas en el gozo y paz de tu Espíritu.

Me conduces, como buen pastor, hacia las aguas de reposo, y mi sed se siente reconfortada en el agua viva de tu manantial.

Tú confortas mi alma, cuando me faltan fuerzas para el camino; tú confortas mi alma, cuando me siento desanimado y solo.

Tú me guías por senderos de justicia, como signo de tu amistad; eres siempre fiel en mi camino, y tu gracia fortalece mi pobreza.

Señor Jesús, eres siempre amigo verdadero, como buen pastor, que sacrifica su vida en defensa de su rebaño; aunque pase por valles tenebrosos, ningún mal temeré porque tú siempre vas conmigo. Nada temo a tu lado, porque tu vara y tu cayado me sosiegan. Contigo, nada me falta.

Tu palabra es la fuerza que mantiene mi fe en tiniebla; tu palabra es soporte que aguanta la oscuridad de mi noche; tu Espíritu es la luz y el calor que animan mis pies cansados.

Eres amigo verdadero, Señor Jesús, como el buen pastor, que al venir el lobo no huye monte abajo; tú estás siempre conmigo y defiendes mi causa con tesón hasta que me sienta libre y restablecido en mis fuerzas.

La dicha y la gracia de tu amistad, Señor Jesús, pastor bueno, me acompañarán a lo largo de los días de mi vida.

Seré dichoso con tu fidelidad inquebrantable, y tendré siempre la seguridad de tu amor hasta el extremo.

CONTEMPLACIÓN

Nuestro Señor nos ha dicho que es la puerta del redil. ¿Cuál es ahora el redil cuya puerta es Cristo? Es el corazón del Padre. Cristo es precisamente la amable puerta que nos ha abierto de par en par este amable corazón, antes cerrado a todos los hombres. En este redil se han reunido todos los santos. El pastor es el Verbo eterno; la puerta es la humanidad de Cristo. Por las ovejas de este redil entendemos ahora las almas humanas, aunque también las naturalezas angélicas pertenecen a él.

El Verbo eterno ha abierto el camino en este amable redil a todas las criaturas razonables, y es el verdadero y buen pastor del rebaño. Pero el ostiario, el guardián de esta casa, es el Espíritu Santo.

¡Oh, con cuánto amor y con cuánta bondad abre esta puerta, este corazón paterno, y abre a todos siempre el tesoro escondido, la intimidad y la riqueza de esta casa! ¡Nadie puede imaginar ni comprender cuán abierto y bien dispuesto está Dios, cuán acogedor y cuán sediento, y cómo corre a nuestro encuentro en todo instante y a toda hora [...]!

El guardián saca fuera sus propias ovejas, y el pastor las lleva fuera, llamándolas por su nombre, va delante de ellas y ellas le siguen. ¿Adónde? Al redil, al corazón del Padre, donde está su morada, su ser, su reposo. Ahora bien, todos los que quieran incorporarse deben pasar por la puerta que es

Cristo en su humanidad. Estas son sus ovejas, que tienen como meta y sólo buscan a Dios, única y exclusivamente en sí mismo, y ninguna otra cosa que no sea su honor y su voluntad.

Por medio de Jesús, que es el único Pastor, y por medio de la comunión con él todos (y todas las comunidades) están llamadas a convertirse en una gran comunidad. Esta comunidad, que los hombres nunca podremos obtener por nosotros mismos (por más coaliciones que hagamos), será obra suya.

Sabremos vivir en comunidad cuando tengamos la mirada puesta en Jesús, el único Pastor. La excelencia de todo pastor está en saber construir unidad dondequiera que esté, y no en torno a él sino a Jesús.

La fidelidad: raíz del amor apasionado y unificante del Pastor Bueno (Juan 10,17-18)

Este último criterio de la “excelencia” del Pastor está relacionado con el anterior. Notemos que en torno al versículo 16 (sobre la unidad a la cual conduce el Pastor) se repite (como enmarcándola) la frase: “doy mi vida”. Se entiende entonces que Jesús construye la “gran unidad” en la Cruz; efectivamente, él murió “no sólo por la nación, sino también para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos” (Juan 11,52).

Se trata de una fidelidad: sostenida por el amor fundante del Padre, vivida desde la libertad. Expresada en la obediencia.

Esta fidelidad toma cuerpo: En el “dar” y “recibir” (notar la repetición de los términos). En la “autonomía” (tengo “poder”) y la “responsabilidad” (“para” o “en función de”). En la escucha del mandato (la “orden”) y la respuesta (la obediencia: “lo he recibido”).

Notemos finalmente que en el centro se afirma: “Yo la doy (mi vida) voluntariamente”. Y enseguida se dice: “Tengo poder para darla y poder para recibirla de nuevo”. En última instancia el “poder” de Jesús (término que se repite dos veces) se ejerce en la responsabilidad del “darse” a sí mismo apoyado en el amor fundante del Padre, de quien lo recibe todo (la vida siempre es recibida) y con quien tiene un solo querer (la raíz de su vida es el amor maduro: el que se hace uno solo con el amado).

Esta es la gran conciencia que Jesús refleja de sí mismo y de su ministerio en la Cruz, la que lo acompaña en el momento sublime de dar “vida en abundancia” a todas sus ovejas. Esta misma conciencia de sí mismo y de su ministerio que debe acompañar todos los días de la vida. Todo está basado en este arrojado increíble del amor de Jesús, el Buen Pastor crucificado que vivifica al mundo.

COMPROMISO

Desechar la soberbia de creernos los dueños absolutos de nuestra vida. La vida te ha sido dada. Tú no eres Dios. Tú eres de Dios.

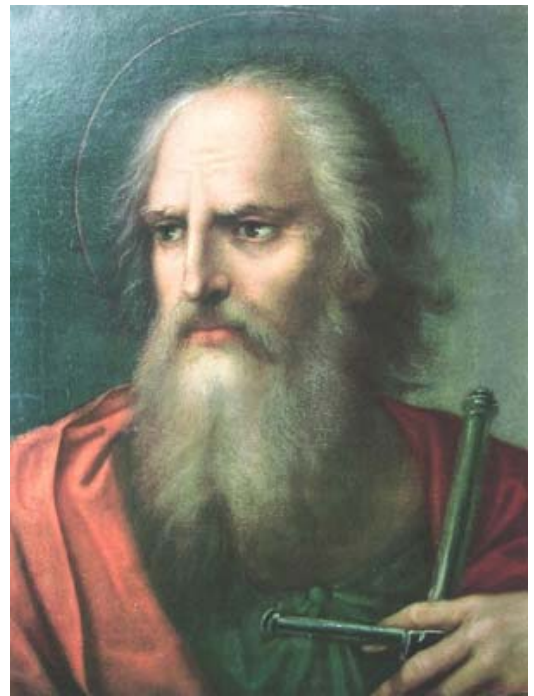
Rechaza el pecado, todo lo que signifique un no a Dios y a la vida de la Gracia, un rechazo de su amor y de su plan para ti. «Si reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos nuestros pecados y purificarnos de toda iniquidad» (1 Juan 1,9).

SEGUNDA SECCIÓN:

Año Jubilar de San Pablo

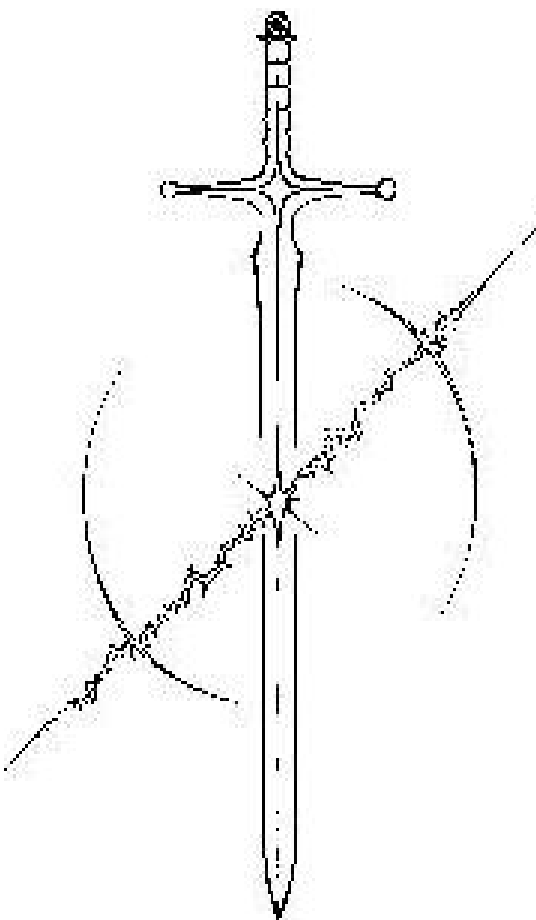
CICLO DE CATEQUESIS DEL PAPA SOBRE EL AÑO PAULINO

El Papa dijo: “la intención del Año Paulino es el de aprender de San Pablo la fe y el camino de la recta vía”.



El Papa Benedicto XVI, apenas inaugurado el Año Paulino (cuya crónica la encontrarán ustedes en el Boletín del mes de Julio) comenzó a predicar un ciclo de catequesis sobre el Apóstol de las Gentes, que el Pontífice definió como “un paradigma de primer orden del cual todos nosotros tenemos todavía siempre mucho que aprender”. E, insistiendo sobre este concepto, afirmó: “la finalidad del Año Paulino es la de aprender de San Pablo, aprender la fe y el camino de la recta vía”. El Santo Padre ha definido su primer catequesis paulina, llevada a cabo durante audiencia general del miércoles 2 de Julio (la última antes de la cesión de actividades por el verano), como “un bosquejo sobre el ambiente cultural del primer siglo de la era cristiana”, lo cual es importante porque de esta forma “aparece claro que no es posible comprender adecuadamente a San Pablo sin encasillarlo en el mundo hebreo o pagano de su tiempo. De este modo su figura adquiere un espesor histórico e ideal”. Otro concepto importante en la catequesis fue el de: “la visión universal típica de la personalidad de San Pablo, al menos del Pablo cristiano sucesivo al evento del camino de Damasco, tiene ciertamente su impulso básico en la fe en Jesucristo, por cuanto la figura del Resucitado supera de cualquier estrechez idealista particular”.

El Papa Benedicto XVI, en el otoño de 2006, había ya dedicado cuatro catequesis. El 25 de octubre sobre “Pablo de Tarso”; el 8 de Noviembre sobre la “Centralidad de Jesucristo”; el 15 de noviembre sobre “El Espíritu en nuestros corazones” y el 22 de Noviembre sobre “la vida en la Iglesia”. Los textos integrales de los cuatro discursos los pueden ustedes descargar de nuestra Página Web, en el primer menú Año Paulino, en el submenú “Catequesis del Papa”.



I. Pablo de Tarso

(Audiencia general, 25 de octubre de 2006)

PABLO PERFIL DEL HOMBRE Y DEL APÓSTOL

Queridos hermanos y hermanas:

Hemos concluido nuestras reflexiones sobre los doce Apóstoles, llamados directamente por Jesús durante su vida terrena. Hoy comenzamos a tratar sobre las figuras de otros personajes importantes de la Iglesia primitiva. También ellos entregaron su vida por el Señor, por el Evangelio y por la Iglesia. Se trata de hombres y mujeres que, como escribe san Lucas en los Hechos de los Apóstoles, «entregaron su vida a la causa de nuestro Señor Jesucristo» (Hch 15, 26).

El primero de estos, llamado por el Señor mismo, por el Resucitado, a ser también él auténtico

Apóstol, es sin duda Pablo de Tarso. Brilla como una estrella de primera magnitud en la historia de la Iglesia, y no sólo en la de los orígenes. San Juan Crisóstomo lo exalta como personaje superior incluso a muchos ángeles y arcángeles (cf. Panegírico 7, 3). Dante Alighieri, en la Divina Comedia, inspirándose en la narración de san Lucas en los Hechos de los Apóstoles (cf. Hch 9, 15), lo define sencillamente como «vaso de elección» (Infierno 2, 28), que significa: instrumento escogido por Dios. Otros lo han llamado el «decimotercer apóstol» -y realmente él insiste mucho en que es un verdadero apóstol, habiendo sido llamado por el Resucitado-, o incluso «el primero después del Único».

II. Pablo - La Centralidad de Cristo

(Audiencia General, Miércoles, 15 de noviembre de 2006)

Queridos hermanos y hermanas:

En la catequesis anterior, hace quince días, traté de trazar las líneas esenciales de la biografía del apóstol san Pablo. Vimos cómo el encuentro con Cristo en el camino de Damasco revolucionó literalmente su vida. Cristo se convirtió en su razón de ser y en el motivo profundo de todo su trabajo apostólico. En sus cartas, después del nombre de Dios, que aparece más de 500 veces, el nombre mencionado con más frecuencia es el de Cristo (380 veces). Por consiguiente, es importante que nos demos cuenta de cómo Jesucristo puede influir en la vida de una persona y, por tanto, también en nuestra propia vida. En realidad, Jesucristo es el culmen de la historia de la salvación y, por tanto, el verdadero punto que marca la diferencia también en el diálogo con las demás religiones.

Al ver a san Pablo, podríamos formular así la pregunta de fondo: ¿Cómo se produce el encuentro de un ser humano con Cristo? ¿En qué consiste la relación que se deriva de él? La respuesta que da san Pablo se puede dividir en dos momentos.

En primer lugar, san Pablo nos ayuda a comprender el valor fundamental e insustituible de la fe. En la carta a los Romanos escribe: «Pensamos que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la ley» (Rm 3, 28). Y también en la carta a los Gálatas: «El hombre no se justifica por las obras de la ley sino sólo por la fe en Jesucristo; por eso nosotros hemos creído en Cristo Jesús a fin de conseguir la justificación por la fe en Cristo, y no por las obras de la ley, pues por las obras de la ley nadie será justificado» (Rm 2, 16).

«Ser justificados» significa ser hechos justos, es decir, ser acogidos por la justicia misericordiosa de Dios y entrar en comunión con él; en consecuencia, poder entablar una relación mucho más auténtica con todos nuestros hermanos: y esto sobre la base de un perdón total de nuestros pecados. Pues bien, san Pablo dice con toda claridad que esta condición de vida no depende de nuestras posibles buenas obras, sino solamente de la gracia de Dios: «Somos justificados gratuitamente por su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús» (Rm 3, 24).

Con estas palabras, san Pablo expresa el contenido fundamental de su conversión, el nuevo rumbo que tomó su vida como resultado de su encuentro con Cristo resucitado. San Pablo, antes de la conversión, no era un hombre alejado de Dios y de su ley. Al contrario, era observante, con una observancia fiel que rayaba en el fanatismo. Sin embargo, a la luz del encuentro con Cristo comprendió que con ello sólo había buscado construirse a sí mismo, su propia justicia, y que con toda esa justicia sólo había vivido para sí mismo. Comprendió que su vida necesitaba absolutamente una nueva orientación. Y esta nueva orientación la expresa así: «La vida, que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Ga 2, 20).

Así pues, san Pablo ya no vive para sí mismo, para su propia justicia. Vive de Cristo y con Cristo: dándose a sí mismo; ya no buscándose y construyéndose a sí mismo. Esta es la nueva justicia, la nueva orientación que nos da el Señor, que nos da la fe. Ante la cruz de Cristo, expresión máxima de su entrega, ya nadie puede gloriarse de sí mismo, de su propia justicia, conseguida por sí mismo y para sí mismo.

En otro pasaje, san Pablo, haciéndose eco del profeta Jeremías, aclara su pensamiento: «El que se gloríe, gloríese en el Señor» (1 Co 1, 31; Jr 9, 22 s); o también: «En cuanto a mí ¡Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo!» (Ga 6, 14).

Al reflexionar sobre lo que quiere decir justificación no por las obras sino por la fe, hemos llegado al segundo elemento que define la identidad cristia-

na descrita por san Pablo en su vida. Esta identidad cristiana consta precisamente de dos elementos: no buscarse a sí mismo, sino revestirse de Cristo y entregarse con Cristo, para participar así personalmente en la vida de Cristo hasta sumergirse en él y compartir tanto su muerte como su vida.

Es lo que escribe san Pablo en la carta a los Romanos: «Hemos sido bautizados en su muerte. Hemos sido sepultados con él. Somos una misma cosa con él. Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús» (cf. Rm 6, 3. 4. 5. 11). Precisamente esta última expresión es sintomática, pues para san Pablo no basta decir que los cristianos son bautizados o creyentes; para él es igualmente importante decir que ellos «están en Cristo Jesús» (cf. también Rm 8, 1. 2. 39; 12, 5; 16, 3. 7. 10; 1 Co 1, 2. 3, etc.).

En otras ocasiones invierte los términos y escribe que «Cristo está en nosotros/vosotros» (Rm 8, 10; 2 Co 13, 5) o «en mí» (Ga 2, 20). Esta penetración mutua entre Cristo y el cristiano, característica de la enseñanza de san Pablo, completa su reflexión sobre la fe, pues la fe, aunque nos une íntimamente a Cristo, subraya la distinción entre nosotros y él. Pero, según san Pablo, la vida del cristiano tiene también un componente que podríamos llamar «místico», puesto que implica ensimismarnos en Cristo y Cristo en nosotros. En este sentido, el Apóstol llega incluso a calificar nuestros sufrimientos como los «sufrimientos de Cristo en nosotros» (2 Co 1, 5), de manera que «llevamos siempre en nuestro cuerpo por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Co 4, 10).

Todo esto debemos aplicarlo a nuestra vida cotidiana siguiendo el ejemplo de san Pablo, que vivió siempre con este gran horizonte espiritual. Por una parte, la fe debe mantenernos en una actitud constante de humildad ante Dios, más aún, de adoración y alabanza en relación con él. En efecto, lo que somos como cristianos se lo debemos sólo a él y a su gracia. Por tanto, dado que nada ni nadie puede tomar su lugar, es necesario que a nada ni nadie rindamos el homenaje que le rendimos a él.

Ningún ídolo debe contaminar nuestro universo espiritual; de lo contrario, en vez de gozar de la libertad alcanzada, volveremos a caer en una forma

de esclavitud humillante. Por otra parte, nuestra radical pertenencia a Cristo y el hecho de que «estamos en él» tiene que infundirnos una actitud de total confianza y de inmensa alegría.

En definitiva, debemos exclamar con san Pablo: «Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (Rm 8, 31). Y la respuesta es que nada ni nadie «podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rm 8, 39). Por tanto, nuestra vida cristiana se apoya en la roca más estable y segura que pueda imaginarse. De ella sacamos toda nuestra energía, como escribe preci-

samente el Apóstol: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Flp 4, 13).

Así pues, afrontemos nuestra existencia, con sus alegrías y dolores, sostenidos por estos grandes sentimientos que san Pablo nos ofrece. Si los vivimos, podremos comprender cuánta verdad encierra lo que el mismo Apóstol escribe: «Yo sé bien en quién tengo puesta mi fe, y estoy convencido de que es poderoso para guardar mi depósito hasta aquel día», es decir, hasta el día definitivo (2 Tm 1, 12) de nuestro encuentro con Cristo juez, Salvador del mundo y nuestro.

III. Pablo - El Espíritu en nuestros Corazones

(Audiencia General, Miércoles, 15 de noviembre de 2006)

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, al igual que en las dos catequesis anteriores, volvemos a hablar de san Pablo y de su pensamiento. Nos encontramos ante un gigante no sólo por su apostolado concreto, sino también por su doctrina teológica, extraordinariamente profunda y estimulante. Después de haber meditado, la vez pasada, en lo que escribió san Pablo sobre el puesto central que ocupa Jesucristo en nuestra vida de fe, hoy veremos lo que nos dice sobre el Espíritu Santo y su presencia en nosotros, pues también en esto el Apóstol tiene algo muy importante que enseñarnos.

Ya conocemos lo que nos dice san Lucas sobre el Espíritu Santo en los Hechos de los Apóstoles al describir el acontecimiento de Pentecostés. El Espíritu en Pentecostés impulsa con fuerza a asumir el compromiso de la misión para testimoniar el Evangelio por los caminos del mundo. De hecho, el libro de los Hechos de los Apóstoles narra una serie de misiones realizadas por los Apóstoles, primero en Samaría, después en la franja de la costa de Palestina, y luego en Siria. Sobre todo se narran los tres grandes viajes misioneros realizados por san Pablo,

como ya recordé en un anterior encuentro del miércoles.

Ahora bien, san Pablo, en sus cartas nos habla del Espíritu también desde otra perspectiva. No se limita a ilustrar la dimensión dinámica y operativa de la tercera Persona de la santísima Trinidad, sino que analiza también su presencia en la vida del cristiano, cuya identidad queda marcada por él. Es decir, san Pablo reflexiona sobre el Espíritu mostrando su influjo no solamente sobre el actuar del cristiano sino también sobre su ser. En efecto, dice que el Espíritu de Dios habita en nosotros (cf. Rm 8, 9; 1 Co 3, 16) y que «Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo» (Ga 4, 6).

Por tanto, para san Pablo el Espíritu nos penetra hasta lo más profundo de nuestro ser. A este propósito escribe estas importantes palabras: «La ley del Espíritu que da la vida en Cristo Jesús te liberó de la ley del pecado y de la muerte. (...) Pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!» (Rm 8, 2. 15), dado que somos hijos, podemos llamar «Padre» a Dios.

Así pues, se ve claramente que el cristiano, incluso antes de actuar, ya posee una interioridad rica y fecunda, que le ha sido donada en los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, una interioridad que lo sitúa en una relación objetiva y original de filiación con respecto a Dios. Nuestra gran dignidad consiste precisamente en que no sólo somos imagen, sino también hijos de Dios. Y esto es una invitación a vivir nuestra filiación, a tomar cada vez mayor conciencia de que somos hijos adoptivos en la gran familia de Dios. Es una invitación a transformar este don objetivo en una realidad subjetiva, decisiva para nuestro pensar, para nuestro actuar, para nuestro ser. Dios nos considera hijos suyos, pues nos ha elevado a una dignidad semejante, aunque no igual, a la de Jesús mismo, el único Hijo verdadero en sentido pleno. En él se nos da o se nos restituye la condición filial y la libertad confiada en relación con el Padre.

De este modo descubrimos que para el cristiano el Espíritu ya no es sólo el «Espíritu de Dios», como se dice normalmente en el Antiguo Testamento y como se sigue repitiendo en el lenguaje cristiano (cf. Gn 41, 38; Ex 31, 3; 1 Co 2, 11-12; Flp 3, 3; etc.). Y tampoco es sólo un «Espíritu Santo» entendido genéricamente, según la manera de expresarse del Antiguo Testamento (cf. Is 63, 10-11; Sal 51, 13), y del mismo judaísmo en sus escritos (cf. Qumrán, rabinismo). Es específica de la fe cristiana la convicción de que el Señor resucitado, el cual se ha convertido él mismo en «Espíritu que da vida» (1 Co 15, 45), nos da una participación original de este Espíritu.

Precisamente por este motivo san Pablo habla directamente del «Espíritu de Cristo» (Rm 8, 9), del «Espíritu del Hijo» (Ga 4, 6) o del «Espíritu de Jesucristo» (Flp 1, 19). Es como si quisiera decir que no sólo Dios Padre es visible en el Hijo (cf. Jn 14, 9), sino que también el Espíritu de Dios se manifiesta en la vida y en la acción del Señor crucificado y resucitado.

San Pablo nos enseña también otra cosa importante: dice que no puede haber auténtica oración sin la presencia del Espíritu en nosotros. En efecto, escribe: «El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene ; realmente no sabemos hablar con Dios! ; mas el Espíritu mismo intercede

continuamente por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios» (Rm 8, 26-27). Es como decir que el Espíritu Santo, o sea, el Espíritu del Padre y del Hijo, es ya como el alma de nuestra alma, la parte más secreta de nuestro ser, de la que se eleva incesantemente hacia Dios un movimiento de oración, cuyos términos no podemos ni siquiera precisar.

En efecto, el Espíritu, siempre activo en nosotros, suple nuestras carencias y ofrece al Padre nuestra adoración, junto con nuestras aspiraciones más profundas. Obviamente esto exige un nivel de gran comunión vital con el Espíritu. Es una invitación a ser cada vez más sensibles, más atentos a esta presencia del Espíritu en nosotros, a transformarla en oración, a experimentar esta presencia y a aprender así a orar, a hablar con el Padre como hijos en el Espíritu Santo.

Hay, además, otro aspecto típico del Espíritu que nos enseña san Pablo: su relación con el amor. El Apóstol escribe: «La esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5, 5). En mi carta encíclica *Deus caritas est* cité una frase muy elocuente de san Agustín: «Ves la Trinidad si ves el amor» (n. 19), y luego expliqué: «El Espíritu es esa potencia interior que armoniza su corazón (de los creyentes) con el corazón de Cristo y los mueve a amar a los hermanos como él los ha amado» (ib.). El Espíritu nos sitúa en el mismo ritmo de la vida divina, que es vida de amor, haciéndonos participar personalmente en las relaciones que se dan entre el Padre y el Hijo.

De forma muy significativa, san Pablo, cuando enumera los diferentes frutos del Espíritu, menciona en primer lugar el amor: «El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz...» (Ga 5, 22). Y, dado que por definición el amor une, el Espíritu es ante todo creador de comunión dentro de la comunidad cristiana, como decimos al inicio de la santa misa con una expresión de san Pablo: «La comunión del Espíritu Santo (es decir, la que él realiza) esté con todos vosotros» (2 Co 13, 13). Ahora bien, por otra parte, también es verdad que el Espíritu nos estimula a entablar relaciones de caridad con todos los

hombres. De este modo, cuando amamos dejamos espacio al Espíritu, le permitimos expresarse en plenitud. Así se comprende por qué san Pablo une en la misma página de la carta a los Romanos estas dos exhortaciones: «Sed fervorosos en el Espíritu» y «No devolváis a nadie mal por mal» (Rm 12, 11. 17).

Por último, el Espíritu, según san Pablo, es una prenda generosa que el mismo Dios nos ha dado

como anticipación y al mismo tiempo como garantía de nuestra herencia futura (cf. 2 Co 1, 22; 5, 5; Ef 1, 13-14). Aprendamos así de san Pablo que la acción del Espíritu orienta nuestra vida hacia los grandes valores del amor, la alegría, la comunión y la esperanza. Debemos hacer cada día esta experiencia, secundando las mociones interiores del Espíritu; en el discernimiento contamos con la guía iluminadora del Apóstol.

IV. Pablo - La Vida en la Iglesia

(Audiencia General, Miércoles, 22 de noviembre de 2006)

Queridos hermanos y hermanas:

Concluimos hoy nuestros encuentros con el apóstol san Pablo, dedicándole una última reflexión. No podemos despedirnos de él sin considerar uno de los elementos decisivos de su actividad y uno de los temas más importantes de su pensamiento: la realidad de la Iglesia. Tenemos que constatar, ante todo, que su primer contacto con la persona de Jesús tuvo lugar a través del testimonio de la comunidad cristiana de Jerusalén. Fue un contacto turbulento. Al conocer al nuevo grupo de creyentes, se transformó inmediatamente en su fiero perseguidor. Lo reconoce él mismo tres veces en diferentes cartas: «He perseguido a la Iglesia de Dios», escribe (1 Co 15, 9; Ga 1, 13; Flp 3, 6), presentando su comportamiento casi como el peor crimen.

La historia nos demuestra que normalmente se llega a Jesús pasando por la Iglesia. En cierto sentido, como decíamos, es lo que le sucedió también a san Pablo, el cual encontró a la Iglesia antes de encontrar a Jesús. Ahora bien, en su caso, este contacto fue contraproducente: no provocó la adhesión, sino más bien un rechazo violento.

La adhesión de Pablo a la Iglesia se realizó por una intervención directa de Cristo, quien al revelársele en el camino de Damasco, se identificó con la Iglesia y le hizo comprender que perseguir a la Iglesia era perseguirlo a él, el Señor. En efecto, el Resucitado dijo a Pablo, el

perseguidor de la Iglesia: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (Hch 9, 4). Al perseguir a la Iglesia, perseguía a Cristo. Entonces, Pablo se convirtió, al mismo tiempo, a Cristo y a la Iglesia. Así se comprende por qué la Iglesia estuvo tan presente en el pensamiento, en el corazón y en la actividad de san Pablo.

En primer lugar estuvo presente en cuanto que fundó literalmente varias Iglesias en las diversas ciudades a las que llegó como evangelizador. Cuando habla de su «preocupación por todas las Iglesias» (2 Co 11, 28), piensa en las diferentes comunidades cristianas constituidas sucesivamente en Galacia, Jonia, Macedonia y Acaya. Algunas de esas Iglesias también le dieron preocupaciones y disgustos, como sucedió por ejemplo con las Iglesias de Galacia, que se pasaron «a otro evangelio» (Ga 1, 6), a lo que él se opuso con firmeza. Sin embargo, no se sentía unido de manera fría o burocrática, sino intensa y apasionada, a las comunidades que fundó.

Por ejemplo, define a los filipenses «hermanos míos queridos y añorados, mi gozo y mi corona» (Flp 4, 1). Otras veces compara a las diferentes comunidades con una carta de recomendación única en su género: «Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres» (2 Co 3, 2). En otras ocasiones les demuestra un verdadero sentimiento no sólo de

paternidad, sino también de maternidad, como cuando se dirige a sus destinatarios llamándolos «hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros» (Ga 4, 19; cf. 1 Co 4, 14-15; 1 Ts 2, 7-8).

En sus cartas, san Pablo nos ilustra también su doctrina sobre la Iglesia en cuanto tal. Es muy conocida su original definición de la Iglesia como «cuerpo de Cristo», que no encontramos en otros autores cristianos del siglo I (cf. 1 Co 12, 27; Ef 4, 12; 5, 30; Col 1, 24). La raíz más profunda de esta sorprendente definición de la Iglesia la encontramos en el sacramento del Cuerpo de Cristo. Dice san Pablo: «Dado que hay un solo pan, nosotros, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo» (1 Co 10, 17). En la misma Eucaristía Cristo nos da su Cuerpo y nos convierte en su Cuerpo. En este sentido, san Pablo dice a los Gálatas: «Todos vosotros sois uno en Cristo» (Ga 3, 28).

Con todo esto, san Pablo nos da a entender que no sólo existe una pertenencia de la Iglesia a Cristo, sino también una cierta forma de equiparación e identificación de la Iglesia con Cristo mismo. Por tanto, la grandeza y la nobleza de la Iglesia, es decir, de todos los que formamos parte de ella, deriva del hecho de que somos miembros de Cristo, como una extensión de su presencia personal en el mundo.

Y de aquí deriva, naturalmente, nuestro deber de vivir realmente en conformidad con Cristo. De aquí derivan también las exhortaciones de san Pablo a propósito de los diferentes carismas que animan y estructuran a la comunidad cristiana. Todos se remontan a un único manantial, que es el Espíritu del Padre y del Hijo, sabiendo que en la Iglesia nadie carece de un carisma, pues, como escribe el Apóstol, «a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (1 Co 12, 7). Ahora bien, lo importante es que todos los carismas contribuyan juntos a la edificación de la comunidad y no se conviertan, por el contrario, en motivo de discordia. A este respecto, san Pablo se pregunta retóricamente: «¿Está dividido Cristo?» (1 Co 1, 13). Sabe bien y nos enseña que es necesario «conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz: un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados» (Ef 4, 3-4).

Obviamente, subrayar la exigencia de la unidad no significa decir que se debe uniformar o aplanar la vida eclesial según una manera única de actuar. En otro lugar, san Pablo invita a «no extinguir el Espíritu» (1 Ts 5, 19), es decir, a dejar generosamente espacio al dinamismo imprevisible de las manifestaciones carismáticas del Espíritu, el cual es una fuente de energía y de vitalidad siempre nueva. Pero para san Pablo la edificación mutua es un criterio especialmente importante: «Que todo sea para edificación» (1 Co 14, 26). Todo debe ayudar a construir ordenadamente el tejido eclesial, no sólo sin estancamientos, sino también sin fugas ni desgarramientos.

En una de sus cartas san Pablo presenta a la Iglesia como esposa de Cristo (cf. Ef 5, 21-33), utilizando una antigua metáfora profética, que consideraba al pueblo de Israel como la esposa del Dios de la alianza (cf. Os 2, 4. 21; Is 54, 5-8): así se pone de relieve la gran intimidad de las relaciones entre Cristo y su Iglesia, ya sea porque es objeto del más tierno amor por parte de su Señor, ya sea porque el amor debe ser recíproco, y por consiguiente, también nosotros, en cuanto miembros de la Iglesia, debemos demostrarle una fidelidad apasionada.

Así pues, en definitiva, está en juego una relación de comunión: la relación por decirlo así vertical, entre Jesucristo y todos nosotros, pero también la horizontal, entre todos los que se distinguen en el mundo por «invocar el nombre de Jesucristo, Señor nuestro» (1 Co 1, 2). Esta es nuestra definición: formamos parte de los que invocan el nombre del Señor Jesucristo. De este modo se entiende cuán deseable es que se realice lo que el mismo san Pablo dice en su carta a los Corintios: «Por el contrario, si todos profetizan y entra un infiel o un no iniciado, será convencido por todos, juzgado por todos. Los secretos de su corazón quedarán al descubierto y, postrado rostro en tierra, adorará a Dios confesando que Dios está verdaderamente entre vosotros» (1 Co 14, 24-25).

Así deberían ser nuestros encuentros litúrgicos. Si entrara un no cristiano en una de nuestras asambleas, al final debería poder decir: «Verdaderamente Dios está con vosotros». Pidamos al Señor que vivamos así, en comunión con Cristo y en comunión entre nosotros.



Vida y Obra de San Pablo

EL APÓSTOL DE LAS GENTES



Pablo de Tarso (originalmente Saulo), canonizado como San Pablo Apóstol († 67), no conoció en vida -como los apóstoles- a Je-

sús, pero fue el primero que tuvo sólo como experiencia la del Cristo Resucitado.

Nació en Tarso y en su juventud fue mandado a Jerusalén, donde fue rigurosamente formado, en la enseñanza de la Ley, por Gamaliel el Viejo.

Después de algunos años regresó a Tarso, él no se encontraba en Jerusalén cuando Jesús predicaba. Su regreso tuvo lugar poco años después de la pasión de Cristo.

En esta fase de su vida, Saulo fue un fariseo muy activo: fue testigo de la lapidación de Esteban, pues custodiaba la ropa de los asesinos, como nos lo describen los Hechos de los Apóstoles (8, 1-3). Recibió poco después el encargo de ir a Damasco para apresar a los cristianos de aquella ciudad (Hech. 9,2), en dicha tarea fue particularmente celoso en el cumplirla y decidido en ir contra la religión cristiana, que comenzaba a difundirse y afirmarse.

Su conversión sucedió en el camino a Damasco, cuando inesperadamente una luz del cielo lo envolvió y cayendo al suelo, escuchó una voz que le decía: “Saulo, ¿porqué me persigues?”.

Saulo se quedó ciego y todo hacía a tuestas, por tres días esperó a alguno, ayuno y trastornado por cuanto le había sucedido; se puede decir que, desde aquel momento, nació Pablo, el Apóstol de las Gentes. Él decidió retirarse al desierto, para poner en orden sus pensamientos y meditar más profundamente el don recibido, ahí permaneció tres años en absoluto recogimiento.

Después de su retiro, confortado por la luz de

Cristo, y se comenzó a predicar con entusiasmo, suscitando la ira de los paganos, que lo consideraban un renegado, así que intentaron asesinarlo, obligándolo así a huir.

Se refugió en Jerusalén, donde en al menos unos quince días se encontró en varias ocasiones con Pedro, que encabezaba a los apóstoles, y con Santiago, a quienes expuso su nueva vida. Los apóstoles lo entendieron y estuvieron con él horas y horas cada día, hablándole de Jesús; pero la comunidad cristiana de Jerusalén desconfiaba de Saulo, pues se recordaba de la feroz persecución que había tramado. Bernabé garantizó su confianza en él, sólo así se disiparon las dudas y Saulo fue aceptado por la comunidad.

Durante su estadía quincenal en Jerusalén, Pablo buscó realizar alguna conversión, pero esta iniciativa misionera irritó a los judíos y preocupó a los cristianos, por lo que, no encontrándose en su lugar, el Apóstol se dirigió a Cesarea y después regresó a su ciudad de Tarso en Cilicia, donde retomó su oficio de tejedor.

Del año 39 al 43 no tenemos noticias sobre sus actividades, hasta que Bernabé, enviado por los apóstoles a organizar la naciente comunidad cristiana de Antioquía, pasó a verlo para invitarlo a seguirlo, aquí Pablo dejó para siempre el nombre de Saulo, porque se convenció que su misión no era tanto entre los judíos, sino entre los otros pueblos que los judíos llamaban “gentiles”; en Antioquía fue donde los discípulos de Cristo fueron denominados por primera vez “cristianos”.

Con Pablo, en pocos años y de modo impetuoso, “la Palabra sale de Jerusalén, y la Ley de Sion”, como fue anunciado por el profeta.

1. SAULO, EL HEBREO, ESTUDIA EN JERUSALÉN.

Pablo nació poco antes del año 10 de nuestra era, en una familia judía de Tarso, en Cilicia (la

actual Turquía oriental). Recibió el nombre bíblico de Saúl (o Saulo) y el nombre romano de Pablo, probablemente porque su padre, habiendo adquirido la ciudadanía romana quiso manifestar una desconocida gratitud a la gens Paula. “Instruido a los pies de Gamaliel en la exacta observancia de la Ley de nuestros padres; estaba lleno de celo por Dios”. Según los Hechos, es “Fariseo, hijo de Fariseos” (Hch 23,6) y “circundado al octavo día” (Flp 3,5-6).

2. EL PERSEGUIDOR

En el martirio de Esteban, “los testigos pusieron sus vestidos a los pies de un joven llamado Saulo... Saulo aprobaba su muerte. Aquel día se desató una gran persecución contra la Iglesia”. Saúl, que defendía con celo “las tradiciones de los padres” (Gál 1, 14) pertenecía probablemente al grupo de los Zelotas (Hechos 22,3), y lo que explicaría la expedición a Damasco, con la finalidad de apresar a los helenistas que criticaban el Templo, como Esteban, para doblegarlos, incluso con la tortura. Esto aclararía dos episodios extraños: Pablo no se integro del todo en la comunidad de Jerusalén y debió huir después de ser amenazado de muerte (Hch 9, 26-30); más tarde, cuarenta hebreos hicieron voto de asesinar a Pablo, entonces prisionero de los Romanos (Hc 23, 12 – 22), además que es conocido que el partido de los zelotas castigaban a aquellos que traicionaban su juramento.

3. LA CONVERSIÓN / VOCACIÓN

Los Hechos de los apóstoles refieren la famosa frase que Pablo escuchó en el camino de Damasco: “Saúl, Saúl, ¿porqué me persigues?” Pablo en la narración que él mismo hace de la aparición del Resucitado deja ver una gran confusión interior. Las vocaciones- conversiones proféticas del Antiguo Testamento, eran portadoras de una misión: “cuando Aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo, para que le anunciase entre los gentiles, al punto...” (Gál 1,15-17). La “conversión” radical de Saúl no representa para él un cambio de religión, pues él se siente más judío que nunca ya que es el “Dios de los padres” que lo ha mandado a predicar el evangelio. El evangelizador de los paganos continuará a predicar a los judíos mientras le sea

posible, hasta que sea llamado definitivamente a Roma. La conversión y el bautismo de Pablo significan para él el descubrimiento de su verdadero y justo lugar en la vida de Israel. Se ignora la edad de este capital acontecimiento, se puede deducir de la carta a los Gálatas que fuera entre los 33 y 35 años, poco después del nacimiento de la primera Iglesia, la de Jerusalén, que fue creada entorno a “Pedro y los once” (Hch 2, 14).

4. JERUSALÉN: EL ENCUENTRO CON PEDRO

“Tres años después”, Saúl va a Jerusalén para dar a conocer a Cefas (que significa en griego “Piedra”), nombre con el que llamará siempre a Pedro, y permaneció con él “quince días”. Indudablemente que Pedro enseñó a Pablo la tradición oral que en relación con Jesús, el Apóstol desconocía (Cf. 1 Cor 11, 23-25), así como le explicaría la interpretación cristológica de los profetas, según la enseñanza del Maestro a sus discípulos. La visita es discreta: Pablo vio únicamente a “Santiago, el hermano del Señor”, el otro dirigente de la Iglesia. Pablo se enriqueció espiritualmente junto a la Madre Iglesia, sin embargo no logró a integrarse del todo, probablemente a causa de su paso de zelote. Incluso huyó a un atentado que contra su vida los hebreos de lengua griega habían planeado (Hch 9, 29-30) Tuvo que irse a Tarso, donde retomó el oficio de constructor de tiendas y continuó a proclamar su fe en la sinagoga (Hch 18, 3). Fueron años de madurez personal.

5. ANTIOQUÍA: INICIO DE LA AVENTURA MISIONERA

La Iglesia de Jerusalén, a inicios del año 40 d. C., envió a Bernabé a Antioquía de Siria para retomar la comunidad eclesíastica que había sido fundada por los misioneros helenistas expulsados de Jerusalén. Bernabé se dirigió a Tarso para pedirle ayuda a Pablo, el cual, evangelizando con mucho éxito, se convirtió en uno de los dirigentes de la comunidad. Fue el primer desapego del ambiente de la sinagoga, porque Pablo predicó también a los griegos. La “invención” del apelativo de cristianos, usado por la primera vez en Antioquía, es uno de los frutos más bellos de la predicación de Pablo en esta ciudad. La Chiesa Antioquena sería desde aquel momento el centro de difusión del evangelio e

viviría independiente del Templo y de la vida en Judea. Esta comunidad de Antioquía disponía de una formación y una organización sólidas. Es así como, en el curso de una asamblea litúrgica, la inspiración de la comunidad confirmaría la vocación personal. El Espíritu Santo haría sentir su voz: “Escójanme a Bernabé y a Saulo, para la obra para la cual los he llamado”; entonces, la asamblea oró, ayunó, impuso las manos sobre los dos hombres. Y los envió en misión. Bernabé y Pablo zarparon hacia Chipre. El Espíritu Santo es quien todavía los mandaría hacia esta dirección: anunciaron el evangelio en las sinagogas al este de la isla, en Salamina, después al oeste, en Pafos. Desde este momento, Lucas llamó Saúl con su nombre romano de Pablo, subrayando así que él tenía pleno derecho y los requisitos para cumplir su misión de ir hacia “las naciones”.

6. FUNDACIÓN DE IGLESIAS EN ASIA MENOR...

Estamos aquí en la etapa de plena inmersión en tierra pagana, más allá del Tauro, en cuatro ciudades estratégicas para Roma, en el camino de Sebastopol. Lucas coloca el primer discurso misionero de Pablo a la sinagoga de Antioquía de Pisidia, una nueva colonia romana, ante la mala acogida que le dio la mayoría de los judíos, Pablo se dirige a los paganos. Entonces Pablo y Bernabé fueron a Iconio, Listra y Derbe. Los dos apóstoles consolidaron las jóvenes comunidades. Por una parte, animaron la vida común entre los creyentes provenientes del judaísmo y a los nuevos convertidos provenientes del paganismo, provocándose con ello la enemistad de los jefes de las sinagogas donde predicaban. Por otra, nombraron “ancianos”, según el modelo de la iglesia de Jerusalén. Cumplida esta misión, regresaron a la gran ciudad de Antioquía de Siria.

7. EL CONCILIO DE JERUSALÉN

Hacia el año 48 en Antioquía se planteó el problema que concierne a la oportunidad de la circuncisión para los no judíos, esto cuando los judeo-cristianos reclamaban la “libertad adquirida en Cristo Jesús”, y que también Pablo y Bernabé evocaron para no imponer este rito a los cristianos provenientes del paganismo.

La comunidad decidió entonces de interpelar a los Apóstoles y a los Ancianos de Jerusalén, y para ello mandaron a Pablo y a Bernabé con una delegación de la comunidad en la cual iba también el griego Tito.

Los Apóstoles y los Ancianos de Jerusalén aceptaron a Tito, que era un “no circunciso”, reconociendo con ello la validez del anuncio paulino sobre la libertad de la gracia. La Asamblea confirmó también a los principales responsables de la Iglesia y reconoció la vocación misionera de Pedro para los circuncisos y la de Pablo para los incircuncisos. De hecho, el campo misionero fue repartido de la siguiente manera: Santiago, Cefas y Juan se dirigirían a los judíos, mientras que Pablo y Bernabé a los paganos.

8. EL INCIDENTE EN ANTIOQUÍA

La controversia suscitada durante la visita de Pedro a Antioquía confirma la rectitud de Pablo, para el cual la verdad del Evangelio no admite adaptaciones. ¿Qué sucedió? En aquel entonces, un judeo-cristiano circunciso no podía sentarse a la mesa de un cristiano pagano sin con ello incurrir en la impureza. Ahora bien, en el contexto antioqueno, Pedro es el testigo de la supremacía de la fe en Cristo, que recoge en sí a todos los hombres. Es claro entonces que este principio contrasta con la situación arriba mencionada. Pedro ante la llegada de los cristianos enviados por Santiago, que preside la comunidad de Jerusalén, ocultó su postura. Ante esto, Pablo se rebeló: “me confronté con él, porque era digno de represión”.

El compromiso resuelto en Jerusalén protegía la existencia de las comunidades mixtas que Pablo había predicado en las jóvenes iglesias del Asia menor. Sin embargo, la plena comunión entre circuncisos e incircuncisos resultaba problemática., entonces ¿Debería ser considerada secundaria la salvación de Jesucristo? Pablo reivindica la nueva vida en la fe, el don del Espíritu y la supremacía de la divina promesa sobre la Ley. El contraste surgió entre Santiago y la Iglesia de Jerusalén, con Pedro y Bernabé (quienes dudosos, se aliaron con Santiago), y con la misma Iglesia de Antioquía que confirma el compromiso tomado (Hch 15, 40). Silas será el único que lo siguió. Después de este largo “noviciado”, que duró 15 años, se abre un nuevo período para Pablo.

9. LIDIA Y LA IGLESIA DE FILIPOS

Pablo, en Tróade tuvo una visión que le suplicaba: “Pasa a Macedonia, y ayúdanos”. Inmediatamente, se embarcó hacia Grecia y se quedó en Filipos, ciudad comercial y colonia romana poblada por veteranos de guerra y campesinos latinos, donde el judaísmo había sido influenciado por el helenismo.

La casa de Lidia, mercante de púrpura, que fue bautizada con toda su familia y que dio hospitalidad a los misioneros durante su estadía en la ciudad, se transformó en el centro de una comunidad que se formó rápidamente y que se convertiría en una de las más fieles a Pablo, ofreciéndole afecto y ayuda material (2 Cor 11, 8). Pablo quiso años después, celebrar la Pascua con esta comunidad, antes de partir definitivamente de la región del mar Egeo.

Las autoridades locales acusaron a Pablo de proselitismo. En aquel tiempo, no se distinguía muy bien el cristianismo del judaísmo, si bien éste gozara de un estatuto privilegiado. Por vez primera Pablo fue encarcelado, junto con Sila. A medianoche, mientras estaban orando y cantando, un terremoto liberó a los prisioneros; viendo las puertas abiertas, el carcelero quiso suicidarse. “Estamos todos aquí” le gritó Pablo. El carcelero fue bautizado con su familia. Pablo, antes de regresar a la casa de Lidia, reivindicó su ciudadanía romana para poder ser liberado no en secreto, sino triunfalmente.

10. TESALÓNICA: LUGAR DE CULTO FAMILIAR

Otra oposición de los judíos. Esta vez, cuando Pablo fue a la sinagoga, como de costumbre, y explicó, basándose en las escrituras, que “en el curso de tres shabbat, Cristo debía morir y resucitar”. La acusación de fomentar una agitación contra la ley imperial impulsó a los hermanos a enviarlo a Berea. Los judíos de Tesalónica lo perseguían, debió huir otra vez por el mar hasta Atenas, donde lo alcanzarían Silas y Timoteo. Poco después, la comunidad de Tesalónica recibiría las dos primeras cartas de Pablo, en la que se refleja el fervor y las inquietudes de una joven iglesia.

La casa era el lugar del culto y de la religión en Tesalónica con Jasón; como lo fue en Filipos con

Lidia. Todo se vivía en un ambiente muy familiar, con las relaciones sociales y el trabajo.

11. ATENAS, LOS ÍDOLOS.

En Atenas, capital del helenismo, donde de todo el Imperio romano se iba a estudiar, Pablo encontró la cultura griega, “asombrado por ver la ciudad llena de ídolos”. Él predicó tanto en la Sinagoga como en la plaza pública, suscitando con ello la curiosidad de intelectuales, “epicúreos y estoicos”, pero poca adhesión a la fe cristiana. “He encontrado también una inscripción: Al Dios desconocido, pues al que ustedes adoran sin conocerlo, es al que les anuncio”. (Pablo no citó este episodio. Este género de discurso evoca más bien la predicación de los primeros misioneros de las iglesias helénicas de finales del siglo primero, ante los paganos influidos por el estoicismo. El hecho de que no se haga mención a la cruz y la salvación, ponen en duda la posibilidad de que Pablo lo haya pronunciado alguna vez).

12. CORINTO

Corinto era una ciudad cosmopolita, donde el culto a Afrodita estaba floreciendo. Pablo encontró a Priscila y Áquila, una matrimonio de judíos, que habían sido expulsados de Roma en el año 49, con el edicto de expulsión del Emperador Claudio, “porque los hebreos se sublevaban continuamente, instigados por un tal Cristo” (Suetonio, Claudio, 25,11). En el año 54, después de la muerte de Claudio, los volveremos a encontrar en Roma, donde acogieron al Apóstol que era prisionero. Mientras tanto, lo acompañarían a Éfeso, ocupándose de la vida de la Iglesia y de la evangelización. Pablo tenía la intención de trabajar al modo rabínico, de tal manera que pudiera asegurarse la gratuidad de su ministerio apostólico. Se asoció al mencionado matrimonio y con ellos confeccionaba tiendas. En la sinagoga, durante los shabbat, él buscó con ahínco demostrar a los doctores de la Ley el mesianismo de Jesús. Crespo, el jefe de la sinagoga, fue bautizado con toda y su familia. La Iglesia de Corinto, que acojería también a los paganos, fue creciendo rápidamente. Ella se convirtió en la comunidad de base que Roma le había negado por el decreto de expulsión emitido por el Emperador Claudio. Pablo se quedó en esta ciudad 18 meses. Las autoridades de las sinagogas fueron siempre un

problema. Los jerarcas judíos no querían que los cristianos fueran confundidos con una secta hebrea disidente, aunque en realidad ellos ya no dependían más de los judíos. Acabaron por acusar a Pablo de propaganda religiosa ilícita, lo hicieron en la presencia del procónsul Galión (hermano del filósofo Séneca). Después de haber escuchado las acusaciones, Galión se declaró incompetente porque Pablo era judío e, según él consideraba, esta disputa era un asunto interno de la sinagoga. (Hch 18, 12 – 16). Pablo se embarcó y partió para Antioquía de Éfeso con Priscila y Áquila, los cuales serían después el nudo de la futura comunidad. (Los historiadores señalan el año 52, al final de este segundo viaje, el “Concilio de Jerusalén” y el percance de Antioquía.

13. ÉFESO: PRISCILA Y ÁQUILA DIRIGEN LA IGLESIA

Éfeso es el tercer lugar de difusión de la Palabra de Dios. Pablo vivió por más de dos años en este gran centro de intercambios culturales, religiosos y comerciales, entre el Oriente y el Occidente. Aquí fundó la comunidad eclesial de Éfeso. La confrontación con el judaísmo cedió el paso al encuentro con otras corrientes religiosas: Artemisa era la diosa de Éfeso. Priscila y Áquila dirigían la comunidad y enseñaban con mucho entusiasmo. En este modo ellos exponían “más exactamente el camino” a Apolo, que tendría gran éxito como catequista en Éfeso y en Corinto.

14. MILETO: LAS ESTRUCTURAS DE LA IGLESIA

Pablo, “encadenado por el Espíritu”, cuando regresaba a Jerusalén convocó a los Ancianos de la Iglesia de Éfeso. Les predijo su cercano fatal final y les precisó su obra: “Vete, porque yo te voy a enviar a una de las más remotas regiones”. Los exhortó a ser diligentes, trabajadores, solidarios en la ayuda a los pobres y a los débiles: “Hay más alegría en dar que en recibir”. Finalmente, les dejó como testamento la “construcción del edificio”, o más bien la puso bajo el poder de la Palabra, que tiene el poder de construir”: la actividad de la Palabra es primaria, pues es ella quien construye la Iglesia. El conmovedor momento terminó con emoción: la asamblea se puso de rodillas y oró, abrazaron a Pablo. Todos se encomendaron a Dios y a su

Palabra. Este episodio es muy importante para la historia institucional de la Iglesia: estos Ancianos o presbyteroi convocados por Pablo, fueron cualificados por él como pastores y obispos, encargados de nutrir y guiar espiritualmente a la comunidad. Vigilando (este es el sentido de la palabra obispo) sobre el pueblo de Dios, no reciben el poder de parte de la Asamblea, sino del Espíritu. Durante su ministerio “independiente” y delante a las situaciones inéditas, Pablo debió innovar sobre el plano doctrinal para poder así justificar los reclamos que hacía a los creyentes de reagruparse en comunidades unidas. De hecho, Pablo lo logró, porque donde quiera que pasaba, creaba Iglesias muy unidas, con la finalidad de subsistir y desarrollarse libremente fuera de las estructuras ligadas a las sinagogas.

15. JERUSALÉN: JEFE DE LAS IGLESIAS

Pablo regresó por tercera vez a Jerusalén para informar a los Ancianos acerca de su misión entre los paganos. Él guiaba una delegación de gente que representaba las Iglesias que él había fundado, y que eran, en su mayoría, pagano-cristianos, pero también habían discípulos judíos, como Timoteo. Se convirtió en el jefe reconocido (1 Cor 12-14) de un grupo de comunidades locales, para contestar a las sinagogas que conducían al interno de las comunidades paganas, una existencia autónoma. Él les otorgó el nombre de Iglesias, según la tradición deuteronómica, reivindicando para cada una la dignidad de asamblea del pueblo elegido por Dios, y reservada primariamente a la Iglesia de Jerusalén. Pablo ejerció la autoridad de un apóstol de Jesucristo (1 Cor 1 – 21: 2 Cor 1, 1), título al cual él estaba muy ligado. Ahora en la capital del judaísmo y delante a la Iglesia de Jerusalén, que presidía Santiago, donde “miles de judíos llegaron a la fe”, a Pablo se le pidió de probar su unión a los Padres. Él había escrito a los Corintios “Me he dado todo a todos” - (1 Cor 9, 12). Se dirigirá al Templo, se purificará con un grupo de Nazarenos, “ y todos verán que así que observaba bien la Ley”. Y allí fue arrestado.

16. ARRESTO EN EL TEMPLO DE JERUSALÉN

Todo estaba listo para el ataque: el temor que se desató por las predicaciones de Pablo en las sinagogas y el desarrollo de este cristianismo que amena-

zaba las estructuras y las leyes. Cuando Pablo llegó al Templo, la tensión estalló, el séptimo y último día de la purificación. ¿Lo acompañaba quizás un griego no judío, y con ello estaba profanando el santuario?. Algunos judíos del Asia menor lo reconocieron y provocaron a la muchedumbre. Pablo fue expulsado del Templo.

Pablo se salvó de la muerte, gracias a la llegada de un tribuno y de una multitud de soldados y todavía quiso hablar: “De pie sobre la escalera... en medio de un gran silencio, él hablaba en hebreo a la muchedumbre”; explicó su fidelidad como judío, formado en la escuela de Gamaliel, y el asombroso encuentro sobre el camino de Damasco que desde ese momento dominó e inspiró su vida. Después, delante de estos judíos de Jerusalén, añadió: “estando en oración en el Templo caí en éxtasis; y le vi al que me decía: “Date prisa y marcha inmediatamente de Jerusalén pues no recibirán tu testimonio acerca de mí...”» (Hch 22,17), y más adelante: “Marcha, porque yo te enviaré lejos, a los gentiles” (Hch 22,21). Estas últimas palabras hacen que la muchedumbre se desencadene de nuevo: pues significa que la Alianza de Dios con los hijos de Israel está abierta a todos.

17. EL TIEMPO DE LA PRISIÓN Y DE LOS PROCESOS: JERUSALÉN, CESAREA, ROMA.

· Pablo fue conducido a la fortaleza de Jerusalén, más por ser ciudadano romano no sufrió la flagelación. Su primer proceso fue delante al sinedrio. Fue transferido a Cesarea, apenas se supo del complot que los zelotas judíos -con la intención de matarlo- habían tramado: su segundo proceso fue llevado a cabo con el Procurador Félix (años 57-59).

· El tercer proceso con el procurador Festo, dos años después;

· El cuarto proceso delante de Agripa II. “Este hombre no ha hecho nada que merezca la muerte o las cadenas. Habría podido ser liberado, sino hubiera apelado al César”.

18. EL VIAJE DE LA CAUTIVIDAD

En Jerusalén, además de la alegría de una parte de la comunidad, encontró una atmósfera tensa para con él: eran muchas las sospechas que los judíos tenían de él. El Apóstol fue entregado al centurión

Julio para ser transferido a Roma, acompañado por Lucas y Aristarco; el viaje, en aquel tiempo aventurero, fue interrumpido por un naufragio en Malta; aquí Pablo se reveló más libre de los 276 miembros a bordo: él estaba acostumbrado al mar y a la experiencia de tres naufragios (2Co 11, 25) y, sobretudo, contaba con la seguridad que le venía de Dios: “Ninguno de ustedes morirá, sólo se perderá la nave”, les afirmó a sus compañeros. Cuando todo parecía perdido, “Un ángel de Dios, del cual soy y que sirvo, se me apareció para decirme: no tengas miedo, Pablo... pues Dios te ha concedido la vida de todos los que viajan contigo”. La etapa en esta isla, simple e idílica simboliza la acogida que el mundo pagano dará al evangelio. Aquí Pablo cumplió algunos milagros: una víbora le mordió la mano, mientras el santo atizaba el fuego, y él la echó al brasero sin algún dolor; posteriormente alivió a un hombre imponiéndole las manos. En el año 61 Pablo llegó a Roma para ser juzgado; en los dos años de residencia vigilada en el corazón de la ciudad, cerca del río Tíber (en la actual colonia judía), él evangelizó y escribió mientras esperaba el proceso, que se desvaneció por la falta de acusadores. Sin embargo, después del incendio del año 64, el Emperador Nerón acusó a los cristiano de ser autores de la quema de la ciudad; es así como San Pablo fue arrestado, encadenado en la cárcel Mamertina y condenado a la decapitación, que tuvo lugar fuera de los Muros aurelianos, sobre la vía Ostiense.

19. EL MARTIRIO EN ROMA La apertura de la Alianza con todos.

Las últimas palabras de Pablo en la capital del Imperio, escritas en los Hechos de los Apóstoles, son un apelo a los judíos. Al final de su misión, Pablo el Apóstol de las Naciones, según las voluntad de Dios, no quiso olvidar ni siquiera al “más pequeño de sus hermanos” (Mt 25, 40). “A causa de esta esperanza llevo estas cadenas”: Pablo, de frente a cuanto ha vivido, lanzó una última y vibrante apelación a la conversión por parte de su pueblo: en Cristo la Alianza de Dios está abierta, de ahora en adelante, a todos. La muerte de Pablo no fue el final: al contrario se trató del desarrollo del Cristianismo y de la Buena Nueva, llevados por todas partes por testigo del Resucitado, que se transformó a su imagen en “Luz de las naciones” (Is 49, 6; Hch 13, 47)

El Pensamiento Teológico de San Pablo

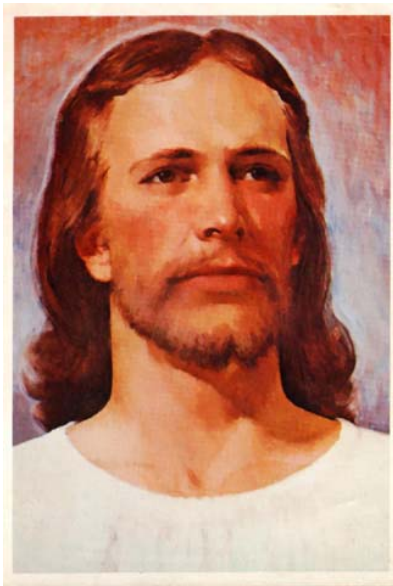
Contribución del Instituto Bíblico de Guadalajara

TEMA 1: LA PERSONA DE JESÚS EN SAN PABLO

San Pablo, como hombre polifacético (judío, cristiano, conocedor del paganismo), ha ofrecido a la Iglesia primitiva una teología rica, en cuanto que ha sido capaz de fundir datos de varias proveniencias creando un sistema teológico nuevo. Sin embargo no debemos confundir la pluralidad con el sincretismo, ni la novedad de resultado con la invención. Por otra parte, el Apóstol no se contentaba con recibir y transmitir mecánicamente cuanto la Iglesia anterior a él le comunicaba, sino que reinterpretaba, reelaboraba y actualizaba la enseñanza recibida según las concretas situaciones culturales y vitales de los varios ambientes humanos y eclesiales. Nuevas situaciones pastorales y nuevos destinatarios de su palabra le enriquecieron nuevas respuestas teológicas. Por eso, en San Pablo no se puede eliminar la interdependencia entre situación vital y teología. Podemos decir entonces que la teología de San Pablo se nutre principalmente de tres fuentes:

- 1.- Del Antiguo Testamento y del Judaísmo contemporáneo, en sus relaciones múltiples y fecundas con el pensamiento griego.
- 2.- Del acontecimiento único en la vía de Damasco que tiene el estatuto de una experiencia vivida, raramente mencionada en modo explícito en sus cartas, pero dondequiera sagazmente. La teología de Pablo es inseparable de esta experiencia personal.
- 3.- Y de la doctrina de Cristo recibida, comprimida y transmitida por las comunidades cristianas, la

cual Pablo ha recibido en la catequesis oral. De ahí que su teología es inseparable del sentido de la Iglesia.



Para San Pablo, la relación del cristiano con Jesús es de tipo comunitario. El Apóstol nos ayuda a ponernos en el contexto vivo y primordial de una comunidad creyente, a la cual solamente Dios le ha entregado a Jesús (ver Ef 1,22b). Mucho más que Marcos, Mateo, Lucas y Juan, San Pablo nos da el Jesús de la Iglesia, esto es, de la fe, del amor, y de la esperanza de los cristianos.

Otro punto que da importancia a la teología y doctrina paulina es que sobre Jesús, San Pablo tiene la precedencia no de la existencia histórica sino de la documentación literaria en cuanto que él ha sido el primero en escribir de Jesús, es decir antes de que el primer evangelio escrito haya visto la luz, las cartas de San Pablo ya habían sido escritas; y recordemos que nuestra fe se funda positivamente sobre los testimonios escritos e históricamente aceptables, no sobre hipótesis o reconstrucciones aleatorias.

Para San Pablo ha llegado el tiempo en el cual «en Cristo», no hay «más judío, ni griego»; es el tiempo de la «nueva creación». La idea de la creación nueva no era extraña al pensamiento rabínico: la expresión era usada en particular para designar un prosélito, un convertido del paganismo al judaísmo. Se encuentra en el Midrash rabbah (Genesi): Aquel que acerca a un pagano a Dios y lo convierte, es como si lo creara de nuevo. Mientras para el

judaísmo el prosélito conoce una renovación personal de vida en un mundo todavía viejo, para Pablo el orden mismo del mundo es puesto en cuestión y renovado por la resurrección de Jesús. En este nuevo mundo la ley no ha desaparecido, pero ha sido renovada. La palabra de Jesús es nueva ley, pero indisociable de su vida y de su muerte; Jesús es palabra de Dios, es la nueva Torah.

Finalmente, el binomio histórico-salvífico de la muerte y resurrección de Jesús es lo que da en Pablo la entonación a toda su teología y lo que condiciona sus varios componentes teológicos; más aún, la muerte y resurrección de Cristo serán la raíz de todo el desarrollo teológico cristiano. Por eso, en el corazón de la enseñanza cristiana de San Pablo se encuentra la afirmación de la resurrección de Cristo, lo cual tiene en Pablo un carácter de una experiencia personal. El evento misterioso de su conversión la rotura brutal con su familia, con su partido, con su religión está ligado al reconocimiento acuciante de una evidente certeza: Jesús, el Señor, está vivo.

1.- LECTURA

El texto de Filipenses 2,6-11 nos ofrece un resumen, una síntesis de toda la Cristología de San Pablo:

«(Procurad tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús,) ⁶el cual, teniendo la naturaleza gloriosa de Dios, no consideró como codiciable tesoro el mantenerse igual a Dios, ⁷sino que se anonadó a sí mismo tomando la naturaleza de siervo, haciéndose semejante a los hombres; ⁸y, en su condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. ⁹Por lo cual, Dios le exaltó sobremanera y le otorgó un nombre que está sobre cualquier otro nombre, ¹⁰para que al nombre de Jesús doblen su rodilla los seres del cielo, de la tierra y del abismo, ¹¹y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre».

* En el v. 6 nos habla Pablo de la pre-existencia divina de Cristo Jesús: se afirma evidentemente su divinidad.

* En los vv. 7-8 se habla de la vida terrena de Jesús. Para San Pablo fue una «kénosis» o «humillación continua». Aquí tenemos una contraposición (dos hechos: encarnación y pasión), es decir

encontramos un doble abatimiento o humillación: 1) Se despojó de sí mismo y tomó condición de siervo, se hizo hombre como nosotros; y 2) además se humilló a sí mismo, se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz. En el v. 7 notemos un detalle: hay una unión fuerte gramatical en todo el esquema: «sino que»; esta expresión gramatical lo une el v. 7 al v. 6 contraponiéndosele.

* En los vv. 9-11 tenemos la glorificación pascual: Apoteosis. En el v. 9, la expresión «por lo cual», gramaticalmente nos está ligando a los versos anteriores; esto nos indica consecuencias de las que se dijo en los vv. 7-8: La glorificación es consecuencia de la doble humillación. Y la consecuencia de la glorificación es doble: 1) Lo exalta, es decir, lo resucita, lo cual hace referencia a la humillación de la pasión y muerte; y 2) le otorga el nombre de Señor, lo cual hace referencia a la humillación de la Encarnación. Por lo tanto, este título de «Señor» viene a reconocerle a Cristo todas las prerrogativas que había dejado. (NOTA: La palabra hebrea YHVH fue traducida en la Biblia griega de los LXX como Kyrios, de manera que al llamarle a Jesús «Kyrios», les parecía a algunos escandaloso). Jesús al recibir el título de «Señor», recibe un título que lo hace igual a su Padre; no quiere decir que antes no fuera Hijo de Dios, sino que ahora se le reconoce oficialmente. Finalmente, los vv. 10-11 concluyen diciendo: «Toda rodilla se doble..... y toda lengua confiese que Cristo es Señor para gloria de Dios Padre»; con lo cual, se manifiesta que son dos las consecuencias: 1) Toda la creación queda sometida al Señorío de Cristo y ha de darle culto; y 2) la participación de la gloria del Padre: Jesús comienza a participar de la gloria del Padre y así queda glorificado el Padre y el Hijo; la glorificación del Hijo al Padre es que con su vida (vv. 7-8) glorifica al Padre; y el Padre (vv. 9-11) glorifica al Hijo.

2.- MEDITACIÓN

San Pablo aprendió de Pedro y Santiago los detalles en relación a la vida y enseñanza del Señor y alcanza a persuadirlos de la autenticidad de su misión, a tal grado que ellos aceptan dejarlo predicar en Jerusalén. San Pablo sabe que Jesús es plenamente hombre (ver Flp 2,7; Ga 4,4), descendiente de los patriarcas (ver Ro 9,5; Ga 3,16), de origen davídico (ver Ro 1,3), tiene algunos herma-

nos consanguíneos (ver 1 Co 9,5; Ga 1,19); Él es plenamente Dios (ver Col 2,9), el redentor y salvador (ver Ro 3,23-24); de Él conoce algunos dichos: la oración en arameo «Abbâ» (ver Ga 4,6; Ro 8,15; = Mc 14,36), la enseñanza de la proximidad del día final (ver 1 Tes 5,2; = Mt 24,43), la doctrina de la indisolubilidad del matrimonio (ver 1 Co 7,10; = Mt 5,32), el tema del amor como nueva ley (ver Ga 6,2; = Jn 13,34), la invitación a dar sustento al misionero (1 Co 9,14; = Lc 10,7), la imagen de la fe que transporta las montañas (ver 1 Co 13,2; = Mt 17,20), la invitación a orar por los perseguidores (ver Ro 12,14; = Mt 5,44) y el compendio de la ley en el amor al próximo (ver Ga 5,14; Ro 13,8-10; = Mt 22,29-40). Con todo, el Apóstol no quiso escribir un «evangelio»; su interés teológico y pastoral no lo orientaba hacia una «reconstrucción actualizada» del pasado, sino hacia la edificación de sus comunidades presentes, de las cuales Jesucristo es el Señor viviente y actual.

Cristo es la idea dominante de San Pablo. Y, si bien, el título que San Pablo le aplicó más a Jesús fue el de «Hijo de Dios», también habla de Él como: Hecho Carne, Redentor y Señor.

1.- JESÚS, HIJO DE DIOS

Este título indica, además de la relación con Dios, la pertenencia de Jesús al mundo divino (su naturaleza divina). Para San Pablo está claro que Jesús fue enviado por Dios Padre (ver Ga 4,4). La resurrección evidencia una realidad que ya estaba en Cristo: ser Hijo de Dios. Y como Hijo de Dios, Él es la Sabiduría, la Imagen de Dios, por Quien todo ha sido creado, por Quien todo se recrea, Él ha reunido en su persona la plenitud de la divinidad (ver 1 Co 1,24; 2 Co 4,4; Col 1,15; Ro 8,29; Col, 2,9). En cuanto a la Divinidad, para San Pablo, Jesús es de naturaleza divina indudablemente (ver Tit 2,13; Ro 9,5). Ciertamente San Pablo reserva el título de «DIOS» para el Padre Celestial. Por lo demás, San Pablo más que fijarse en el aspecto abstracto de la Naturaleza Divina, se interesa más por el aspecto funcional de las Personas Divinas (ver Ap 1,4ss).

2.- JESÚS, HECHO CARNE

Para San Pablo, Jesús también es un ser humano (ver Flp 2,7; Ga 4,4; Ro 8,3; Col 2,9; Ro 1,3; 2 Tm 2,8). Pablo demuestra que Jesús, el Hijo de Dios, se encarnó para poder llevar adelante el Plan de Dios.

3.- JESÚS, REDENTOR

El término «Redentor» significa para San Pablo: «Mesías Crucificado, es decir, el Cristo sufriente. Quizá esto fue lo que más le impresionó a San Pablo. Los términos anteriores: «Hijo de Dios» y «Hecho Carne» aluden más al Ser de Jesús, mientras que «Redentor» hace más alusión a la Función de Jesús. Para San Pablo, Jesús es ante todo el Redentor, el Salvador de los hombres, gracias a su pasión, muerte y resurrección. San Pablo nunca separará a Cristo de la Cruz y de la Resurrección. Y a esta realidad salvífica, San Pablo la llamará: «El Misterio» o también «El Misterio de la Piedad» (ver 1 Tm 3,16). Jesús tiene el papel estelar en este Misterio de la Salvación. Así, San Pablo, comprendía que la salvación se realizaba con Jesucristo y por Jesucristo. Y el hecho concreto y acto decisivo de la redención es el sacrificio de Cristo.

Para la redención se hace necesario (ver Ex 6,6-8):

- 1.- Un estado de esclavitud en el hombre: «Todos pecadores».
- 2.- Un acto de liberación, donde actúa la persona del rescatador: «Cristo».
- 3.- El precio del rescate: «La Sangre de Cristo», «Cristo mismo que se entrega».

Cuando se habla de la redención, aún cuando se aplica el nombre del Redentor y le atribuye ese Oficio, por lo general San Pablo no usa el término de: «REDENTOR», sino el de: «SOTER: SALVADOR». Con esto se palpa que San Pablo se mueve en un mundo ya no judío, sino más universal. Y así hablando de SOTER no se habla de esclavitud, sino de algún peligro.

En cuanto al Sacrificio de Cristo, es un Sacrificio Expiatorio (ver Ef 5,2; Ro 3,25; 1 Co 5,7). Esto significa que Pablo ya no usa como trasfondo el tema de la Pascua (de hecho, el cordero pascual no era expiatorio, sino señal de liberación de un peligro). En Heb es en donde aparece el desarrollo del tema del Sacrificio de Cristo como un Sacrificio Expiatorio. Este es el aspecto particular más insistente en la Teología de San Pablo: no quiere hablar, sino de Cristo Crucificado. Así la Teología de San Pablo no es sino una soteriología, ésta una Cristología y ésta un Cristo sufriente. Y en cuanto al Rescate, hay tres grupos de textos que hablan del rescate:

- 1.- En 1Co 6,20; 7,23 se alude a la existencia de un precio, de un rescate, pero un rescate a la manera de ofrenda.
- 2.- En Tit 2,14 y en 1Tm 2,6 se habla del precio de la redención y se dice que es Cristo.
- 3.- En Ef 1,7; Ro 3,25 se indica que este precio es la sangre de Cristo, una sangre derramada: vida entregada.

4.- JESÚS, EL SEÑOR

Para San Pablo, la figura y el ser de Jesús está en llamarle: «SEÑOR». Para eso se encarnó, murió y resucitó: para ser Señor... de la creación, de cada uno personalmente, de la comunidad (ver Ro 14,9; 1Co 15,24; 11,20-34; 1Tes 4,15-17). Afirmar que Jesús es el Señor, trae como consecuencia un compromiso vital: en el momento en que tú reconoces que Jesús es el Señor, en adelante tu vida está determinada por la voluntad del Señor (ver Ro 14,8: «Somos del Señor»). De ahí en adelante, se siente la necesidad de ser dirigidos por las enseñanzas del Señor y sabemos que éstas se resumen en un solo mandato: el mandato del amor, el cual inspira toda la moral cristiana (ver Ro 13,8-10; Ga 5,14; Ro 12,14-21; 1Tes 4,2). Esta vida cristiana se convierte en una vida en el Espíritu Santo.

3.- ORACIÓN

Es siempre conveniente hacer una oración espontánea comunitaria en voz alta, según lo que sugiere el tema meditado, y después sugerimos concluir este momento con la siguiente Oración de Alabanza a Cristo:

LC: ¡Bendito sea el Señor!

TD: ahora y por todos los siglos.

LC: Venid, adoremos a Cristo, nuestro Rey.

TD: Te adoramos, Cristo resucitado y presente en medio de nosotros.

LC: Venid, postrémonos ante el Señor Jesús, nuestro Rey y nuestro Dios.

TD: Gloria por siempre al Rey de reyes y Señor de señores.

LC: Señor Jesús, Tú eres el cordero, el siervo del Señor.

TD: Con tu sangre derramada quitas el pecado del mundo.

LC: Señor Jesús, Tú eres el cordero de Dios.

TD: Fuiste inmolado desde la creación del mundo.

LC: Señor, Jesús, Tú eres el Cordero pascual.

TD: De tu costado atravesado salió sangre y agua.

LC: Señor Jesús, Tú eres el Cordero que está de pie sobre el trono.

TD: Tú abres los sellos del libro de la primera alianza.

LC: Señor Jesús, Tú eres el Cordero de la nueva Jerusalén.

TD: Tú eres su lámpara y su nuevo sol, Tú resplandeces eternamente.

LC: Señor Jesús, Tú eres el comienzo y el fin, el Señor de la vida.

TD: Tú moriste, pero ahora reinas sobre la muerte y estás vivo y presente por siempre.

4.- CONTEMPLACIÓN

La meditación sobre la persona de Jesús en San Pablo nos mueve a contemplar dos aspectos importantes en la vida del cristiano y que nos ofrece igualmente el Apóstol en sus Cartas: 1) La Justificación por la Fe en Cristo; y 2) lo que significa la misma Fe en Cristo.

1.- LA JUSTIFICACIÓN EN SAN PABLO

Es ya conocida la opinión de San Pablo en torno a la Justificación: «El hombre es justificado mediante la fe sin las obras de la ley» (ver Ro 3,28; Ga 2,16). La razón es que la fe nos introduce directamente en una situación de paz y de familiaridad con Dios (ver Ro 5,1-2) y, corroborada por el bautismo (ver Ro 6), hace que la vida del cristiano sea finalmente una vida libre «en Cristo».

El elemento que forma en el pensamiento paulino sobre la ley un concepto clave es la pregunta: «¿Por qué las obras de la ley no justifican?». La afirmación de que «ninguno es justificado por las obras de la ley» puede ser directa contra el modo en el cual los judíos entendían la salvación contra los opositores cristianos de Pablo (judíos o gentiles que fueran), o contra ambos. Según Wilckens, San Pablo está convencido que la ley no justifica porque de hecho no es respetada, porque ninguno está en

grado de respetar todos los preceptos que son muy numerosos; si esto fuese posible y ocurriese de hecho la ley justificaría realmente. Por lo tanto, el pecado real por trasgresión de la ley causa el estado de perdición del hombre. En tal situación la ley puede procurar solo una «noción» del pecado, la condena del pecado y la agudización de la conciencia de la perdición, pero no lleva a la redención. Por otra parte, J. Dunn dice que San Pablo no está contra la ley en cuanto tal, sino contra la ley como prueba y garantía de la elección de Israel; al declararse contra las «obras de la ley», no quería sustraerse a las «buenas obras» como tales, sino a aquella observancia de la ley, que era considerada como prueba de pertenencia al Pueblo de Dios, en particular la circuncisión, las prescripciones alimenticias y el sábado. Pablo ataca las obras de la ley, en cuanto limitan la gracia de Dios a los miembros de aquella nación. Casi todos los especialistas de San Pablo concuerdan en el respetar las convicciones del Apóstol en confrontar la ley con la experiencia de Cristo que le ha sido propia; para Pablo había llegado a ser obvio que todos aquellos que continuaban sujetándose rígidamente a la ley como vía de salvación refutaban a Cristo, única salvación. Para Pablo, con la persona de Jesús ha venido a menos la centralidad de la Torah, porque «si la justificación viene por la ley, Cristo ha muerto en vano» (ver Ga 2,21b) y permanecería anulada la gracia de Dios (ver Ga 2,21a; 5,4), esto es su soberana libertad de venir al encuentro del hombre independientemente de sus preconceptos y de las estructuras religiosas de éstos. En su empeño misionero no hay sombra de oportunismo (ver Ga 1,10), sino obediencia pura a un encargo divino (ver 1Co 9,17) concerniente al destino universal del Evangelio en la superación del mosaísmo.

2.- LA FE PARA SAN PABLO

¿Qué significa para San Pablo «creer en Cristo Jesús»? es decir ¿qué entiende él por «Fe»? Para San Pablo la fe es ciertamente una adhesión de la inteligencia a las verdades (ver Ro 10,9), pero es más todavía, es la adhesión del ser integral a una persona (ver Ro 3,22; Ga 2,16, etc), como la fe de Abraham que implica confianza, abandono, una confianza lúcida, fundada sobre la convicción de que Dios es verídico, que no puede engañarse ni mucho menos engañarnos; la fe descansa en Dios,

en su verdad, en su fidelidad, en su omnipotencia (ver Ro 4,21) y aún más en su amor (ver Ga 2,20).

Ahora bien, si el acto de fe, según San Pablo, es aquello por lo cual el cristiano acoge en sí mismo el don de la vida divina (ver Ef 3,17), entonces no nos debe extrañar que esta vida, la cual es ella misma amor, se ejercite bajo la forma del amor; la fe auténtica para que sea efectivo acogimiento de la vida trinitaria, debe operar a través del amor.

Para Santiago la fe no tiene como su fin exclusivo las obras y no alcanza su forma completa sólo allá donde se concretiza en obras; para Santiago la fe es una conducta fundamental del hombre, que hace referencia a su confesión de fe, a su praxis y, por tanto, a su orientación fundamental a Dios. Para Santiago, el único criterio para los cristianos debe ser el amor de Dios, pero el amor de Dios debe concretizarse en el plano social y de la Iglesia como amor del prójimo, porque «la misericordia triunfa sobre el juicio» (St 2,13); misericordia y amor de Dios -dicho de otra manera, obras y fe- son evidentemente el tema de Sant 2,14-26. El amor de Dios y el amor del prójimo, el amor de Yhwh y la fidelidad a sus mandamientos constituyen «un todo» en Santiago, como en el judaísmo antiguo. La Torah como revelación de la voluntad de Dios por Gracia, acerca del ordenamiento que Israel debe dar a la propia vida en su complejo y en las diversas formas concretas, obliga al fiel necesariamente, en función escatológica a una visión unitaria entre confesión de fe y ética; en el cap. 4 de Santiago, la ética resulta principalmente como norma de solidaridad, en una iglesia con muchos estratos sociales, que excluye toda preferencia de personas en las relaciones con los otros (4,6.10) y también todo aprovechamiento económico (5,4s).

5.- ACCIÓN / COMPROMISO

Es posible individuar las convicciones fundamentales de San Pablo en esta forma: 1) en primer lugar, la convicción de que Dios ha enviado a Jesucristo para proveer la salvación a todos; 2) que por eso la salvación está a disposición de todos, sea judíos, sea griegos, sobre la base del mismo requisito: «la fe en Cristo»; 3) que el Señor pronto vendrá de nuevo; 4) que él, Pablo, ha sido llamado por Dios para ser Apóstol de los gentiles; y 5) que los cristianos deben vivir de acuerdo a la voluntad de Dios.

Tan sólo de la Primera Carta a los Tesalonicenses, de la primera atestación escrita de San Pablo, podemos sacar las dos líneas fundamentales del mensaje paulino: 1) la salvación ha sido llevada adelante por Cristo a aquellos que creen en Él; y 2) se necesita recibir dócilmente esta salvación de Dios, en una plena fidelidad a las tradiciones que provienen del Señor Jesús.

Por la Fe en Jesús el cristiano acepta y asume que el mandamiento de la caridad viene a ser la síntesis de la ley en cuanto que Cristo ha querido permanecer presente entre nosotros no sólo en la eucaristía, sino también en los miembros vivos de su Cuerpo

(ver 1Co 10,17), de manera que servir a los hermanos es servir a Cristo (ver Mt. 25,40) y quien sirve a Cristo cumple la ley que nos ha sido dada por Dios. La caridad empeña al cristiano en todos los cálculos temporales, los cuales dejarán de ser puramente profanos ya que se encauzarán finalmente a promover una organización de la sociedad que no favorezca el odio sino que permita el amor, que crea condiciones para una vida digna y un ambiente donde el amor recíproco pueda desarrollarse; sólo así con la caridad se podrá construir sobre la tierra el cuerpo de Cristo, ya que la figura de este mundo pasa (ver 1Co 7,31), mientras que la caridad permanece (ver 1Co 13,13).

TEMA 2: EL ESPÍRITU SANTO EN SAN PABLO

Para San Pablo toda la comunidad está bajo el signo del Espíritu Santo y es vivificada por la potencia de Él (ver 2Co 3,6; 1Tes 5,19); respirar al Espíritu es vivir, sustraerse de él significaría la asfixia del cristianismo. El Espíritu Santo es, por lo tanto, constitutivo esencial del ser cristiano: en la libertad del hombre nuevo, en la vida de la Iglesia, y como anticipación escatológica. El aporte fundamental del Espíritu Santo es la filiación divina que concede al cristiano como signo distintivo (ver Ga 4,6: Ro 8,15) y como realidad permanente. La presencia del Espíritu significa de por sí libertad de la carne, del pecado y de la muerte y pone al cristiano en estado de libertad radical.

Es importante que el cristiano sepa distinguir cuáles son las auténticas manifestaciones del Espíritu Santo (ver 1Co 12,1-10) y que los responsables de la comunidad no obstaculicen la acción del Espíritu (ver 1Tes 5,19).



1.- LECTURA

Tomamos como texto base de nuestra reflexión el pasaje de Ga 4,4-7: «Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva. La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios».

Cuando San Pablo utiliza la palabra «ley» en la carta a los Gálatas (con las obvias excepciones de Ga 3,21 y 5,23) tiene en mente la Torah. La palabra hebrea Torah significa instrucción o directiva; es el nombre dado a los primeros cinco libros de la Biblia hebrea (Gen, Ex, Lev, Num, Dt) porque ellos contienen instrucciones y directivas dadas por Dios para hacer posible el alcance del valor fundamental y central del pueblo elegido, es decir, la paz

(Shalom), aquel estado dinámico en el cual uno procura llegar a ser lo que debería ser: un ser humano limitado, finito, libre. Cuando San Pablo habla de «ley» entiende sobre todo y evidentemente la ley que para él y para los hebreos sus contemporáneos ameritaba este título por excelencia: la legislación del Sinaí; por lo demás, la ley era la palabra de Dios, el agua que quita la sed, el pan que da la vida o el tronco de los frutos excelentes, en ella se encuentran encerrados los tesoros de la sabiduría y del conocimiento: en resumen, ella era todo esto que justamente Pablo y Juan proclamarán de Cristo Jesús.

Sin duda que Pablo distinguía muy bien la diferencia entre la ley en cuanto código externo observado en modo legalístico y la ley como principio ético de amor. Al final de los tiempos, el pueblo elegido será un pueblo santo, un pueblo sin pecado; esta santidad y esta impecabilidad derivan de la presencia activa del Espíritu, de la sabiduría, de la ley en el corazón de los elegidos: y os producirán el conocimiento de Dios, la fuerza de no pecar más, la vida. Por lo tanto, la Palabra de Dios, la ley interior, confieren al justo la fuerza de no pecar más. La impecabilidad es, entonces un tema escatológico, un privilegio de los tiempos mesiánicos; los elegidos la deberán a la elección divina, a su vocación, a la nueva naturaleza que les será conferida, al don del Espíritu; de hecho, el Espíritu de Santidad purificará las almas mediante la Palabra de Verdad, mediante la ley interior y la sabiduría, mediante el don del conocimiento; por otra parte, es normal que en el Nuevo Testamento tal acción santificante sea atribuida al poder de Cristo Jesús: porque sólo El confiere todos estos bienes, en cambio, de parte de los hombres, la sola condición para obtener la victoria sobre el pecado es la docilidad integral, y la sumisión a la enseñanza y a la guía del Espíritu.

Sobre la ley nueva, el Doctor Angélico Santo Tomás de Aquino en su tratado de la ley se pregunta si la ley nueva deba imponer o prohibir obras exteriores, es decir, si deba comportar un código de leyes positivas; él inicia reafirmando la doctrina según la cual el elemento principal de la nueva ley es la gracia interior del Espíritu Santo. Las obras prescritas pueden serlo únicamente en virtud de una relación necesaria con esta gracia interior: se tratará de las obras que nos ponen en comunicación con la

humanidad de Cristo Jesús resucitado, del cual proviene toda gracia y que, por lo tanto, es necesaria para producir en nosotros este dinamismo constituido precisamente por la fe que actúa mediante la caridad; o bien se tratará de obras que traducen y expresan tal dinamismo interior.

La ley externa tiene como único fin asegurar el dinamismo interior del cristiano y, por lo tanto, recibe cada valor suyo de tal dinamismo, no viceversa. Lo esencial no es, entonces, la observancia de tal o tal práctica de penitencia, sino que es el espíritu de penitencia; no es la observancia de tal o tal ejercicio de piedad, sino el espíritu de oración. El cristiano no traspasará la letra, pero se preocupará sobre todo del espíritu, y no se detendrá en poder observar auténticamente una ley, si primero no ha penetrado en su significado, es decir si primero no ha meditado a cuáles condiciones traducirá ella en la práctica la exigencia interior que él experimenta o que debería experimentar.

El código de la nueva ley comporta ciertamente toda una serie de prescripciones y de prohibiciones positivas, pero sobre todo propone al cristiano una norma de un género del todo diverso: la imitación de la persona de Cristo Jesús y especialmente de su caridad que es reflejo de la caridad del Padre: una norma perfectamente objetiva, porque Cristo no es una creación de la fantasía, sino un personaje histórico cuyos hechos y gestos han sido consignados en el Evangelio.

Por otra parte, es el Espíritu Santo el que al actuar en el hombre lo hace decir Abbá, el que lo hace reconocer a Dios como Padre y, por lo tanto, el hombre se anima a decirle así. Nosotros nos hacemos no sólo un solo cuerpo, sino un solo espíritu con el Señor. Debemos llevar el mismo y único Espíritu de Cristo (ver 1Co 8,9; 6,17). Al poseer el hombre el Espíritu, éste lo impulsa a la unidad y el hombre entonces experimenta este esfuerzo espiritual como una fuerza de comunión, de integración (ver 2Co 13,13: la comunión del Espíritu Santo). Además el hombre también lo experimenta como una participación del amor divino (ver Ro 5,5), un amor que purifica, sana y ama al hombre, un amor misericordioso que derrama gracias sobre el hombre para fortalecerle. Así el hombre ve dos líneas, al experimentar al Espíritu Santo: 1) El Espíritu que santifica; y 2) El Espíritu que

forma el Cuerpo Místico de Cristo. Así, San Pablo presenta en forma divina al Espíritu Santo: fuerza que unifica, que santifica y que integra.

2.- MEDITACIÓN

* Para San Pablo, el Espíritu Santo es una de las Tres Divinas Personas que recibe el nombre de Espíritu Santo, Espíritu de Dios, Espíritu de Cristo, o simplemente Espíritu (ver Ro 2,9; 7,6; 8,4-14; 9,1; 14,17; 15,30; 1Co 2,11-12; 3,16; Ef 4,30; Flp 3,3).

* Además, el Espíritu Santo es un agente santificador que actúa en el espíritu humano regenerándolo y renovándolo (ver Tit 3,5). Y ya sabemos que el Espíritu Santo para santificarnos realiza en nosotros tres funciones importantes: 1) Función Iluminativa: da luz a nuestro entendimiento para conocer lo bueno (anhelándolo) y lo malo (rechazándolo) y de esta manera rectificar nuestra conciencia; 2) Función Volitiva: da fuerza a nuestra voluntad debilitada por el pecado, para poder vencer el egoísmo y las tentaciones y para practicar sin cesar el bien y cumplir responsablemente la misión que Dios pone en nuestras manos; y 3) Función Fortificativa: da fortaleza y magnanimidad a nuestra vida para sobreponernos con esperanza y fe en los momentos difíciles y dolorosos que se nos presentan en nuestro caminar.

* El Espíritu Santo realiza una multiforme comunicación de sus dones y potencialidades a la Iglesia cristiana y a sus miembros (ver Ro 12,122; 5,5; 8,15-16; 8,23-26; Ga 4,6; 1Co 2,10-12; 12,1-11; 14,15; Ef 1,13; 4,30;

* Para San Pablo, el Espíritu Santo tiene una función unitiva y santificadora en el Cuerpo Místico de Cristo. Esto quizá es lo más específico y característico de San Pablo: El Espíritu Santo está en función del Cuerpo Místico de Cristo, de manera que no hay Cuerpo Místico sin Espíritu Santo, ni Espíritu Santo fuera del Cuerpo Místico de Cristo. Al menos, para San Pablo la presencia del Espíritu Santo era señal de que ahí estaba presente el Cuerpo Místico de Cristo (ver Ro 8,9; 1Co 12,13). «El que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece». El Cuerpo Místico no se forma sino por la acción del Espíritu Santo, es más supone un solo Espíritu y, por lo tanto, un solo cuerpo (ver Ef 4,4).

* En cuanto a la función del Espíritu Santo respecto a la acción redentora de Cristo, no es ajena aquella a ésta, más bien la función del Espíritu Santo converge al mismo que tiene la acción redentora de Cristo. Sobre todo para San Pablo, la presencia del Espíritu Santo es señal de haber adquirido ya la justificación, es decir, garantiza la participación en la redención de Cristo.

* El Espíritu Santo también está relacionado con la Promesa (no con la ley). La Ley y la Promesa se contraponen (ver Ga 3,13ss; Ro 8,2ss; 7,4ss). Y así como se contraponen Ley y Promesa, se contraponen también Carne y Espíritu. Es Jesús el cumplidor de las promesas y el Espíritu Santo no es sino el que garantiza ese cumplimiento (ver Ga 4,4-6).

* Con respecto al hombre, éste es el sujeto paciente de la acción del Espíritu Santo. El hombre está formado de alma, espíritu y cuerpo (ver 1Tes 5,23); el cuerpo se refiere al aspecto externo del hombre; el alma se refiere al principio de vida; y el espíritu es el principio de las actividades superiores del hombre (donde está la Inteligencia y los sentimientos más profundos del ser humano). Así la pregunta es: ¿En cuál parte del hombre actúa el Espíritu Santo? En su espíritu (ver Ro 8,15ss).

3.- ORACIÓN

Oremos, pidiendo al Espíritu Santo sus siete dones:

C1: Ven, Espíritu Santo, inflama mi corazón y enciende en él el fuego de tu amor. Dígnate escuchar mis súplicas, y envía sobre mí tus dones, como los enviaste sobre los Apóstoles el día de Pentecostés.

C2: Espíritu de Amor, te ruego me llenes del don de Sabiduría, para que saboree cada día más con qué infinito amor soy amado, y así aumente mi caridad a Dios y al prójimo; actuando siempre movido por ella.

C1: Espíritu de Verdad, te ruego me llenes del don de Entendimiento, para penetrar las verdades reveladas, y así aumentar mi fe; distinguiendo a su luz lo que es del bueno o del mal espíritu.

C2: Espíritu Sempiterno, te ruego me llenes del don de Ciencia, para sentir con la Iglesia en

la estima de las cosas terrenas, y así aumentar mi esperanza; viviendo para los valores eternos.

C1: Espíritu Santificador, te ruego me llenes del don de Consejo, para obrar de continuo con prudencia; eligiendo las palabras y acciones más adecuadas a la santificación mía y de los demás.

C2: Espíritu de Bondad, te ruego me llenes del don de Piedad, para practicar con todos la justicia; dando a cada uno lo suyo: a Dios con gratitud y obediencia, a los hombres con generosidad y amabilidad.

C1: Espíritu Omnipotente, te ruego me llenes del don de Fortaleza, para perseverar con constancia y confianza en el camino de la perfección cristiana; resistiendo con paciencia las adversidades.

C2: Espíritu de Majestad, te ruego me llenes del don de Temor de Dios, para no dejarme llevar de las tentaciones de los sentidos, y proceder con templanza en el uso de las creaturas.

TD: Divino Espíritu, por los méritos de Jesucristo y la intercesión de tu Esposa, María Santísima, te suplico que vengas a mi corazón y me comuniques la plenitud de tus dones, para que iluminado y confortado por ellos, viva según tu voluntad, muera entregado a tu amor y así merezca cantar eternamente tus infinitas misericordias. Amén.

4.- CONTEMPLACIÓN

La reflexión sobre el Espíritu Santo en San Pablo nos mueve a considerar contemplativamente cómo los cristianos somos movidos por el Espíritu de Dios a transformarnos en «ESCLAVOS POR AMOR» unos de otros.

La victoria del Espíritu comporta, como nueva y última paradoja, una esclavitud nueva, aquella de la caridad. Pablo es esclavo de Cristo Jesús. El hombre salvado es liberado de la ley «para servir a Dios en novedad de Espíritu» (Ro 7,6), «Incluso si soy libre respecto a todos, me he hecho esclavo de todos» (1Co 9,19), «mediante el amor poneos al servicio los unos de los otros» (Ga 5,13). Esta nueva esclavitud no es como la antigua, impresa por el

pecado bajo la ley. Ella es un servicio, es el ejercicio más auténtico de la libertad humana, la iniciativa de los hijos de Dios en el ámbito del Espíritu de Jesús. El cristiano es un hombre encauzado al amor, al amor que el Espíritu Santo de algún modo hace que del corazón de Dios fluya en nuestro corazón (ver Ro. 5,5).

No se puede reducir el concepto paulino de la perfección a un simple moralismo, bajo el pretexto de que Pablo mediante la caridad designa el amor del prójimo. Sería olvidar que, si la caridad es «la vida que trasciende las demás», ella misma después en el hombre durante su vida terrena viene condicionada por la fe. El amor que participa en el amor de Dios y de Cristo, es comunicado al hombre solamente a través de la fe: «la fe obra mediante el amor». Pero por eso mismo se comprende cómo un amor semejante sea capaz de unirnos a Dios y, por lo tanto, amerite el nombre de «teológico». En la respuesta del cristiano a la vocación a la perfección, los medios adoptados serán diversos, según las diversas llamadas del Señor, pero todos son invitados a llegar a ser cristianos «perfectos», adultos a vivir de la vida de Cristo Jesús Señor Resucitado, en fin, a amar según el Amor mismo a través del cual el Padre y el Hijo se aman en el Espíritu Santo.

Así pasa en el judaísmo: «aquel que es perfecto» se identifica con «aquel que agrada a Dios», esto es «aquel que es según su voluntad». Pero esta voluntad no se identifica más con un código de leyes promulgado una vez para siempre. La «perfección» del cristiano como aquella del hebreo se caracteriza en la docilidad a los divinos querer; será por lo tanto una sumisión, una obediencia, pero será una obediencia a la voluntad divina, la cual debe ser buscada, distinta del resto, y de la cual no se puede medir en anticipo cuales serán las exigencias.

5.- ACCIÓN / COMPROMISO

El Texto de Ga 5,16-26 nos sugiere cómo en nuestra vida cristiana tenemos que dejarnos conducir por el Espíritu Santo, evitando las apetencias de la carne y practicando los frutos espirituales: «Por mi parte os digo: Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí

antagónicos, de forma que no hacéis lo que quisiérais. Pero, si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Ahora bien, las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios. En cambio el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley. Pues los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias. Si vivimos según el Espíritu, obremos también según el Espíritu. No busquemos la gloria vana provocándonos los unos a los otros y envidiándonos mutuamente».

✓ **Caridad:** Acto de amor a Dios y al prójimo.

- ✓ **Gozo:** Alegría en el cumplimiento del deber.
- ✓ **Paz:** Tranquilidad de ánimo y conciliación..
- ✓ **Paciencia:** Sufrimiento sin inquietud en lo adverso.
- ✓ **Longanimidad:** Firmeza de ánimo en el sufrimiento, esperando los bienes eternos.
- ✓ **Bondad:** Rectitud de vida y Solidaridad.
- ✓ **Benignidad:** Dulzura y suavidad, sin afectación ni desabrimiento.
- ✓ **Mansedumbre:** Refrenar la ira y mantenerse ecuánime.
- ✓ **Fidelidad:** Cumplimiento de lo justamente prometido.
- ✓ **Modestia:** Moderación de palabras y acciones.
- ✓ **Continencia:** Moderación en los deleites de los sentidos.
- ✓ **Castidad:** Refrena los deleites impuros.

TEMA 3: LA IGLESIA EN SAN PABLO

Ubiquémonos primero históricamente y hablemos un poco de la organización de la Iglesia en el tiempo de San Pablo. La idea del Apóstol no era formar una Institución bien definida. Es verdad que no había una constitución uniforme, pero ciertamente había claridad en el objetivo al reunirse. San Pablo sabía bien cuál era el objetivo de la Iglesia: Construir el Cuerpo de Cristo y comportarse como Iglesia de Dios. Para este objetivo San Pablo estaba consciente de que el Espíritu Santo confería carismas en función de la unidad, a favor de este objetivo: cada uno debería ejercitar sus carismas responsablemente (ver 1Co 14,26; 12,27ss).

No había exclusividad entre Ministro y Ministerio, ya que lo importante era Construir el Reino de Dios. Sin embargo, ciertamente sí había orden en los ministerios y esto precisamente nos da pis-

tas para descubrir la organización. Podemos distinguir dos criterios del orden: por la importancia y por la utilidad. Sobre este orden de Ministerios tenemos estos textos: 1Co 12,28: «Así los puso Dios: primero como apóstoles, luego como profetas, maestros, ...»; 1Co 12,31-13,13: A San Pablo le parece más importante el Don de Profecía que el Don de Lenguas; 1Co 14,39: Pablo ciertamente no insiste en la distinción entre carisma y ministerio. Entre los

oficios que San Pablo enumera están: Episcopos, Presbíteros, Diáconos, Viudas, Apóstoles, Profetas, Maestros, Milagros, Curación. Todo esto refleja la organización sinagoga. La nomenclatura de Episcopos refleja una nomenclatura griega: El Episcopos pasaba a ser como el responsable de los presbíteros.



1.- LECTURA

Tomemos como texto base de nuestra reflexión el pasaje de 1Co 12,12-31: «Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. Así también el cuerpo no se compone de un solo miembro, sino de muchos. Si dijera el pie: «Puesto que no soy mano, yo no soy del cuerpo» ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Y si el oído dijera: «Puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo» ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Si todo el cuerpo fuera ojo ¿dónde quedaría el oído? Y si fuera todo oído ¿dónde el olfato? Ahora bien, Dios puso cada uno de los miembros en el cuerpo según su voluntad. Si todo fuera un solo miembro ¿dónde quedaría el cuerpo? Ahora bien, muchos son los miembros, mas uno el cuerpo. Y no puede el ojo decir a la mano: «¡No te necesito!» Ni la cabeza a los pies: «¡No os necesito!» Más bien los miembros del cuerpo que tenemos por más débiles, son indispensables. Y a los que nos parecen los más viles del cuerpo, los rodeamos de mayor honor. Así a nuestras partes deshonestas las vestimos con mayor honestidad. Pues nuestras partes honestas no lo necesitan. Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él, para que no hubiera división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros. Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo. Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte. Y así los puso Dios en la Iglesia, primeramente como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros; luego, los milagros; luego, el don de las curaciones, de asistencia, de gobierno, diversidad de lenguas. ¿Acaso todos son apóstoles? o ¿todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Todos con poder de milagros? ¿Todos con carisma de curaciones? ¿Hablan todos lenguas? ¿Interpretan todos? ¡Aspirad a los carismas supe-

riores! Y aun os voy a mostrar un camino más excelente».

Una larga comparación con el cuerpo nos ayuda a comprender cómo debemos complementarnos y respetarnos unos a otros en la Iglesia. No hay verdadera comunidad, si cada uno no participa activamente en la vida de esa comunidad, poniendo sus talentos al servicio de todos. Hasta el menos dotado puede tener riquezas que se manifestarán en el momento preciso. Incluso sus miserias pueden convertirse en riqueza para el grupo que lo acoja. San Pablo nos da a entender hasta qué punto nuestra cooperación en la Iglesia y en la misión es limitada y parcial. Aún los grupos cristianos más sinceros y dinámicos no convienen sino para cierta categoría de personas y para ciertos tiempos y lugares, y sería pueril pensar que van a ser por todo el mundo «el» camino. El Espíritu de Dios ya se ha encargado de suscitar a otros que darán a la Iglesia riquezas que a ellos se les escapan, pero que no son menos necesarias. Desde el momento en que vivimos en la fe, el Espíritu suscita en nosotros nuevas fuerzas. Si nos mostramos atentos a las personas y despertamos en cada uno el sentido de su dignidad y de su responsabilidad, veremos surgir en la Iglesia numerosas iniciativas, frutos del Espíritu.

Al final del párrafo, San Pablo establece un orden de importancia entre los dones. Pone en primer lugar, no lo que parece más milagroso o más extraordinario, sino lo que es más necesario para el desarrollo de la Iglesia. Nombra, en primer lugar, a los apóstoles, que no son únicamente los doce elegidos por Jesús, sino los que, como ellos y aceptados por ellos, fundan nuevas comunidades o gobiernan las que ya existen. En seguida vienen los profetas, que no sólo transmiten palabras de Dios, sino que, teniendo dones de fe y de sabiduría, hablan con fuerza y sostienen a la comunidad. Los dones de hablar en lenguas vienen muy al final, dado que los corintios que los poseían creían que habían alcanzado el Cielo.

«Y aún os voy a mostrar un camino más excelente» (v.31). San Pablo dice a los corintios, deslumbrados por todo lo que era extraordinario, que nada es igual al amor verdadero; y por eso presentará en 1Co 13 un espléndido Himno a la Caridad.

2.- MEDITACIÓN

1.- IGLESIA DE DIOS.

Para San Pablo, los creyentes cristianos son en primer lugar Iglesia de Dios. Si nos fijamos al principio y final de sus cartas es uno de los títulos que utiliza para referirse a la comunidad (ver 1Co 10,32; 11,16; 15,9; 2Co 1,1, Ga 1,13). Hay otra expresión parecida y que tiene el mismo sentido: IGLESIA DE CRISTO. No es más que una especificación de lo que es la Iglesia. Al afirmar San Pablo que la comunidad es Iglesia de Dios o Iglesia de Cristo se indica una relación con el Israel del AT (pues utiliza la misma expresión: QAHAL YHVH: Asamblea de Yahvé). Así lo primero que descubrimos es que hay una continuidad e ilación y, al mismo tiempo, una superación de tal realidad; más aún que la comunidad cristiana es el verdadero Pueblo de Dios (ver Ga 6,16). Hay así una conciencia en los primeros cristianos de sentirse llamados por Dios y por eso escogieron ese título.

La llamada a formar parte de la Comunidad cristiana es para todos (ver Ga 3,7.29). De hecho, por la fe en Cristo nos convertimos en hijos de Abraham y con esto herederos de la promesa. Los mismos paganos son injertados a este Olivo de Israel (ver Ro 11,17ss). Y de ahora en adelante la unidad y pertenencia a la Iglesia no será por la sangre, ni por la Alianza, ni por la Ley, ni por la Circuncisión. El cumplimiento de las promesas ya no depende de la Ley, sino de la Fe en Cristo, se llega, pues a decir que no todo descendiente de Israel es Israel por la sangre (ver Ro 9,6). Se deben determinar otros criterios para la pertenencia a Israel (ver Ro 9,8). La Iglesia, por lo tanto, es misterio de comunión y sacramento de comunión.



2.- IGLESIA, CUERPO DE CRISTO.

Esta expresión, quiere expresar fundamentalmente la funcionalidad de los miembros de la Iglesia y la relación de unos con otros, tanto entre ellos, como con Cristo. La relación con Cristo es como la relación de un Cuerpo con la Cabeza (ver 1Co 12,12ss; Ro 2,13ss). Así nos explica que todo carisma o ministerio están a favor de todo el cuerpo y no al revés. Se trata de colaborar todos a favor del Cuerpo de Cristo (aquí en San Pablo se privilegia el aspecto comunitario; mientras que en San Juan, el aspecto personal).

Esta imagen no es propia de San Pablo, ya se utilizaba en las culturas de ese tiempo para indicar la funcionalidad. San Pablo habla de Cuerpo de

Cristo, después se le añadirá lo de «Místico». En 1Co 1,12 nos dice San Pablo que el Cuerpo no está dividido; en Ro 6,3 nos dice que por el Bautismo entramos a formar parte de este Cuerpo; en Ef 4,4 y 1Co 12,13 nos dice que el Espíritu Santo es el principio vital en este Cuerpo. Este Cuerpo de Cristo, ¿cuándo comenzó? No existía desde la eternidad, comenzó a existir desde la Encarnación.

3.- LA UNIDAD DE LA IGLESIA.

San Pablo afirma claramente la unidad de la Iglesia al tratar el tema sobre el Cuerpo de Cristo, lo cual exige romper con toda barrera. La unidad es indispensable para formar el Cuerpo de Cristo; por lo tanto, se debe vencer todo obstáculo de raza o color, ya que sólo la fe en Cristo se admite como requisito. San Pablo ciertamente lucha porque no exista ninguna barrera. También al interior de la comunidad luchaba para que no se crearan divisiones; por eso San Pablo recurre a Jerusalén para consultar esto y buscar la unidad. Por otra parte, San Pablo promueve la unidad corrigiendo a Pedro su actitud divisoria.

4.- ACTIVIDADES AL INTERNO DE LA COMUNIDAD.

Tomando como base a San Pablo y Hch, encontramos que hay cuatro clases de reunión:

- 1.- Había la Reunión o Asamblea para la Fracción del Pan.
- 2.- Había la Reunión de Comunión: compartían lo que tenían (lo cual era copia de los sacrificios de comunión).
- 3.- Había Reuniones de Oración.
- 4.- Y en las Reuniones de Oración probablemente se daba también la Reunión de Instrucción.

Tanto los Carismas, como las Funciones y los Ministerios comunitarios deben estar al servicio de la comunidad y para su construcción. De ahí que casi siempre juntaban la Reunión para la Fracción del Pan y para la Comunión. En la Comunidad se exigía una cierta disciplina y un adecuado comportamiento (ver 1Co 5).

3.- ORACIÓN

En actitud orante, hacemos juntos la siguiente oración:

Oh Señor, creador y preservador de todo el género humano, te rogamos humildemente por los hombres de toda suerte y condición: que te complazcas en darles a conocer tus caminos y tu salud salvadora a todas las naciones. Muy especialmente te pedimos por la condición de tu Iglesia Universal: que sea guiada y gobernada por tu buen Espíritu, a fin de que todos los que se profesan y llaman cristianos sean conducidos en el camino de la verdad y mantengan la fe en la unidad del Espíritu, en el vínculo de la paz y en una vida justa. Finalmente, encomendamos a tu paternal bondad a todos los que de diversas maneras se hallan afligidos o perturbados en mente, cuerpo o condición; complácese en consolarlos y librarlos, según sus diversas necesidades, dándoles paciencia en sus sufrimientos y un feliz término a sus aflicciones.

Señor, que no olvidemos ni un instante que Tú has establecido en la tierra un reino que te pertenece; que la Iglesia es tu obra, tu institución, tu instrumento; que nosotros estamos bajo tu dirección, tus leyes y tu mirada; que cuando la Iglesia habla, Tú eres el que hablas. Que la familiaridad

que tenemos con esta verdad maravillosa no nos haga insensibles a esto; que la debilidad de tus representantes humanos no nos lleve a olvidar, que eres Tú quien hablas y obras por medio de ellos. Amén.

4.- CONTEMPLACIÓN

En la Iglesia, la comunidad cristiana se reúne para celebrar la Eucaristía, misterio de amor que hay que contemplar y meditar. Retomemos el texto



exhortativo de San Pablo en 1Co 11,17-34 y desentrañemos su contenido espiritual: «Y al dar estas disposiciones, no os alabo, porque vuestras reuniones son más para mal que para bien. Pues, ante todo, oigo que, al reuniros en la asamblea, hay entre vosotros divisiones, y lo creo en parte. Desde luego, tiene que haber entre vosotros también disensiones, para que se ponga de manifiesto quiénes son de probada virtud entre vosotros. Cuando os reunís, pues, en común, eso ya no es comer la Cena del Señor; porque cada uno come primero su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro se embria-

ga. ¿No tenéis casas para comer y beber? ¿O es que despreciáis a la Iglesia de Dios y avergonzáis a los que no tienen? ¿Qué voy a deciros? ¿Alabaros? ¡En eso no los alabo! Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: «Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío.» Asimismo también la copa después de cenar diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío.» Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga. Por tanto, quien coma el pan o beba la copa del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual, y coma así el pan y beba de la copa. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo. Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y muchos débiles, y mueren no pocos. Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos castigados. Mas, al ser castigados, somos corregidos por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo. Así pues, hermanos míos, cuando os reunáis para la Cena, esperaos los unos a los otros. Si alguno tiene hambre, que coma en su casa, a fin de que no os reunáis para castigo vuestro. Lo demás lo dispondré cuando vaya».

La Cena del Señor es, en la Iglesia, la expresión más profunda de la unidad de los cristianos (ver 1Co 10,16s), pero en Corinto se había convertido en ocasión de divisiones y de escándalo. Eso, dice San Pablo, no es celebrar ya la Cena del Señor. Porque la Eucaristía es, según el Apóstol:

- 1.- Recuerdo de la muerte de Cristo (v.26). Un recuerdo, anamnesis, que es la actualización de un suceso pasado, pero cuya presencia y eficacia llega hasta el presente. Quien lo «recuerda» debe verse «envuelto» en él.
- 2.- Anuncio de la muerte del Señor. Se trata de un acontecimiento actual, gracias al cual vive la comunidad. La Eucaristía se halla íntima e inseparablemente unida a la teología de la cruz.
- 3.- Fundación de la Nueva Alianza (v.25). Es el nuevo orden de salvación establecido por Jesús, gracias al cual nace una comunidad nueva. La Eucaristía entra así en relación con el Antiguo Testamento (ver Jer 31,31ss).

4.- Comida de comunión con Cristo (ver 1Co 10,16s). No se trata sólo de un símbolo o un signo. Sin embargo, esta comunión operante de Cristo debe distinguirse cuidadosamente del «naturalismo» y «poder mágico» que en el medio ambiente se atribuía a ritos análogos (ver 1Co 11,17.23).

5.- Comunión de los creyentes entre sí (ver 1Co 10,17). No puede separarse la Celebración Eucarística de la conducta frente a los hermanos, como se hacía en Corinto (vv.20ss). Sería un desprecio a la comunidad de Dios.

6.- Esperanza en la venida del Señor (v.26). Las últimas palabras de este versículo dan a la Eucaristía el mismo sentido la oración tan frecuente en la primitiva Iglesia: maranatha (ver 1Co 16,22), «ven, Señor».

5.- ACCIÓN / COMPROMISO:

Dentro de la Iglesia, el Espíritu Santo concede a cada cristiano dones, carismas y talentos para el enriquecimiento de todos y para la edificación de la Iglesia, carismas que han de ser ejercitados con espíritu de fe, esperanza y caridad. Así nos dice 1Co 12,1-11: «En cuanto a los dones espirituales, no quiero, hermanos, que estéis en la ignorancia. Sabéis que cuando erais gentiles, os dejabais arrastrar ciegameamente hacia los ídolos mudos. Por eso os hago saber que nadie, hablando con el Espíritu de Dios, puede decir: «¡Anatema es Jesús!»; y nadie puede decir: «¡Jesús es Señor!» sino con el Espíritu Santo. Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común. Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; a otro, carismas de curaciones, en el único Espíritu; a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas; a otro, don de interpretarlas. Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad».

Se llaman carismas las diversas aptitudes del espíritu humano -impulsado por el Espíritu- para la

construcción espiritual de la Iglesia. Los corintios tan dados al sensacionalismo deben tener unas normas para su valoración y jerarquización:

- 1.- Los carismas deben llevar a la confesión auténtica de la verdadera fe cristiana: Jesús es el Señor.
- 2.- Los carismas deben contribuir a la edificación de la Iglesia, no a su destrucción.
- 3.- Los carismas deben valorarse, como más importantes, aquellos que contribuyan más a lograr los dos efectos anteriormente mencionados.
- 4.- El carisma supremo y al mismo tiempo regulador de todos, debe ser la caridad. Por eso precisamente el Apóstol coloca el hermoso himno a la caridad (1Co 13) entre los dos capítulos dedicados al desarrollo de los carismas: «Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha. La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta. La caridad no acaba nunca. Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia. Porque parcial es nuestra ciencia y parcial nuestra profecía. Cuando vendrá lo perfecto, desaparecerá lo parcial. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Al hacerme hombre, dejé todas las cosas de niño. Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido. Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad».

En cuanto al texto de 1Co 12,1-11, fijémonos en el orden que sigue San Pablo: El Espíritu viene

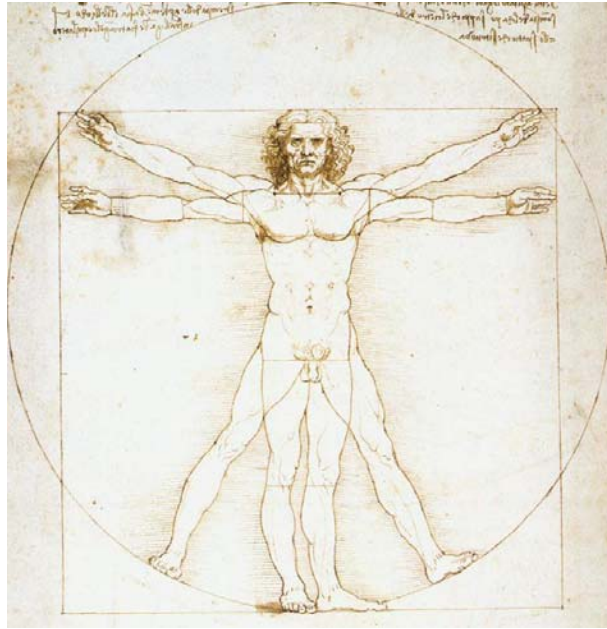
después del Verbo-Hijo. Los dones espirituales que se distribuyen actualmente son los frutos del misterio de muerte y resurrección que experimentó Jesús. El Espíritu Santo revela su presencia en la Iglesia de Corinto mediante los dones espirituales que comunica a los creyentes. Todos se maravillan cuando alguien, poseído por el Espíritu, se pone a alabar a Dios con palabras que nadie entiende. Pero más todavía sienten la presencia de Dios cuando un profeta revela a alguno de ellos lo que pasa en su interior, o cuando comunica un mensaje particular de Dios para tal o cual, o para la comunidad. San Pablo interviene de dos maneras: primero para poner orden. En la exaltación frenética de sus fiestas, los paganos perdían el dominio de sí mismos; en cambio, el Espíritu Santo nos hace más responsables. Cuando un exaltado llegaba a decir cosas insensatas o hirientes, era prueba de que no estaba inspirado. El Apóstol muestra diferentes aspectos de los dones del Espíritu Santo (que a veces los denomina carismas). Son dones si se trata de hacer milagros, pero son ministerios o servicios si hacen referencia a la dirección de la comunidad; en resumen son obras de Dios.

El Espíritu da lo que la Iglesia necesita en un lugar y momento determinados. Y por eso basándose en este texto, entendemos cuáles eran los anhelos -diferentes a los nuestros- de la Iglesia de ese tiempo. Ahora el Espíritu recuerda a la Iglesia su misión en el mundo. Los mejores entre los creyentes poseen dones espirituales que, sin producir aparentemente milagros, se manifiestan a través de una vida fecunda y ejemplar. Pero en los primeros tiempos, al igual que en tierras de misión, los nuevos convertidos descubrían primero las maravillas que Dios realizaba en medio de ellos. Palabras de sabiduría que indican qué actitud se debe adoptar. Palabras de conocimiento que revelan algo oculto o lo que Dios va a hacer. La fe nos da la certeza de que Dios quiere intervenir, y que nos lleva a pedir un milagro. De esta manera la Iglesia descubriría, no sólo la presencia de Dios en ella, sino también el poder emanado de la muerte y resurrección de Jesús.

Dios es la fuente de todos los dones y el modelo de todo lo que vive y existe, pues es en Él, en primer lugar, donde se concilia la diversidad y la unidad.

TEMA 4: LA REALIDAD DEL HOMBRE EN SAN PABLO

San Pablo nos describe al hombre en 1 Tes 5,23 cuando dice: «Que Él, el Dios de la paz, os santifique plenamente, y que todo vuestro ser, el espíritu, el alma y el cuerpo, se conserve sin mancha hasta la Venida de nuestro Señor Jesucristo». Ni los judíos ni la mayor parte de los griegos coincidían en nuestra definición del hombre como cuerpo y alma. Hablaban a la vez del «alma», que da la vida al cuerpo y se ocupa de las actividades materiales, y del «espíritu», que vive de la verdad y de la justicia. La manera de hablar de San Pablo así como también la de los grandes espirituales cristianos, confirma esta concepción. Cuando el Apóstol habla de la vida profunda de los creyentes, no emplea el término «alma» sino «espíritu». Y si bien cuerpo y alma son nuestros, el espíritu nuestro en cambio, según el lenguaje bíblico, es a la vez nuestro y de Dios: el aliento de Dios en nosotros. No es una parte de nosotros, sino que es más bien nuestra abertura a Dios. El hombre no está frente a Dios como ante un interlocutor que lo mira desde fuera; para comprender esta relación habría que partir de la que une a seres que se aman y que, de alguna manera, viven el uno para el otro. Nuestra alma se expresa de diversas maneras, en el sueño por ejemplo. En cambio, descubrimos nuestro espíritu a través de nuestra experiencia de Dios. Sólo cuando veamos a Dios sabremos quiénes somos.



cuando se encontró con Cristo yendo por el camino a Damasco. Así nos dice Hch 9,1-22: «Entretanto Saulo, respirando todavía amenazas y muertes contra los discípulos del Señor, se presentó al Sumo Sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, para que si encontraba algunos seguidores del Camino, hombres o mujeres, los pudiera llevar atados a Jerusalén. Sucedió que, yendo de camino, cuando estaba cerca de Damasco, de repente le rodeó una luz venida del cielo, cayó en tierra y oyó una voz que le decía: «Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?» El respondió: «¿Quién eres, Señor?» Y él: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad y se te

dirá lo que debes hacer.» Los hombres que iban con él se habían detenido mudos de espanto; oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Le llevaron de la mano y le hicieron entrar en Damasco. Pasó tres días sin ver, sin comer y sin beber. Había en Damasco un discípulo llamado Ananías. El Señor le dijo en una visión: «Ananías.» El respondió: «Aquí estoy, Señor.» Y el Señor: «Levántate y vete a la calle Recta y pregunta en casa de Judas por uno de Tarso llamado Saulo; mira, está en oración y ha visto que un hombre llamado Ananías entraba y le imponía las manos para devolverle la vista.» Respondió Ananías: «Señor, he oído a muchos hablar de ese hombre y de los muchos males que ha causado a tus santos en Jerusalén y que está aquí con poderes de los sumos sacerdotes para apresar a todos los que invocan tu nombre.» El Señor le contestó: «Vete, pues éste me es un instrumento de elección que lleve mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel. Yo le mostraré todo lo que tendrá que padecer por mi

1.- LECTURA

El misterio del hombre se esclarece bajo la luz de Cristo, Hijo de Dios hecho hombre como nosotros (ver Gaudium et Spes 10). Es por eso que tomamos como lectura de nuestra reflexión uno de los pasajes que nos hablan sobre la conversión de San Pablo

nombre.» Fue Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y le dijo: «Saúl, hermano, me ha enviado a ti el Señor Jesús, el que se te apareció en el camino por donde venías, para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo.» Al instante cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista; se levantó y fue bautizado. Tomó alimento y recobró las fuerzas. Estuvo algunos días con los discípulos de Damasco, y en seguida se puso a predicar a Jesús en las sinagogas: que él era el Hijo de Dios. Todos los que le oían quedaban atónitos y decían: «¿No es éste el que en Jerusalén perseguía encarnizadamente a los que invocaban ese nombre, y no ha venido aquí con el objeto de llevárselos atados a los sumos sacerdotes?» Pero Saulo se crecía y confundía a los judíos que vivían en Damasco demostrándoles que aquél era el Cristo».

La conversión de San Pablo se menciona tres veces en el libro de los Hechos de los Apóstoles (9,1-9; 22,3-21; y 26,2-23). Fue en Damasco hacia el año 36 cuando San Pablo se convierte al cristianismo al encontrarse con Cristo; no fue tanto una teofanía, ni una visión divina, sino una verdadera experiencia mística. Este suceso divide la vida de San Pablo en «antes» y «después», ya que fue como un huracán que le cambió su historia personal y su vida.

En este pasaje de la conversión de San Pablo aparecen algunos símbolos muy significativos:

- * Aparece una luz que lo ciega y escucha una voz que le dice: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Era nada menos que Cristo resucitado. San Pablo le responde: «aquí estoy, Señor»...
- * La expresión: «por el camino de Damasco» indica que Jesús lo quiere llevar por un nuevo camino diferente al que el Apóstol llevaba.
- * «A medio día», indica que el suceso aconteció como en la mitad de su vida.
- * «Una luz celestial» más luminosa que el sol que «lo cegó»... Lo cegó para que tuviera ojos nuevos para mirar diferente
- * «Eres días de oscuridad» sin ver, como cuando Cristo estuvo en el sepulcro, a los tres días sale de la oscuridad, y vuelve con un nuevo proyecto de vida.
- * El contacto con la luz verdadera, le quita sus tinieblas, es decir, las vendas de los ojos y a partir de ahí ve con claridad lo que Dios quiere de él: que

no sea más un fariseo sino un auténtico cristiano y apóstol de Jesucristo.

- * «Cayó en tierra». Como que todo lo anterior ya no era para él, tenía que dejarlo atrás. Ahora era necesario empezar con una manera diferente de construir su vida y su pensamiento. Se le cambiaron sus esquemas mentales.
- * Cristo no le pidió permiso para entrar en su vida, sino que «lo derribó» como al profeta Ezequiel.
- * «Caído», se entrega a Cristo porque es más fuerte que él.
- * «Oyó una voz» que lo convirtió, lo transformó, lo sedujo...
- * San Pablo le pregunta: «¿Quién eres, Señor?» Y Jesús le contesta en arameo, su idioma natal: «Yo soy Jesús a quien tú persigues. Pero levántate, ve a la ciudad y ahí se te dirá qué tienes que hacer».

Los símbolos de este pasaje son, entonces, muy importantes para el relato de la conversión de San Pablo, ya que nos ofrecen una especie de «epifanía» o manifestación de Dios, que entra de esta manera en la vida de un hombre para transformarlo. Así sucedió con Abraham, con Moisés, con Elías... El Apóstol se convierte en testigo de la resurrección, requisito indispensable para obtener el título de apóstol.

De esta manera, San Pablo vio la gloria del Señor Jesús, lo cual le hizo renovar y transformar su misma humanidad. El encuentro con Cristo le dio sentido a su vida e iluminó la comprensión de su misión.

2.- MEDITACIÓN

1.- EL HOMBRE ES CREATURA DE DIOS

En primero lugar, para San Pablo el hombre es creatura de Dios (ver 1Co 8,6). Y por ser esto, el hombre le debe toda la honra y reconocimiento a su Creador (ver Ro 11,36). Y cuando el hombre no lo reconoce a Dios como su Creador incurre en culpa, es un gran pecador. El hombre además puede llegar a su Creador por conocimiento natural.

2.- ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DEL HOMBRE

San Pablo no considera al hombre formado de elementos separados, sino de una integración. Para

San Pablo el hombre es un todo integrado, en el cual sólo se pueden distinguir algunos elementos:

1.- SOMA: CUERPO: Para San Pablo esto no es una simple vasija en donde se mete el alma o un receptáculo del alma, sino algo esencial del hombre, tan esencial que va a resucitar.

2.- PNEUMA: ESPÍRITU: En San Pablo, puede significar al Espíritu Santo, pero también al aspecto más interior y espiritual del hombre. Para San Pablo Cuerpo es la parte más exterior del hombre y lo más externo del encuentro con Dios y lo que afecta al Cuerpo afecta a todo el cuerpo. Y debe llegarse al encuentro con Dios, a través del Espíritu (ver Ro 6,12; 1Co 6,13-20; 12,27; 7,4ss; 6,13-15).

3.- PSIQUE: ALMA: Designa al hombre como ser vivo (ver 1Tes 5,23). En este sentido se puede decir que el hombre es un SOMA PSIQUICÓN y que se opone al SOMA PNEUMATICÓN (ver 1Co 15,44).

4.- Otra palabra es KARDÍA: CORAZÓN: Es la sede más profunda de los sentimientos del hombre, es como el centro del deseo, de la concupiscencia, de los deseos del hombre. El Pneuma tiene también ahí su sede. De hecho el corazón es el lugar en donde Dios habita, el lugar donde Dios examina al hombre.

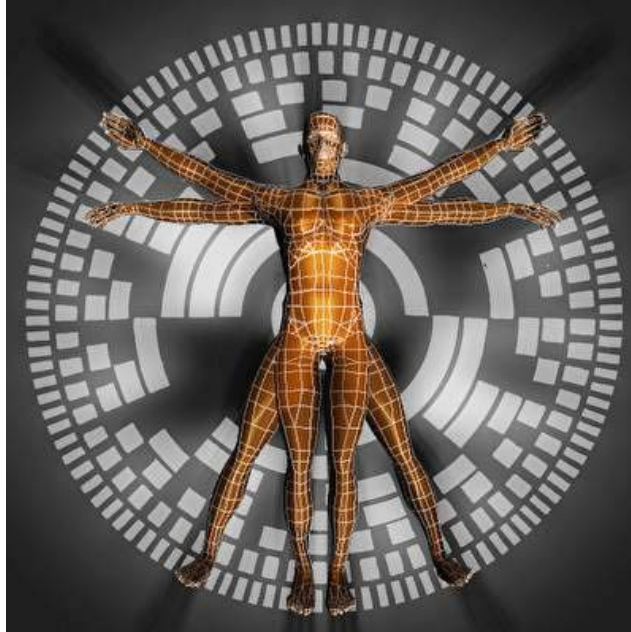
5.- Otro elemento que san Pablo maneja es el de NOUS: MENTE: alude al hombre como sujeto de conocimiento. Este conocimiento es el que influye en el hombre para su querer y obrar (ver Ro 1,20; 7,15-21). Y la conversión para San Pablo supone una renovación del NOUS, de la mente; y luego vendría el cambio en el querer y en el obrar.

6.- SARKS: CARNE: San Pablo y los judíos sabían que el parentesco de la gente es por la SARKS. A diferencia del SOMA, SARKS indica lo más material del hombre, las tendencias e inclinaciones más bajas del hombre, las miserias y las limitaciones del hombre.

3.- EL HOMBRE LIBERADO Y RENOVADO EN CRISTO

El evento de la muerte-resurrección de Jesús tiene una clara finalidad antropológica, en cuanto que libera al hombre de los cuatro conceptos fundamentales que definen al hombre fuera de Cristo: de la «ley», de las insidias de la «carne», de la esclavitud bajo el «pecado» y de la inevitabilidad de la «muerte» (ver Ro 7); y no podría ser de otra manera ya que el Jesús de Pablo no aparece como objeto de

descripciones narrativas, sino como una persona que con su muerte y resurrección entra en íntima relación con los cristianos; según San Pablo, Jesús por su resurrección no es un preceptor, ni un maestro de moral, ni un legislador que da normas de vida sino que como Resucitado El mismo se hace nuestra vida (ver Flp 1,21) a fin de que nos sea posible afrontar la existencia humana (ver Ro 8,37); e igualmente según San Pablo, Jesús



por su muerte, no tiene nada de romántico o de dulcino como aparece en ciertas oleografías del año 800 sino que la atención converge sobre el drama de la cruz y de la sangre que nos socorre (ver 1Cor 2,2) y nos hace una fuerza explosiva de liberación, de salvación, de emancipación y de reconciliación (ver Ro 5,6-8; 1Co 1,18.25).

La libertad Cristiana para San Pablo lleva a un cambio triple en la relación con el mundo:

1.- La libertad en Cristo pone al bautizado de frente al mundo sin ningún complejo o tabú, sabiendo que en el mundo nada es de por sí puro o impuro, sino que tiene la convicción de todo lo que ha sido creado por Dios es bueno (ver Tit 1,15; 1Tm 4,4), lo cual le da una soberaneidad sobre el mundo, similar a aquella del primer Adán (ver Gen 2,19-10).

2.- El cristiano auténtico es un hombre libre también del mundo, no se deja condicionar por

él ni lo teme, sino que con su fe vence al mundo.

- 3.- El hombre ha recibido el mundo sólo en préstamo o como usufructo, de manera que no es admitida su manipulación orgullosa e indiscriminada (ver 1Co 4,7).

3.- ORACIÓN

Exultemos de gozo en el Señor que ha hecho del hombre una bella obra de arte y proclamemos el salmo 8:

¡Oh, Yahvé, Señor nuestro, qué glorioso tu nombre por toda la tierra!

Tú que exaltaste tu majestad sobre los cielos, en boca de los niños de pecho, dispones baluarte frente a tus adversarios, para acabar con enemigos y rebeldes.

Al ver tu cielo, hechura de tus dedos, la luna y las estrellas, que fijaste tú, qué es el hombre para que de él te acuerdes, el hijo de Adán para que de él te cuides?

Apenas inferior a un ángel lo hiciste, coronándolo de gloria y de esplendor; le hiciste señor de las obras de tus manos, todo fue puesto por ti bajo sus pies:

Ovejas y bueyes, todos juntos, y aún las bestias del campo, y las aves del cielo, y los peces del mar, que surcan las sendas de las aguas.

¡Oh Yahvé, Señor nuestro, qué glorioso tu nombre por toda la tierra!

4.- CONTEMPLACIÓN

El Evangelio Paulino de la libertad cristiana que hace al hombre un ser renovado en Cristo por la acción del Espíritu Santo tiene una propia originalidad: no solo porque no proviene de la simple reflexión sobre la naturaleza humana, sino también porque afirma con fuerza sorprendente la superación de todo vínculo conexo con la ley (ver Ga 4,5; Ef 2,15; Ro 10,4). El intento del Apóstol no es de suyo libertinístico. Su discurso se mueve no en el ámbito de la vida civil, sino de aquella religiosa. Su preocupación es establecer con toda claridad que «ser cristianos» no se funda sobre la adhesión a un imperativo moral externo al hombre que puede saber de imposiciones y arriesga conducir al hom-

bre mismo a la desesperación a motivo de la imposibilidad de observar todos los preceptos (ver Ga 3,10), o a la presunción (ver 1Co 1,29.31; Ro 3,27), sino que se funda en un impulso interior espiritual que lo mueve al seguimiento y a la imitación de una persona: Jesús de Nazaret, que siendo hijo de Dios, por naturaleza, se hace hombre como nosotros para hacer al hombre hijo de Dios, por adopción según la gracia recibida del Espíritu Santo.

Aquel encuentro con el Señor que tuvo San Pablo y que lo hizo «creatura nueva» (ver 2Co 5,17), determinó también y necesariamente el giro de su postura en confrontación con la ley. Si con la resurrección de Jesús han iniciado los últimos tiempos (ver 1Co 10,11) y si con su Espíritu es ya dada la «garantía» del futuro (ver 2Co 1,22; Ro 8,23), es signo de que la ley ha terminado su función en orden a la salvación y de que se ha afirmado un nuevo principio que empeña a todo el hombre: ser «en Cristo» sobre la base de la justificación por fe.

No obstante lo anterior, la moral del Nuevo Testamento y, por lo tanto, también la moral paulina, nada tiene que ver con una «moral sin obligaciones ni sanciones». Al catecúmeno que pide el bautismo, la Iglesia quiere ciertamente ofrecerle un código de leyes morales, menos complicado, más elevado, pero que todavía se presenta por siempre como un código de leyes. En el contexto judaico contemporáneo la doctrina de San Pablo es de una tranquila libertad: el valor de cada acción es determinado por el espíritu con el cual es hecha.

5.- ACCIÓN / COMPROMISO

Puede decirse que en Gálatas inaugura San Pablo dos temas fundamentales de su teología sobre los que volverá con cariño y profundidad en los escritos posteriores, particularmente en Romanos: HOMBRES NUEVOS – HOMBRES LIBRES.

La salvación que Dios concede al hombre a través de Jesucristo se hace realidad en nosotros transformándonos en nuevas criaturas capaces de superar todo aquello que pretenda separarnos de Dios. Los tiempos nuevos anunciados por los profetas como tiempos de una alianza nueva (ver Jer 31,31-34) en los que Dios dará al hombre un

corazón nuevo y un espíritu nuevo (ver Ez 36,26), ya están aquí. Han llegado con Cristo. El mundo viejo de la ley ha muerto y ha quedado derribado el muro que separaba judíos y paganos. En la perspectiva de Pablo, el cristiano, al quedar injertado en Cristo, participa de la novedad absoluta de Cristo, el hombre nuevo por antonomasia, y queda convertido en nueva criatura (ver Ga 6,15; 2Co 5,17). Ha de vivir, pues, una vida nueva a través de una fe activa (ver Ga 5,6). Una vida que comienza ya aquí, pero que sólo en el más allá conocerá su plena realización, porque ahora sólo «en esperanza» estamos total y definitivamente salvados (ver Ro 8,24).

Pero la salvación de Cristo, además de hacernos hombres nuevos, nos hace también hombres libres. Por eso la Carta de San Pablo a los Gálatas ha sido llamada desde antiguo La Carta Magna de la Libertad Cristiana. Pero, ¿de qué libertad habla San Pablo?

- Ciertamente no de la facultad psicológica de escoger entre dos cosas distintas u opuestas.

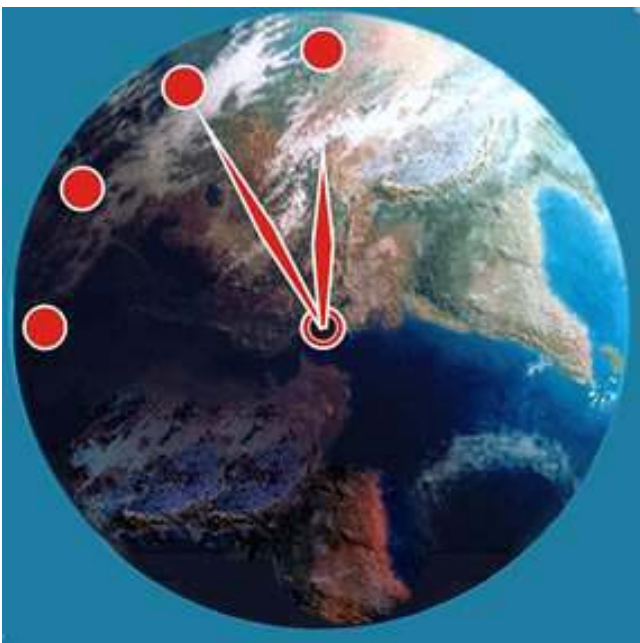
- Tampoco de la posibilidad de hacer lo que a uno

le venga en gana sin trabas de ninguna clase. En este sentido la libertad paulina no es una patente de libertinaje como entendieron algunas comunidades protestantes de la primera época y como ya en los mismos días de San Pablo pretendieron ciertos grupos de Corinto (ver 1Co 6,12ss).

- Hombre libre, según San Pablo, es el que está capacitado para superar todo aquello que pueda separarle de Dios e impedirle hacer el bien. Seremos plenamente libres si hacemos el bien gracias a un dinamismo interior: el amor, y no simplemente porque haya una ley que nos lo ordena desde fuera. Este dinamismo interior es el que confiere a la ley exterior todo su valor; es el que hace del cristiano no un hombre sin ley, más allá del bien y del mal, sino, por el contrario, un hombre de unas exigencias morales inauditas; tan inauditas que Pablo las compara paradójicamente a una esclavitud: «Haceos esclavos los unos de los otros por amor» (ver Ga 5,13). De aquí que sólo sea auténticamente libre el que tiene poder para regalar su libertad.

En síntesis, el hombre cristiano es llamado en su integridad al amor y a la libertad.

TEMA 5: EL FINAL DE LOS TIEMPOS EN SAN PABLO



1Co 15,12-28: «Ahora bien, si se predica que Cristo ha resucitado de entre los muertos ¿cómo andan diciendo algunos entre vosotros que no hay resurrección de los muertos? Si no hay resurrección de los muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe. Y somos convictos de falsos testigos de Dios porque hemos atestiguado contra Dios que resucitó a Cristo, a quien no resucitó, si es que los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana: estáis todavía en vuestros pecados. Por tanto, también los que durmieron en Cristo perecieron. Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, ¡somos los más dignos de compasión de todos los hombres! Cristo resucitó de entre los muertos como

primicias de los que durmieron. Porque, habiendo venido por un hombre la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos. Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo. Pero cada cual en su rango: Cristo como primicias; luego los de Cristo en su Venida. Luego, el fin, cuando entregue a Dios Padre el Reino, después de haber destruido todo Principado, Dominación y Potestad. Porque debe él reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo en ser destruido será la Muerte. Porque ha sometido todas las cosas bajo sus pies. Mas cuando diga que «todo está sometido», es evidente que se excluye a Aquel que ha sometido a él todas las cosas. Cuando hayan sido sometidas a él todas las cosas, entonces también el Hijo se someterá a Aquel que ha sometido a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todo».

Esta es una cuestión que desborda el terreno de la praxis. Se trata de algo decisivo para el mensaje de la salud y para la fe. San Pablo afirma lo siguiente:

1.- La resurrección de Jesús es el dogma fundamental de la fe cristiana, comprobado por numerosas apariciones, incluyendo en ellas la del camino de Damasco.

2.- Existe tal conexión entre nuestra resurrección y la de Cristo, que negar la primera equivale a rechazar la segunda. La resurrección de los muertos comenzó con la de Cristo.

Del hecho de la resurrección de Cristo que aceptamos, compartiendo la fe de los Apóstoles, San Pablo pasa a otro tema que nos toca muy vivamente: ¿Hay esperanza para nosotros?

«Todos mueren por estar incluidos en Adán» (v.21). Los mitos de las más diversas religiones acostumbraban representar en algún héroe del pasado, nuestra propia condición. Al hacerlo podían dar un sentido a nuestro destino, pero no cambiarlo. La fe, por el contrario, nos dice que lo que el Hijo de Dios vivió entre nosotros, lo vivió por todos nosotros. Olvidemos aquí nuestra visión individualista en la que cada uno vive su propio destino, pues para Dios toda la aventura de la creación y de la salvación es la de «Adán», a la vez uno y múltiple. Y un hombre, que es «el Hombre», Jesús, la vivió plenamente por todos nosotros.

«Cristo resucitó de entre los muertos, siendo el primero y primicia de los que se durmieron» (v.20). Pablo, al igual que los primeros cristianos, habla de «dormirse» en lugar de «morir», a fin de expresar mejor la espera de la resurrección. Nuestra palabra «cementerio» significa dormitorio.

«Entregaré a Dios Padre el Reino» (v.24). No hay mas que un solo Dios. El Hijo aquí es la Palabra eterna de Dios hecha hombre, que se echó sobre sus hombros toda la segunda parte de la historia de la humanidad. Esta Palabra, que está eternamente volviendo al Padre del cual nació, hace entrar en la eternidad de Dios a toda la creación, y no habrá otro comienzo de una historia nueva. Dios será todo en todos; recibiremos a Dios de Dios, y lo tendremos todo, siendo al final nosotros mismos. Y aunque eso supere nuestra imaginación, ya no habrá más muerte (v. 26)

2.- MEDITACIÓN

* ¿CUÁNDO ES LA PARUSÍA? En un primer momento da la impresión que San Pablo pensó que la segunda venida de Cristo en gloria y como juez estaba muy próxima (ver 1Tes y 1Co), pero después se ve que San Pablo supera esto y manifestará que no será pronto, que se va a tardar (ver 2Co). De manera que el momento de la Parusía dejó de tener importancia para San Pablo y, por lo tanto, insistirá en adelante en el otro aspecto: el de la Espera.

* LA FELIZ ESPERA. Lo importante es que mientras llega el Día, nos dediquemos a trabajar como auténticos cristianos. Por otra parte, el sentido que le da a la vida esta tendencia escatológica, tiene un punto de arranque: la Resurrección, y un punto de encuentro: la Parusía. Esto nos muestra el sentido cristiano de la vida: el cristiano es el hombre de la esperanza, y el objeto de la esperanza es la segunda venida del Señor (ver 1Tes 4,13-18). Cristo es la meta final de la Escatología, una meta segura, una esperanza que no falla y esto es lo que ha de mantener al cristiano alegre. El cómo va a ser, no interesa, ni tampoco el cuándo, lo importante es esta tensión feliz y esperanzadora.

* FUNDAMENTO DE ESTA PARUSÍA. El fundamento de nuestra feliz espera es la Resurrección de Cristo. Si Cristo resucitó, en Él está nuestra esperanza; de manera que si no hubiera

resucitado vana sería nuestra fe (ver 1Co 15,20-28; 6,14).

* EL JUICIO FINAL. San Pablo nos habla de ese momento, de esa realidad del juicio final (ver 2Co 5,10; Ro 2,13; 14,10; 1Tes 1,9). Pero no queda muy clara la relación entre las obras y la doctrina de la justificación del pecado. Delante de Dios nadie queda justificado por las obras de la ley; Dios nos salva por su misericordia y, por lo tanto, nuestra respuesta a esa misericordia son las obras de amor. La forma de vida que llevamos no es lo que nos justifica objetivamente, sino que la justificación alcanzada por Cristo nos exige una vida nueva. De ahí que la ausencia de esta vida nueva es señal de no haber recibido esa justificación.

3.- ORACIÓN

Con profunda fe, con honda esperanza y con grande caridad, dirigimos nuestra alma hacia Dios para proclamar el salmo 42(41), anhelando al Señor:

Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío;

tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?

Las lágrimas son mi pan noche y día, mientras todo el día me repiten: «¿Dónde está tu Dios?»

Recuerdo otros tiempos, y mi alma desfallece de tristeza: cómo marchaba a la cabeza del grupo,

hacia la casa de Dios, entre cantos de júbilo y alabanza, en el bullicio de la fiesta.

¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué te me turbas? Espera en Dios, que volverás a alabarlo: «Salud de mi rostro, Dios mío.»

Cuando mi alma se acongoja, te recuerdo, desde el Jordán y el Hermón y el Monte Menor.

Una sima grita a otra sima con voz de cascadas: tus torrentes y tus olas me han arrollado.

De día el Señor me hará misericordia, de noche cantaré la alabanza del Dios de mi vida.

Diré a Dios: Roca mía, ¿por qué me olvidas? ¿Por qué voy andando sombrío, hostigado por mi enemigo?

Se me rompen los huesos por las burlas del adversario; todo el día me preguntan: «¿Dónde está tu Dios?»

¿Por qué te acongojas, alma mía, por qué te me turbas? Espera en Dios, que volverás a alabarlo: «Salud de mi rostro, Dios mío.»

4.- CONTEMPLACIÓN

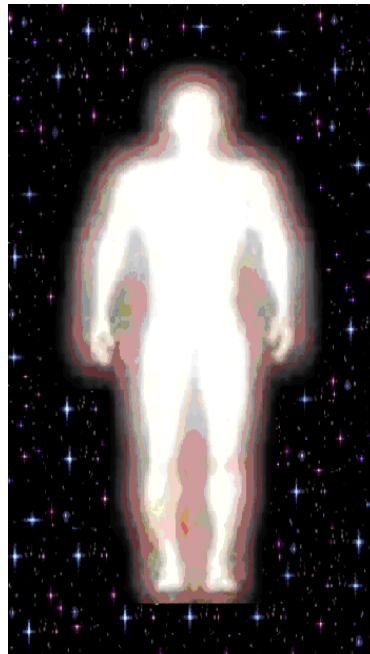
Nuestro tema de reflexión nos invita a contemplar la maravilla misteriosa de la resurrección de los muertos cuando venga el Señor al final de los tiempos. Así nos dice 1Co 15, 35-58: «Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué cuerpo vuelven a la vida? ¡Necio! Lo que tú siembras no revive si no muere. Y lo que tú siembras no es el cuerpo que va a brotar, sino un simple grano, de trigo por ejemplo o de alguna otra planta. Y Dios le da un cuerpo a su voluntad: a cada semilla un cuerpo peculiar. No toda carne es igual, sino que una es la carne de los hombres, otra la de los animales, otra la de las aves, otra la de los peces. Hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres; pero uno es el resplandor de los cuerpos celestes y otro el de los cuerpos terrestres. Uno es el resplandor del sol, otro el de la luna, otro el de las estrellas. Y una estrella difiere de otra en resplandor. Así también en la resurrección de los muertos: se siembra corrupción, resucita incorrupción; se siembra vileza, resucita gloria; se siembra debilidad, resucita fortaleza; se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual. Pues si hay un cuerpo natural, hay también un cuerpo espiritual. En efecto, así es como dice la Escritura: Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida. Mas no es lo espiritual lo que primero aparece, sino lo natural; luego, lo espiritual. El primer hombre, salido de la tierra, es terreno; el segundo, viene del cielo. Como el hombre terreno, así son los hombres terrenos; como el celeste, así serán los celestes. Y del mismo modo que hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevaremos también la imagen del celeste. Os digo esto, hermanos: La carne y la sangre no pueden heredar el Reino de los cielos: ni la corrupción hereda la incorrupción. ¡Mirad! Os revelo un misterio: No

moriremos todos, mas todos seremos transformados. En un instante, en un pestañear de ojos, al toque de la trompeta final, pues sonará la trompeta, los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros seremos transformados. En efecto, es necesario que este ser corruptible se revista de incorruptibilidad; y que este ser mortal se revista de inmortalidad. Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: = La muerte ha sido devorada en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, = tu victoria? = ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado, la Ley. Pero ¡gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo! Así pues, hermanos míos amados, manteneos firmes, inmovibles, progresando siempre en la obra del Señor, conscientes de que vuestro trabajo no es vano en el Señor».

¿Cómo resucitan los muertos? Es la pregunta que nos hemos planteado muchas veces, pues quisiéramos imaginar o conocer lo que seremos entonces. Pero, ¿cómo podríamos imaginar o conocer ese mundo nuevo, aunque se prepara ya desde hoy? ¿Acaso un niño todavía sumido en ese universo cerrado que es el seno de la madre, puede imaginarse el mundo en el que va a ser proyectado? San Pablo sólo puede aclarar ese misterio mediante comparaciones.

«Lo que tú siembras»... Jesús había hablado del grano que se siembra (ver Jn 12,24) y con este ejemplo el Apóstol rechaza las ideas primitivas que tal vez algunos tienen todavía: los muertos saldrían de sus tumbas como se ve en pinturas antiguas; pero no, al igual que la espiga que salió de la semilla, nuestro cuerpo resucitado no será la reconstitución de nuestro cuerpo actual. «No es el cuerpo que va a brotar» (v. 39). San Pablo nos recuerda que la misma palabra designa a menudo cosas diferentes, aunque haya una cierta relación entre ellas. En tiempos del Apóstol, como también hoy, la palabra «cuerpo» se aplicaba a muchas cosas, y el sol y las estrellas se denominaban «cuerpos celestes». De igual modo hay muchas clases de «luz». Por eso es que cuando se habla de resucitar «con su cuerpo»,

no se trata ni de la misma forma, ni de la misma vida, sino de la misma persona. Como la espiga procede del grano de trigo, así también será la misma persona marcada con todo lo que debió dejar atrás (Cristo resucitado, con razón, quiso mostrar las marcas de su pasión en su cuerpo glorioso). Ya que el hombre no se hace solo sino en unión y en relación con los demás, conoceremos, hasta en lo más profundo de su persona transfigurada, a los que hemos amado más en la tierra y que nos han ayudado más a desarrollar nuestras potencialidades.



«Un cuerpo espiritual» (v. 44). La resurrección viene del interior, es como una transfiguración. Y cada uno tendrá el cuerpo que merece, el cuerpo que mejor exprese lo que ha llegado a ser y lo que es en Dios. Todo esto ¿no es acaso lo más bello que podríamos esperar, bello hasta en su misma lógica? Pero ¿será cierto? San Pablo lo afirma con toda la evidencia de la fe, pero podremos experimentar el trabajo del Espíritu que ya nos está transformando. Y de ahí nace una intuición muy segura de lo que nos espera.

«Vida que nunca terminará... fuerzas de descomposición» (v.50) Es la oposición entre lo que sólo puede podrirse y deshacerse, y lo definitivo, que es propio del mundo en que Dios es todo (ver Ro 8,21). Los que han escogido gozar de las criaturas, en vez de entregar su vida, difícilmente creerán en lo que es definitivo.

«Aunque no todos muramos» (V. 51). San Pablo creía en un primer momento que Cristo iba a volver pronto; partiendo de esta suposición, se refiere aquí a los que están vivos todavía cuando regrese Cristo. No dice que «irán al cielo con Él» (pues sería una imagen muy material) sino que nuevamente afirma: La resurrección será una transfiguración y no una continuación de la existencia presente.

«Lo terrenal... Lo celestial» (vv.45-49). Todos tenemos una doble herencia: por naturaleza somos solidarios con la raza humana figurada en Adán, el hombre animal y terrestre; pero pertenecemos también a esa comunidad que se forma misteriosamen-

te alrededor de Cristo, que es espíritu, fuente de vida y que viene del cielo. El bautismo no ha reemplazado lo uno por lo otro. Por más fieles que seamos, nuestro Adán continuará creciendo y haciéndose cada vez más pesado con sus debilidades y tentaciones, pero al mismo tiempo se fortalecerá en nosotros el hombre interior, ese «embrión» del hombre celestial, que está a la espera de su verdadero nacimiento.

5.- ACCIÓN / COMPROMISO

La venida del Señor nos invita a estar preparados y a vivir con compromiso serio de vida. Así nos lo describe 1Tes 5,1-24: «En lo que se refiere al tiempo y al momento, hermanos, no tenéis necesidad que os escriba. Vosotros mismos sabéis perfectamente que el Día del Señor ha de venir como un ladrón en la noche. Cuando digan: «Paz y seguridad», entonces mismo, de repente, vendrá sobre ellos la ruina, como los dolores de parto a la que está encinta; y no escaparán. Pero vosotros, hermanos, no vivís en la oscuridad, para que ese Día os sorprenda como ladrón, pues todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día. Nosotros no somos de la noche ni de las tinieblas. Así pues, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. Nosotros, por el contrario, que somos del día, seamos sobrios; revistamos la coraza de la fe y de la caridad, con el yelmo de la esperanza de salvación. Dios no nos ha destinado para la cólera, sino para obtener la salvación por nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros, para que, velando o durmiendo, vivamos juntos con él. Por esto, confortaos mutuamente y edificaos los unos a los otros, como ya lo hacéis. Os pedimos, hermanos, que tengáis en consideración a los que trabajan entre vosotros, os presiden en el Señor y os amonestan. Tenedles en la mayor estima con amor por su labor. Vivid en paz unos con otros. Os exhortamos, asimismo, hermanos, a que amonestéis a los que viven desconcertados, animéis a los pusilánimes, sostengáis a los débiles y seáis pacientes con todos. Mirad que nadie devuelva a otro mal por mal, antes bien, procurad siempre el bien mutuo y el de todos. Estad siempre alegres. Orad constantemente. En todo dad gracias, pues esto es lo que Dios, en Cristo Jesús, quiere de

vosotros. No extingáis el Espíritu; no despreciéis las profecías; examinadlo todo y quedaos con lo bueno. Absteneos de todo genero de mal. Que El, el Dios de la paz, os santifique plenamente, y que todo vuestro ser, el espíritu, el alma y el cuerpo, se conserve sin mancha hasta la Venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama y es él quien lo hará».

Cristo viene de noche, y los creyentes son hijos de la luz. Hay, a este propósito, toda una parábola. Los que siguen sus malos instintos pertenecen a las tinieblas y se esconden para hacer el mal. En cambio, los hijos de la luz son irreprochables, transparentes ante Dios y no tienen nada que ocultar. El no creyente duerme sin prever, mientras que el creyente vigila; por eso le gusta orar de noche, como si aguardara con el día la venida de Cristo.

En cuanto a los que murieron, no están realmente muertos sino que descansan (v.10), listos para levantarse cuando el Señor venga. «Anímense mutuamente y edifíquense juntos» (v.11). La Iglesia es la comunidad verdadera que el creyente necesita para crecer en la fe y para superar las pruebas. La ayuda de los hermanos será, en las dificultades, una señal del amor de Dios y de Cristo que nunca falta.

«No apaguen el Espíritu» (v.19). Una comunidad como ésta, con tan pocas tradiciones y enseñanzas escritas, estaba al pendiente de las intervenciones del Espíritu. Algunos de esos cristianos debieron haber tenido el carisma de profetas y haber recibido comunicaciones durante las asambleas eucarísticas. Por eso San Pablo pide que se aprovechen tales mensajes espirituales, pero no sin antes haberlos examinado, como lo recordará en 1Co 14. Hay en esto un juego complejo, pues por un lado la comunidad se somete al Espíritu que habla por medio del profeta, y por otro debe -y también sus dirigentes- juzgar si realmente es el Espíritu de Dios. Es interesante comprobar en el primer escrito del Nuevo Testamento la mención de la autoridad legítimamente constituida en el ámbito de las comunidades cristianas: existen funciones directivas y otros servicios, llámense como se llamen aunque no existe la distinción entre sacerdotes y laicos. Y no menos interesante es la recomendación del Apóstol, que pide para ellos una especial estima (v.12).

LECTIO DIVINA 1

«Este Tesoro lo llevamos en Vasijas de Barro»

2Co 4,7-15

LECTURA

Escuchamos con fe y humildad la Palabra de Dios y tratamos de comprenderla.

La mayor parte de la segunda carta a los Corintios está dedicada a defender la legitimidad de la misión apostólica de Pablo frente a ciertos adversarios que la negaban y se habían infiltrado en la comunidad convenciendo a muchos de sus opiniones.

Tuvo que ser muy duro para el apóstol tratar de persuadir de su error a quienes él mismo había engendrado a la fe cristiana. Y lo más curioso es que, mostrándose tan orgulloso de su ministerio, no tuviera inconveniente en reconocer humilde-mente su propia debilidad.

También Pablo reconocía su debilidad. Sabía que el don infinitamente valioso de su ministerio estaba en manos de un hombre frágil y acorralado por muchas tribulaciones. Pero eso no le desalentaba, pues confiaba en que así quedaría patente que la fuerza que le sostenía sólo podía venir de Dios.

Nos abrimos a la Palabra guardando un momento de silencio y pidiendo el auxilio del Espíritu Santo.

Uno del grupo proclama en voz alta 2 Co 4,7-15.

Reflexionamos personalmente: leemos nuevamente el pasaje y consultamos las notas de

nuestra Biblia para entenderlo mejor.

Respondemos entre todos a estas preguntas:

- ¿Qué imagen utiliza Pablo para hablar de su debilidad?
- ¿Implica la fragilidad del apóstol el fracaso de su misión? ¿Por qué?
- ¿Qué fuerza sostiene a Pablo en su tarea? ¿Cómo se manifiesta?
- ¿Qué sentido da el apóstol a las dificultades que experimenta? ¿Con qué actitud y con qué convencimiento se enfrenta a ellas y las supera?
- ¿Qué es lo que más admiras de san Pablo?

ORIENTACIONES PARA LA LECTURA

Este pasaje se encuentra en una sección de la carta en la que Pablo alaba la dignidad de la misión evangelizadora. Justamente por eso, parece extraño que, inmediatamente después de mostrar las luces del apostolado (2Co 4,6), deje sus sombras al descubierto con una expresión que subraya una aparente contradicción: «Pero este tesoro lo llevamos en vasijas de barro» (2Co 4,7).

Se establece así un llamativo contraste entre el valor incalculable del ministerio apostólico (el «tesoro») y la insignificancia de los mensajeros a quienes ha sido confiado (las «vasijas de barro»). Esta imagen es profundamente bíblica y recuerda la caducidad de la con-



dición humana, frágil por naturaleza y quebradiza como un cacharro de loza (Gn 2,7; Jr 18,1-6). Cabría pensar entonces que las limitaciones de los ministros constituyen un serio inconveniente para que la misión que Dios les ha encomendado pueda ser cumplida con éxito.

Pablo no ignora esta dificultad, pues él mismo fue acusado de debilidad por sus adversarios (2Co 10,10). Pero no sólo acepta este extremo, sino que alardea de sus flaquezas sin disimulos (2Co 12,5.9-10). La fragilidad del ministro no es un impedimento para desempeñar su tarea ni tiene por qué condenarla al fracaso. Más bien es la ocasión para que se manifieste en ella la fuerza de Dios, que es quien de verdad sostiene y da fecundidad a la misión. De lo contrario, el apóstol podría presumir de llevar a cabo por sus medios lo que es fruto de la acción divina.

Para ilustrar esta paradoja, Pablo alude a su experiencia. A través de cuatro contraposiciones que evocan las fases de un combate de gladiadores, recuerda que las dificultades que tantas veces le han puesto contra las cuerdas nunca le han derrotado definitivamente (2Co 4,8-9). Por eso el apóstol, que sabe de su vulnerabilidad, puede afirmar claramente que «una fuerza tan extraordinaria procede de Dios y no de nosotros» (2Co 4,7; lee también 2Co 1,8-10).

Pero Pablo no se conforma con constatar los hechos, sino que los interpreta a la luz del misterio pascual de Jesucristo. Las tribulaciones que experimenta confirman su debilidad, pero revelan además que la pasión del Señor se repite en su misión. El apóstol vive expuesto a la muerte por ser fiel a la causa de Jesús, pero al mismo tiempo puede verificar que la resurrección se manifiesta ya en su carne mortal (2Co 4,11). ¿Cómo explicar de otro modo que un hombre quebradizo y limi-

tado pueda salir victorioso en medio de tantos peligros y dificultades? El ejercicio del apostolado ha proporcionado a Pablo la oportunidad de comprobar personalmente la potencia de la pascua de Jesús, que, gracias a la fuerza de Dios, transforma la muerte en vida y los previsibles fracasos en éxitos rotundos (Rm 8,17; 2Co 13,4; Ga 2, 19-20; Flp 3,10).



Una nueva referencia a la comunidad cierra el pasaje. Pablo sabe que no se salvará solo, sino «en compañía de vosotros» (2Co 4,14), y por eso insiste en que todo lo que él hace, e incluso las tribulaciones y padecimientos que tiene que soportar, «es para vuestro bien» (2Co 4,15). Desearía que los corintios reconocieran la generosidad con la que el amor gratuito de Dios se ha derramado en ellos por medio de su ministerio y respondieran dando gracias al Señor, que les ha favorecido tan extraordinariamente (2Co 4,15). Se

conformaría con que los que han sido agraciados fueran también agradecidos, pero la actitud recelosa de la comunidad, que ha preferido escuchar a los «falsos apóstoles», parece desmentir estas expectativas.

MEDITACIÓN

Miramos nuestra vida y la confrontamos con nuestro texto

Todos tenemos experiencia de nuestra fragilidad. Las limitaciones personales o las dificultades que nos vienen de fuera nos acosan y hasta se diría que a veces logran derrotarnos. Cuando menos lo esperamos, nos fallan las fuerzas y nos vemos incapaces de llevar a cabo tareas o proyectos que nos ilusionan o que consideramos útiles y valiosos.

Si Pablo tiene razón, los creyentes no contamos sólo con nuestra fragilidad a la hora de vivir según el Evangelio. Sabemos que el Señor nos ha entregado un don precioso y que no siempre le respondemos con coherencia. Pero eso no ha de

hacemos perder la confianza. Nuestras limitaciones no pueden ser una excusa para desanimarnos. Seguro que hemos experimentado alguna vez cómo la fuerza de Dios nos ayuda a dar testimonio a pesar de nuestra debilidad. Hagamos memoria agradecida de nuestra vida y respondamos a estas preguntas:

- **¿En qué momentos de tu vida te has sentido débil o incapaz de llevar adelante algo que para ti era importante? ¿Te acobardaste o supiste encontrar el coraje para conseguir lo que te proponías?**
- **¿En qué ocasiones has sentido que la fuerza de Dios era mayor que tu propia debilidad?**
- **¿Cómo asumes tus limitaciones y las de los otros en el seguimiento de Jesús? ¿De qué manera te ayudan estas palabras de Pablo a confiar en medio de tu fragilidad?**

EL MINISTERIO APOSTÓLICO DE PABLO

La segunda carta a los Corintios es uno de los escritos de Pablo que más nos ayuda a conocer su vocación misionera y evangelizadora. La mayoría de sus páginas están dedicadas a profundizar en lo que significa ser apóstol, con sus luces, sus sombras, sus responsabilidades, sus dificultades, sus riesgos y sus compensaciones. Viene a ser de este modo un pequeño tratado sobre el ministerio apostólico, dictado al hilo de la propia experiencia más que de la reflexión teórica y abstracta.

PABLO, UN APÓSTOL CUESTIONADO

Pablo tuvo que enfrentarse a quienes le negaban el título de apóstol y discutían su autoridad sobre las comunidades que había fundado. Las razones en que se apoyaban no eran de poco peso. Le reprochaban el no haber convivido con Jesús durante su vida terrena y le echaban en cara que no había sido testigo de las apariciones del Resucitado junto a los Doce (1Co 9,1-2; 15,8). Si anunciaba el Evangelio, decían, lo hacía por libre voluntad. Ni Cristo ni los apóstoles de Jerusalén lo habían enviado ni aprobaban su misión (Ga 1,17; 2,9).

En la segunda carta a los Corintios estas acusaciones pueden deducirse de lo que dice al de-

fenderse de ellas. Le criticaban, entre otras cosas, por su falta de elocuencia y de sólidos conocimientos (2Co 11,6); por su timidez y debilidad (2Co 10,10-11); por no dejarse ayudar económicamente como era costumbre (2Co 12,13) y, también, por sus vacilaciones a la hora de cumplir con los planes apostólicos que previamente había decidido realizar (2Co 1,15-18).

El perfil del verdadero ministro del Evangelio

Pablo sabía que su apostolado era, en cierto modo, atípico (1Co 15,8), pero no se deja impresionar por sus acusadores. Más bien pasa al ataque acusándoles de proceder con artimañas y traficar con la Palabra de Dios. Al llamarlos «falsos apóstoles» (2Co 11,13), invita a los corintios a fijarse en el testimonio de su vida para descubrir en él las características del verdadero apostolado. De la defensa apasionada que él hace de su ministerio en la segunda carta a los Corintios entresacamos las siguientes:

— Don de Dios: el ministerio apostólico es un encargo que se recibe de Dios y que nadie puede desempeñar por propia iniciativa. Pablo se presenta como «apóstol de Jesucristo» (2Co 1,1) y se siente muy orgulloso de su misión porque sabe que ha sido el Señor quien le ha escogido y le ha capacitado para ser testigo del Evangelio (2Co 4,1).

— Al servicio de la Nueva Alianza: Pablo se define como «ministro de una alianza nueva» (2Co 3,6). Esta nueva alianza no está basada como la antigua en la letra de la ley de Moisés, sino en la fuerza del Espíritu, que penetra en los corazones de carne y es el único capaz de dar la vida y la salvación (cf. Jr 31,3 1-34).

— Alentado por el Espíritu: Pablo se siente penetrado por el Espíritu Santo (2Co 6,6). Sólo el Espíritu del Señor resucitado confiere al apóstol la libertad para anunciar la Palabra (2Co 3,17) y la capacidad de convertir los corazones a la Nueva Alianza (2Co 3,3-4.18). Por eso el ministerio apostólico manifiesta la acción del Espíritu (2Co 3,8; 11,4).

— Ministerio de la reconciliación: con esta preciosa expresión Pablo afirma que su misión

está destinada a mediar entre Dios y la humanidad para reconstruir unas relaciones pacíficas rotas por el pecado. El apóstol es un «embajador» que debe llevar este mensaje a hombres y mujeres para que no pongan obstáculos a la reconciliación que el Señor les ofrece (2Co 5,18-21).

— Colaborando con Dios: Pablo se siente un «colaborador» de Dios (2Co 6,1) y no quiere convertirse en un obstáculo para su acción. Por eso desea dar ejemplo y procura comportarse en todo momento como un «ministro de Dios» (2Co 6,3-4). Las actitudes que han sostenido su tarea han sido, entre otras, el deseo de servir a la comunidad, la solicitud por todas las iglesias, la confianza, la paciencia, la capacidad de aguantar el sufrimiento, la verdad, la bondad, el amor sincero y, sobre todo, la audacia y la libertad para extender por todas partes la Buena Noticia.

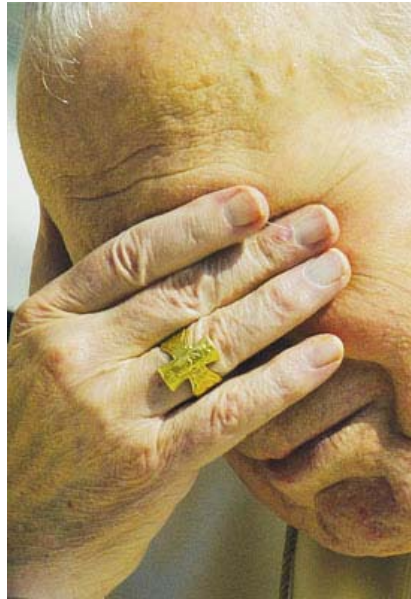
— Un ministerio que se ejerce en la debilidad: Frente a quienes se tenían por «super apóstoles» (2Co 12,11), Pablo no tiene inconveniente en dejar al descubierto sus debilidades y limitaciones. Al contrario, presume de ellas con una libertad sorprendente (2Co 11,30; 12,5.9-10), pues está convencido de que es en la fragilidad donde se manifiesta la potencia de Dios que da fecundidad a la misión. El éxito apostólico no depende de las cualidades o la competencia de los ministros, que son en definitiva hombres quebradizos, acosados por muchas tribulaciones y flaquezas, sino de la fuerza extraordinaria con la que el Señor empuja el avance del Evangelio para que nadie pueda vanagloriarse de sí mismo.

Los sufrimientos padecidos en el ejercicio de la misión son el sello que da autenticidad a todo apostolado (2Co 11,23-29). A diferencia de aquellos que son «enemigos de la cruz de Cristo» (Flp 3,18), Pablo vive su ministerio

identificado con el Señor crucificado, a sabiendas de que si ahora experimenta en su persona la muerte de Jesús, también su vida se manifestará en él. La esperanza de participar en la resurrección es la fuente que llena al apóstol de confianza y le invita a seguir en la misión sin desanimarse (2Co 4, 7-15).

NUESTRAS DEBILIDADES, SUS CAUSAS Y MANIFESTACIONES

Conviene tratar de determinar las situaciones psicológicas, efectivas y emotivas en las que la relación central con Cristo se oscurece, teniendo presente que ninguno de nosotros está libre de este riesgo, por más que estemos maduros en la fe.



- a) Una primera causa de nuestras debilidades es la pereza en la oración, que no consiste únicamente en sustraerse al tiempo de la oración, a la recitación vocal de las plegarias, sino también en no pasar de la meditación a la contemplación. Quien no se coloca frente a Dios diariamente en actitud contemplativa, no lleva adelante el proyecto de Dios.
- b) La pereza en la disciplina de la corporeidad es otra causa del debilitamiento de la conciencia apostólica. No está en juego la entidad religiosa de la persona, sino su desarrollo psíquico.

Debemos aceptar nuestro cuerpo como lugar e instrumento de manifestación del Espíritu; por lo tanto, no es indiferente que nuestra corporeidad esté razonablemente disciplinada.

Me refiero a todo lo que es disciplina de la fantasía, de las pasiones, de los gestos, de las actividades, del uso del tiempo, de la comida, del sueño. La falta de una atenta disciplina en estas cosas, de equilibrio, dominio de sí mismo, impide, a veces de modo considerable, el aflorar de nuestra conciencia apostólica en el mundo moderno.

- c) Una causa que se refiere a la vida intelectual y que muchas veces es la raíz de las desmotivaciones apostólicas, a partir de fracasos o de desilusiones que no corresponden a las

expectativas, es un desarrollo cultural insuficiente.

Se podría objetar que existe la buena voluntad, que existen las virtudes. Sin embargo, el Señor muestra concretamente que, habiéndonos hecho hombres, dotados de cuerpo, inteligencia y razón, no nos llama a ser siervos suyos sino es a través del desarrollo de lo que poseemos.

El desarrollo cultural insuficiente es causa de la ofuscación de la conciencia apostólica, sobre todo por lo que se refiere a la complejidad de la acción pastoral, donde las cosas muchas veces no marchan como habríamos deseado. La gente no responde como esperábamos; creíamos haber comprendido una cosa y en su lugar aparece otra, y entonces, quien posee un desarrollo intelectual débil se desorienta fácilmente. Los libros, las autoridades en que nos basábamos, no explican lo que está sucediendo, y nos consideramos engañados por la sociedad, por la vida, por la Iglesia, porque no estamos acostumbrados a una verdadera comprensión de los fenómenos.

Podríamos expresar de otra manera lo que entendemos por «desarrollo cultural insuficiente» como causa de ofuscación de la conciencia apostólica: el inconsciente vasallaje respecto a los ídolos de toda clase que nos rodean.

d) Una sutil hipocresía de la vida es también causa de ofuscación de la conciencia apostólica.

«Sutil» hipocresía, porque se trata de una vida, sustancialmente buena, vivida en un ambiente de compromiso, pero que, tal vez por lo elevado de los ideales propuestos, conlleva una distancia entre el decir y el hacer. Si esta distancia no nos preocupa y dejamos que aumente, termina por desgastar la entrega apostólica: la hipocresía sutil es un veneno lento que, en pequeñas dosis, contamina la existencia de la fe.

Si, para predicar el Evangelio, tuviéramos que esperar hasta haber alcanzado la identidad total entre lo que nos proponemos y lo que vivimos, probablemente nunca comenzaríamos. Lo que se requiere para no caer en esa sutil hipocresía de la vida es una constante dinámica por nuestra parte.

e) La última causa, es una fallida apropiación de la centralidad del kerygma. «Apropiación significa asentimiento real y no meramente nocional. También en este caso es importante tener presente una pregunta:

¿Qué significa reconocer la centralidad del kerygma, reconocer que la Eucaristía está en el centro, que el Evangelio es el núcleo originario de todo el hecho religioso cristiano?

Si no tenemos presente esta pregunta, corremos el riesgo de dispersarnos en la multiplicidad y de encontrarnos, en un momento determinado, fuera del centro, sin saber con seguridad dónde nos encontramos ni por qué, o cómo es que estamos haciendo una cosa y no otra.

Cada uno de los participantes podría señalar otras causas que van atentando contra nuestra identidad y misión sacerdotal.

ORACIÓN

Al hacer conciencia de nuestras debilidades y de la fuerza de Dios, oramos.

Concluimos nuestro encuentro con un momento de oración. Damos gracias a Dios porque nos entrega el «tesoro» del Evangelio y le pedimos que nunca nos abandone la confianza de que su fuerza puede más que nuestra debilidad.

- Expresamos nuestra oración comunitariamente. O si se prefiere, se recita la que sigue:

«¡Señor Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí que soy pecador! ¡Señor Jesús crucificado, Tú que me conoces y me amas, purifícame por dentro! Sólo Tú puedes iluminarme y salvarme, conduciéndome por el camino que lleva hacia una comunión cada vez más profunda contigo. Concédeme la experiencia verdadera de Ti, un experiencia diariamente renovada, para que pueda crecer en la conciencia de pertenecerte a Ti y a nadie más y en el convencimiento de estar siendo constantemente llamado y enviado por Ti».

- Acabamos cantando Vaso nuevo o recitando el salmo 62 (61): «Sólo en Dios encuentro descanso».

LECTIO DIVINA 2

«Himno Cristológico»

Ef. 1, 3-14

ORACIÓN

¡Oh Espíritu Santo!, llena de nuevo mi alma con la abundancia de tus dones y frutos. Haz que yo sepa, con el don de Sabiduría, tener este gusto por las cosas de Dios que me haga apartar de las terrenas.

Que sepa, con el don del Entendimiento, ver con fe viva la importancia y la belleza de la verdad cristiana.

Que, con el don del Consejo, ponga los medios más conducentes para santificarme, perseverar y salvarme.

Que el don de Fortaleza me haga vencer todos los obstáculos en la confesión de la fe y en el camino de la salvación.

Que sepa con el don de Ciencia, discernir claramente entre el bien y el mal, lo falso de lo verdadero, descubriendo los engaños del demonio, del mundo y del pecado.

Que, con el don de Piedad, ame a Dios como Padre, le sirva con fervorosa devoción y sea misericordioso con el prójimo.

Finalmente, que, con el don de Temor de Dios, tenga el mayor respeto y veneración por los mandamientos de Dios, cuidando de no ofenderle jamás con el pecado.

Lléname, sobre todo, de tu amor divino; que sea el móvil de toda mi vida espiritual; que, lleno de unción, sepa enseñar y hacer entender, al menos con mi ejemplo, la belleza de tu doctrina, la bondad de tus preceptos y la dulzura de tu amor. Amén.

LECTURA

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia con la que nos agració en el Amado.

En él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el Misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra.



A él, por quien entramos en herencia, elegidos de antemano según el previo designio del que realiza todo conforme a la decisión de su voluntad, para ser nosotros alabanza de su gloria, los que ya antes esperábamos en Cristo.

En él también vosotros, tras haber oído la Palabra de la verdad, el Evangelio de vuestra salvación, y creído también en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia, para redención del Pueblo de su posesión, para alabanza de su gloria. Palabra de Dios.

Orientaciones para la lectura

Este himno es una bendición: Cristo nos habla en la Iglesia y nos lleva a bendecir a Dios porque Él ya nos ha bendecido en su Hijo.

El primer motivo de la bendición es haber sido elegidos por Él desde antes de la creación. Ya contábamos en el corazón de Dios.

El segundo motivo de la bendición es el llamado a la santidad en el amor. Quiere de nosotros una vida plena y feliz, eso es la santidad; no hay más felicidad que estar en Dios y darlo a conocer, vivir según su estilo de vida: santos e irreprochables en el amor.

El tercer motivo de bendición es tener un destino, una identidad: sin quitarnos libertad, contando con nosotros, nos ha dado una naturaleza esencial: ser hijos en su Hijo. Esto es lo que Dios quiere: que siendo sus hijos vivamos como tales, en filial fraternidad, como hermanos todos.

El cuarto motivo de bendición es el ser redimidos de nuestras culpas, penas y pecados. Su Sangre ha comprado un provenir para todos. Su gracia generosa se hará en nosotros sabiduría, inteligencia, justicia, alegría y misericordia, como lo ha hecho ya plenamente en María.

El quinto motivo de bendición es que nos ha dado a conocer su voluntad para nosotros y para el mundo. Ya no somos ignorantes; Dios nos ha mostrado su aspiración y su plan: que todos seamos reconcentrados en Cristo. Bendecimos a Dios porque nada de lo bueno se perderá y porque todo lo justo nos lleva a Dios.

El sexto motivo es porque judíos y gentiles somos sellados con el Espíritu Santo, dándonos a

conocer nuestra razón de ser: convertirnos en alabanza al Padre.

MEDITACIÓN

Hay que dejar que el texto nos diga algo. ¿A dónde me conduce?

Jesucristo nuestro Señor nos pone delante de nuestra más honda realidad: ¿quiénes somos?, los elegidos de Dios. ¿A qué somos llamados? a ser santos, puros, sin mancha ni arruga.

Nuestro destino es el amor, ser en Dios para redundar en su gracia, como María. Dios nos perdona, cuenta con nosotros. Espera que acepte su misericordia y que comprometa mi vida con su plan trazado desde antiguo.

ORACIÓN

ORACIÓN DE AMOR A DIOS

Autor: *San Juan María Vianney*

Te amo, Oh mi Dios.

Mi único deseo es amarte hasta el último suspiro de mi vida.

Te amo, Oh infinitamente amoroso Dios, y prefiero morir amándote que vivir un instante sin Ti.

Te amo, oh mi Dios, y mi único temor es ir al infierno porque ahí nunca tendría la dulce consolación de tu amor,

Oh mi Dios, si mi lengua no puede decir cada instante que te amo, por lo menos quiero que mi corazón lo repita cada vez que respiro.

Ah, dame la gracia de sufrir mientras que te amo, y de amarte mientras que sufro, y el día que me muera no sólo amarte pero sentir que te amo.

Te suplico que mientras más cerca estés de mi hora final aumentes y perfecciones mi amor por Ti. Amén.

COMPROMISO

¿Qué espera Dios de mí?

¿Qué actitudes debo alcanzar para configurarme más a Cristo?

He de acercarme a la misericordia de Dios, recibir su perdón y vivir la santidad.

LECTIO DIVINA 3

«Somos Instrumentos Escogidos por Dios para la Evangelización»

Hch 22, 3-16 * Salmo 116 Mc 16, 15-18

LECTURA

Los discípulos misioneros tenemos en San Pablo un maravilloso ejemplo del llamado que Dios hace a algunos para que se dediquen como “siervos de Dios” a la Evangelización del mundo entero. Como sabemos, desde el 29 de Junio del 2008 a la misma fecha en el 2009 el Santo Padre Benedicto XVI nos invita a celebrar el “Año de San Pablo” al cumplirse 2,000 años de su nacimiento. El momento de su conversión fue el momento de su llamado a ser apóstol de Jesucristo: Él me hizo pasar de las tinieblas a su luz admirable (Gal 1, 15).

El Señor ha “enviado” a sus mensajeros, los apóstoles y sus sucesores los obispos a llevar la Buena Nueva: no se trata de una iniciativa personal, sino de una vocación y mandato recibidos. Por ello la Iglesia es “apostólica”: fundada sobre el testimonio de los auténticos apóstoles de Cristo.

En la evangelización no puede haber discriminaciones: Vayan y prediquen a toda criatura. Durante 21 siglos la Iglesia Católica ha cumplido su misión y el Cuerpo de Cristo se halla hoy extendido por todo el mundo

Creen en Cristo es la riqueza más grande que una persona puede encontrar, pero rechazar el evangelio es un drama que se sigue dando siempre: es necesario proponerlo de formas nuevas para que muchos se sientan atraídos por la Buena Nueva y enriquezcan su vida con el mensaje del Evangelio como relata la parábola del hombre que encontró “un tesoro escondido en un campo” (Leer Mt 13, 44-45)

En la vida de San Pablo hubo momentos muy difíciles para cumplir su misión, como él mismo lo cuenta por ejemplo en 2Co 11, 19-33. Hoy damos gracias a Dios porque fue fiel al llamado de Dios

hasta el punto que para San Pablo “la vida era Cristo y la muerte una ganancia” (Fil 1, 19)

MEDITACION

- ¿Reconocemos que nuestra Fe Católica se funda en el testimonio de los verdaderos enviados de Cristo, los apóstoles como San Pablo?
- ¿Estamos dispuestos a “ser enviados para evangelizar donde Cristo aún no sea conocido verdaderamente”?

ORACION

Señor, hoy te damos gracias por la llamada y por el servicio evangelizador de tu apóstol Pablo. Haz que como él, también nosotros sirvamos a la misión evangelizadora llegando a superar toda prueba y dificultad con tal de llevar el Evangelio de la vida a todos nuestros hermanos. Amén.

CONTEMPLACIÓN

El salmo 116 dice: ¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?.

Lo repetimos y contemplamos a un Pablo agradecido por haber sido llamado al servicio de llevar la Buena Nueva hasta los confines de la tierra.

COMPROMISO

1. Conocer mejor qué quiere decir que la Iglesia Católica es “apostólica” y vivir con alegría el pertenecer a la Fe verdadera en una solo Cuerpo de Cristo (1Co 12, 12ss)

Disponernos como Pablo, a escuchar la Palabra que siempre nos enriquece, transforma nuestra vida, pero también nos envía como misioneros de Cristo.

LECTIO DIVINA 4

La Unidad de la Iglesia

(1 Cor 10, 14-22)

Pbro. Lic. Toribio Tapia Bahena

1. LECTURA

Monición: En este primer momento de la lectura orante de la Palabra, leemos el texto seleccionado (1 Cor 10, 14-22) y nos preguntamos ¿qué dice el texto?

Por eso, queridos, huyan de la idolatría, les hablo como a prudentes. Juzguen ustedes lo que digo. La copa de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con el sangre de Cristo? Porque aún siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan. Fíjense en Israel según la carne. Los que comen de las víctimas ¿no están acaso en comunión con el altar? ¿Qué digo, pues? ¿qué lo inmolado a los ídolos es algo? O ¿que los ídolos son algo? Pero si lo que inmolan los gentiles, ¡lo inmolan a los demonios y no a Dios! Y yo no quiero que entren en comunión con los demonios. No pueden beber de la copa del Señor y de la mesa de los demonios. ¿O es que queremos provocar los celos del Señor? ¿somos acaso más fuertes que él?

En el N. T. el término *koinonia* aparece principalmente en las Cartas Paulinas, o aquellas influenciadas por Pablo, también en 1-2 Pedro, Hebreos y 1-2 Juan. La comunión (*koinonia*) es en Pablo una realidad que brota de las diversas relaciones comunitarias, que surgen por la participación, en común, del Evangelio. Así, por ejemplo, habla de la reciprocidad y solidaridad (Comunión) con la comunidad madre de Jerusalén (cf. Rm 15, 27).



De la unidad intrínseca que existe con el Señor, deduce Pablo el derecho a recibir apoyo económico de las comunidades que han llegado por medio de él a la fe (Flp 4, 15). Pero, sin temor a errar, la comprensión paulina de la *koinonia* adquiere su máxima significación al hablar de la unidad con Cristo, especialmente realizada en la participación del misterio eucarístico. Como se enuncia en 1 Cor 10, 16ss.

Para Pablo, la comunidad se presenta como el conjunto de los justificados que tienen a Cristo muerto y resucitado como Señor y tienen en la misma vitalidad de Cristo su punto de referencia. Pablo hace una experiencia de la Iglesia y lo expresa en varios niveles, uno de los más importantes el de la comunidad reunida alrededor del cuerpo eucarístico de Cristo.

De frente a las continuas divisiones que existen en la comunidad de Corinto, el apóstol de los gentiles hace un apelo a la inteligencia de sus interlocutores, por medio de dos preguntas retóricas. Busca demostrar cómo la Eucaristía (pan y vino) participada se transforma en comunión. Al participar de este banquete, la comunidad está obligada a dejar atrás toda diferencia de origen (Pablo, Apolo, etc.). Debe sentirse unida no solamente al Señor que le salva, sino a sus hermanos.

Lo que más adelante reprochará a la comunidad confirma la relación íntima que existe entre la unión eucarística con Cristo y la unidad entre los miembros de la comunidad. En 1 Cor 11, 23-34, Pablo



hace manifiesto cómo la cena se convierte en anti-cena, no en sentido de una invalidez sacramental, sino en el sentido de que el efecto de la misma Eucaristía viene a ser como detenido. La participación en la cena requiere una cierta eclesialidad en el sentido de acogida de los unos y los otros para poder participar de manera eficaz en la celebración.

Para Pablo, los corintios estaban en un error, pues se presentaban divisiones de grupos en cuanto a lo religioso (casi sectarias), divisiones causadas por la cena previa a la celebración que bloqueaban los efectos propios de la celebración. Cuando se habla de indignidad, no se refiere a una indignidad sacrílega, sino un bloquear los efectos propios de la Eucaristía: si no se es Iglesia, la Eucaristía no surte los efectos que debe sugerir.

2. MEDITACIÓN

Monición: Leemos el texto de nuevo, meditándolo y preguntándonos qué nos dice el texto.

- * ¿Cuál es la situación de la comunidad de Corinto en ese momento?
- * ¿Por qué Pablo interpela a la comunidad con estas preguntas retóricas?
- * ¿A qué tipo de unidad se refiere Pablo al hablar de la unidad con el cuerpo y la sangre de Cristo?
- * ¿Qué conclusiones espera el Apóstol que saque la comunidad?
- * ¿Por qué hace referencia al culto israelita?
- * ¿Qué busca al hacer mención del culto pagano?

* ¿A qué se refiere concretamente al hablar de los celos del Señor?

3. ORACIÓN

Monición: ¿Qué le decimos al Señor? Leamos otra vez 1 Cor 10, 14-22 orando con el texto.

Oramos personalmente, haciendo presente en nuestra mente los momentos en los que nuestra unidad se ha visto puesta a prueba. Pidamos perdón al Señor por nuestra falta de solidaridad, obediencia, generosidad. Agradecemos al Señor su presencia alentadora en esos momentos difíciles.

4. CONTEMPLACIÓN

Monición: Volvamos a leer el texto y pensemos ¿a qué me comprometo?

Destaca rápidamente con la imaginación un punto de interés. Con la predisposición de conocer más cerca al Señor y descubrir lo que Él nos quiere decir, reproduzcamos interiormente, con nuestras propias palabras, las de Pablo, pero a nuestra manera. Ahora recordemos las situaciones de nuestros secretariados, que reproducen las de la comunidad de Corinto. Si nosotros fuéramos Pablo ¿qué le diríamos?

Monición: Concluimos esta Lectura Orante de la Palabra de Dios con un canto:

JUNTOS COMO HERMANOS

C. Gabarain

*Juntos como hermanos
Miembros de una Iglesia
Vamos caminando
Al encuentro del Señor.
Un largo caminar
por el desierto bajo el sol,
no podemos avanzar
sin la ayuda del Señor.*

*Unidos a rezar,
unidos en una canción,
viviremos nuestra fe
con la ayuda del Señor.*

*La Iglesia en marcha está,
a un mundo nuevo vamos ya,
donde reinará el amor,
donde reinará la paz.*

Entronización de la Biblia

María del Rosario Pavez Díez

INTRODUCCIÓN

La entronización de la Palabra es especialmente significativa en el desarrollo de una Lectio Divina, pues en ésta nos preparamos tanto externa como internamente para recibir, por la capacitación del Espíritu Santo, el alimento de la Palabra de Dios.

La palabra “**Entronizar**” significa:

1. Colocar a alguien en el trono, hacerlo rey: lo entronizaron tras la muerte de su padre.

2. Ensalzar a uno, colocarlo en una dignidad superior: la entronizaron como vencedora.

Por lo tanto, la entronización de la Palabra es la presencia misma de Dios, que la hacemos centro de nuestra vidas.

Esperamos mediante este trabajo dar claves orientadoras en donde hacer de este acto, un momento clave en la experiencia de lectura orante de la Palabra de Dios.

1. Ambientación externa e interna.

1.1 Ambientación externa

La entronización de la Palabra es un acto en donde Dios se revela en el lugar más solemne de la comunidad reunida en torno a Su Palabra, por lo tanto, organizar y disponer de toda nuestra creatividad es fundamental para honrar y agradecer a Dios por todas las bendiciones que nos regala.

Para ambientar externamente, colocar:

- Un ambón.

- Velas

- Un jarrón con flores si se puede.

El arte y la creatividad son también medios para alabar a Dios. Usa tu imaginación para combinar los colores y ambientar con los recursos que tienes. La música (suave) es también una forma de introducirnos en la oración.

A continuación te presentamos algunos ejemplos para la ambientación:

1.2 Ambientación interna

Colocarnos ante la presencia de Dios, lejos de los ruidos del mundo, de nuestras preocupaciones y dejar que la presencia de Dios nos inunde con su paz y con su amor.

Se aconseja dejar unos segundos de silencio a los participantes para ofrecer todos estos ruidos y escuchar a

Dios entrando en nuestras vidas por medio de su Palabra.

Cuando entramos en comunión con el Señor a través de su Palabra viva y eficaz, debemos, como Moisés, “sacar las sandalias de los pies” (cf Ex 3, 5). Es necesario despojarse de todo cuanto impida una comunicación con Dios. Un profundo respeto por la presencia real del Señor que viene a nosotros a través de su Palabra debe llevarnos a crear en nosotros y en nuestro alrededor, un clima propicio para la escucha.

EJEMPLO 1:

Ambiente externo en una sala de clases.



Para la Lectio Divina se ambientó colocando las 4 etapas de la Lectio en el pizarrón.

EJEMPLO 2:

Ambiente externo en una parroquia.

Para la Lectio Divina, se ambientó colocando telas de diferentes colores que brotan desde la Palabra.

EJEMPLO 3:

Ambiente externo en una capilla.

Para la Lectio Divina, se ambientó colocando telas de diferentes colores que brotan desde lo alto hacia la Palabra.

EJEMPLO 4:

Ambiente externo en un salón.

Para la Lectio Divina, se ambientó colocando en una mesa, velas que representan a la comunidad..

El ambiente interno, es del corazón que escucha, que se prepara asumiendo los ruidos personales que estorban nuestro encuentro con Jesús vivo. Para esto, debo tomar clara conciencia a lo que voy, pedir el don del Espíritu, cerrar nuestros ojos por unos momentos para abrir los ojos de la fe y recibir la Palabra como Palabra de Jesús: ¡cuando se ama de verdad, se escucha de verdad!

Una característica necesaria para una buena escucha es rumiar la Palabra en el corazón de una manera completamente desinteresada. No se lee la Palabra de Dios, con la única finalidad de que me de las respuestas que quiero sino sencillamente querer estar íntimamente con el Señor, gozar de su presencia.

De esta manera comprendemos que esta lectura orante debe ser pausada, alejada de toda prisa y atenta a lo que Dios verdaderamente me quiere comunicar.

2. INVOCACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, CON CANTOS Y ALABANZAS.

Todo encuentro con la Palabra parte por la invocación del Espíritu Santo, porque es Él quien abre nuestra inteligencia para comprender lo que Dios quiere comunicarnos, y es él quien nos forta-

lece para hacer realidad el querer de Dios en nuestra vida cotidiana.

Se trata de pedir el mismo Espíritu que descendió sobre los apóstoles, haciendo posible su comprensión y aceptación de Jesús (Jn 16,13). Él viene sobre nosotros para que la Palabra sea engendradora de vida y verdad.

Lo que buscamos es vivir una lectura orante de la Palabra de “manera espiritual”, es decir, bajo la acción sabia del Espíritu, el mismo que inspiró a los autores de la Biblia. Sin la asistencia del Espíritu, la lectura de la Biblia se transforma en un ejercicio intelectual, un indagar la letra escrita quedándose en detalles, sin llegar al mensaje de Dios que el texto contiene.

Esta invocación se puede hacer a través de una oración o un canto al Espíritu Santo.

Escúchanos, Espíritu Santo, tú que eres nuestro amigo. Tú que estás siempre cerca de nosotros, llena nuestros corazones de tu amor. Te damos gracias, Oh Padre, porque, cuando Jesús volvió contigo nos enviaste al espíritu Santo para que ocupara su lugar. Aunque no podemos verle, sabemos que está actuando en el mundo, en todo lo que es bueno y santo, y en nuestras vidas para que cumplamos tu voluntad. Envíanos al Espíritu Santo, te rogamos, para que moldee nuestras vidas y nos guíe siempre.

Señor Jesús, tu Palabra nos indica el camino a ti, nos revela tus proyectos y planes nos hace conocerte más, nos hace saber qué te gusta y cómo quieres que actuemos. Tú Palabra nos revela tu estilo de vida.

Señor, danos tu Espíritu Santo para que nos ayude, nos ilumine, nos inspire, nos revele tu voluntad.

Que tu Espíritu Señor, nos identifique contigo, que nos transforme, que nos ayude a vivir como tú, a amar como Tú, a dar toda nuestra vida como Tú.

3. ENTRONIZACIÓN DE LA BIBLIA PARA ENCUENTROS COMUNITARIOS.

En el centro se ha colocado un ambón. Una persona camina hacia el ambón con la Biblia en alto y la presenta a la comunidad. El resto del grupo levanta también su Biblia.

Luego se comparte una breve oración y se puede encender un cirio a cada miembro del grupo.

Señor Jesús, envía tu Espíritu, para que Él nos ayude a leer la Biblia desde el corazón y atentos a la escucha de lo que nos quieres comunicar.

Crea en nosotros el silencio para escuchar tu voz en la Creación y en la Escritura, en los acontecimientos y en las personas, sobre todo en los pobres y en los que sufren. Tu palabra nos oriente a fin de que también nosotros podamos experimentar la fuerza de tu resurrección y testimoniar a los otros que Tú estás vivo en medio de nosotros como fuente de fraternidad, de justicia y de paz.

Gracias Señor por tu Palabra, porque ella nos anima a la esperanza, nos impulsa a vivir el amor, nos hace fuertes en la fe. Danos la comprensión que hace falta para encarnar tu mensaje. Ayúdanos a decir sí con la vida.

Enséñanos Padre con tu Palabra. Queremos ser discípulos, caminar junto a Jesús, descubrir los caminos del Reino, aprender a servir, vivir en el espíritu de las bienaventuranzas. Danos

fuerza, Señor, anima nuestro caminar, contagiamos la sed del peregrino.

Tu Palabra es la fuente viva, acércanos a ella. Enséñanos a beber en el pozo de la vida, muéstranos la novedad permanente del Evangelio. Haz de nosotros, hombres y mujeres nuevas. Testigos comprometidos de la Palabra viva, actuante en la historia que vivimos. Danos fidelidad, coherencia evangélica, pasión por el Reino.

Tu Palabra, Señor, nos enseña a vivir. Nos revela el camino, nos hace pensar, nos invita a discernir, nos ayuda a ser protagonistas. Tu Palabra está viva.

Compromete, desinstala, llama al desierto, abriga en la intemperie, enseña a vivir. Queremos ser, Señor, testigos fieles, transmisores auténticos, discípulos que enseñan porque se han encontrado con El que enseña, y lo llevan adentro.

Ahora que hemos preparado el ambiente externo e interno para acoger la Palabra de Dios, te invitamos a hacer el ejercicio de la lectio divina: leer, meditar, orar y contemplar/actuar.

Entronización de la Sagrada Escritura en el Hogar

Se sugiere hacer esta celebración por la noche, el domingo día que inicia la celebración en la Iglesia de LA SEMANA DE LA BIBLIA.

Entronizar es colocar físicamente en un lugar especial la Biblia, puede ser una mesa a manera de altar y espiritualmente en nuestro corazón. De ser posible, que estén todos los miembros de la familia.

I.- INICIO

Por la señal de la santa cruz...

CANTO:

TU PALABRA ME DA VIDA
CONFÍO EN TI SEÑOR,
TU PALABRA ES ETERNA
EN ELLA ESPERARÉ.

INVOCACIÓN AL ESPÍRITU SANTO.

Ven, Dios Espíritu Santo, derrama tu luz y tu gracia sobre esta familia y sobre cada uno de nosotros que nos disponemos a meditar esta santa Palabra que tú mismo inspiraste.

Abre nuestra mente para que comprendamos rectamente los misterios divinos en ella expresados. Enciende nuestro corazón para que al meditar en esta Palabra nos enamoremos de Cristo y nos dispongamos a seguirlo.

LECTURA BÍBLICA.

Todos permanecen de pie.

Lectura del Libro del profeta Isaías (55,10-11):

Dice el Señor:

“Como la lluvia y la nieve caen del cielo, y sólo regresan allí después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al que siembra, y pan al que come, así será la palabra que sale de mi boca: no regresará a mí vacía sino que cumplirá mi voluntad y llevará a cabo mi encargo”.

PALABRA DE DIOS.

Todos responden: “*¡Te alabamos Señor!*”

COMENTARIO FAMILIAR.

1.- (Sentados) sobre lo que dice el profeta Isaías.

2.- Comentario sobre:

¿Cuál es el contenido de la Biblia?

El tema y contenido de la Biblia es Cristo. El mismo dice: ustedes “estudien apasionadamente las Escrituras, pensando encontrar en ellas la vida eterna; pues bien, también las Escrituras hablan de mí; y a pesar de ello ustedes no quieren aceptarme para que tengan vida”. (Jn 5,39-40). Aunque también ¡pasar-se la vida estudiando las Escrituras y no encontrarse con Cristo, es una verdadera tragedia!



II.- ENTRONIZACIÓN.

De pie.

Padre de familia: “Vamos a entronizar la Sagrada Escritura en este hogar. Entronizar quiere decir poner en el trono. Entronizar la Biblia en esta familia significa que vamos a poner el Libro Santo en el lugar de honor, en el más digno de la casa. Entronizar la Escritura en esta casa significa ponerla en el corazón de cada uno de los que aquí viven.

Entronizar la Sagrada Escritura significa sintonizar la frecuencia de Cristo: poner a esta familia en actitud de escuchar lo que Cristo nos dice.

En seguida el papá o mamá levanta la Biblia y dice: **¡ESTA ES LA PALABRA DE DIOS!** Todos aplauden y hacen la siguiente aclamación

¡CREO EN LA PALABRA DE DIOS QUE ES LUZ PARA MI CAMINO!

Todos pasan y le dan un beso a la Biblia abierta como signo de adoración a Cristo. Se coloca la Biblia en el lugar de honor que se haya preparado. Se sugiere a la familia que deje la Biblia abierta en ese lugar toda la semana.

ACLAMACIONES.

PRESIDENTE DE LA CELEBRACIÓN:

Ahora demos gracias a Dios por su Palabra haciendo las siguientes aclamaciones a las que todos responden:

¡TE DAMOS GRACIAS SEÑOR!

Gracias Señor, porque movido por tu gran amor has querido revelarte y hablar a los hombres como amigo.

¡TE DAMOS GRACIAS SEÑOR!

Gracias Señor, porque tu Palabra ha sido puesta por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo.

¡TE DAMOS GRACIAS SEÑOR!

Gracias Señor, porque la Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura como lo ha hecho con la Hostia Consagrada.

¡TE DAMOS GRACIAS!

Gracias Señor, porque en Jesucristo, Palabra hecha carne, nos sigues hablando hoy en la Iglesia, especialmente en la Asamblea dominical.

¡TE DAMOS GRACIAS. SEÑOR!

ORACIÓN FINAL

Te damos gracias, Padre Bueno, porque nos has reunido hoy a escuchar tu Palabra que es Vida. Bendice a toda la familia humana y especialmente a la familia: _____ que quiere estar más atenta a cumplir tu voluntad expresada en las Santas Escrituras, que hoy se quedan en el lugar de honor de esta casa y en el corazón de cada uno de sus miembros.

Ayúdanos a tener las mismas disposiciones de la Virgen María, la que guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón. Amén.

Retiro Bíblico

«Discípulos en la comunidad»



Notas metodológicas:

Este retiro nos introduce en uno de los temas claves del la V Conferencia del Episcopado de América Latina y El Caribe: el ser discípulos misioneros en la comunidad de Jesucristo.

Tiene momentos de oración personal, oración comunitaria y oración grupal guiada.

Es recomendable que sea realizado por un Equipo de Monitores, convenientemente capacitados y asesorados por un sacerdote, una religiosa o un diácono. Esto permitirá que los participantes puedan trabajar en grupos no superiores a 6 o 7 personas.

Es necesario que todos los participantes tengan en su mano la ficha de la primera meditación: «Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica» y la ficha de la oración comunitaria: «Vayan por todo el mundo y proclamen la buena nueva a toda la creación». La ficha de la oración grupal guiada («Yo soy la luz del mundo») sólo la tienen los monitores.

El retiro requiere de varios materiales y de un mínimo de organización y distribución de tareas, que hay que preparar con la debida antelación.

PRIMERA MEDITACIÓN:

«DICHOSOS LOS QUE ESCUCHAN LA PALABRA DE DIOS Y LA PONEN EN PRACTICA» (Lc. 11,28)

1. «Hagamos fiesta, porque este hijo mío se había muerto y ha vuelto a vivir; se había perdido y se le ha encontrado» (Lc. 15,24)
2. En algún momento de nuestras vidas nosotros fuimos alcanzados por el Señor y recibimos la buena noticia de su amor por nosotros, de su misericordia y de su fidelidad.

3. Para entregarnos esa buena noticia –el Evangelio– el Señor se valió tal vez de nuestra familia, de un amigo o amiga, de un hermano o hermana de comunidad, de un diácono, un sacerdote o una religiosa que actuaron como instrumentos y me acompañaron en un momento difícil, me ayudaron o me iluminaron en un momento de duda o confusión.

4. O tal vez recibí y pude comprender lo que el Evangelio quería decirme en una situación dolorosa (enfermedad, encarcelamiento, accidente, cesantía, la muerte de alguien muy querido por mí, etc.) O quizás fue en una circunstancia gozosa (matrimonio, nacimiento de un hijo(a), obtención de un título o un buen trabajo, la compra de una casa propia, etc.) En fin, algún momento especial que me hizo reflexionar profundamente. Un momento en que me dejé iluminar por la Palabra de Dios y busqué el sentido de mi vida, aprendiendo a distinguir lo que en ella es fundamental de lo que es secundario.

5. La Buena Noticia del Evangelio es siempre para todos nosotros como una luz que inunda nuestras



vidas y despeja nuestras cegueras; es como una fuente de agua viva que calma nuestra sed más profunda; es una vida nueva que empieza a germinar en nosotros, derrotando todas las formas de muerte que se habían apoderado de nuestro corazón.

6. Sin embargo el proceso de conversión no siempre es fácil. Muchas veces tenemos dudas, resistencias, avances y retrocesos, que en un clima de oración podemos identificar para superarlos.
7. En definitiva, el Evangelio es Cristo mismo, Luz del mundo, Agua viva y Vida verdadera que me toca con su poder y me transforma, por la fuerza de su Espíritu, en un Hombre nuevo o en una Mujer nueva, haciéndonos así constructores de un Mundo nuevo.

REFLEXIONEMOS:

¿Cómo fuimos evangelizados yo y mi familia?

¿De qué instrumentos se valió el Señor?

¿Qué consecuencias ha tenido en mí y en los míos el encuentro con Cristo y su Evangelio?

¿Soy consciente de mi llamado a ser discípulo de Cristo en medio de la comunidad cristiana?

Dediquemos unos instantes para dar gracias a Dios por lo que ha hecho por mí.

MEDITEMOS:

Lee lentamente el texto bíblico de Juan 9, 1-41 (Jesús cura a un ciego de nacimiento). Hacer lectio divina.

Intenta entrar en la escena con tu imaginación.

Identifícate con el ciego y revive el proceso de tu propia iluminación.

Si tienes tiempo, termina leyendo la experiencia de San Pablo de «ser alcanzado» por Cristo: Filipenses 3,4-14.

Padrenuestro

Avemaría.

ORACION COMUNITARIA:

«VAYAN POR TODO EL MUNDO Y PROCLAMEN LA BUENA NUEVA A TODA LA CREACION» (Mc. 16,15)

Un monitor hace una motivación a la oración y dos lectores leen calmadamente los textos, dejando una pausa entre uno y otro.

Todas las personas deben tener en su mano una hoja con los textos.

Terminada la lectura, se invita a los participantes a hacer «eco» de los textos, leyendo en voz alta aquéllos que les tocaron más profundamente el corazón.

Se puede terminar esta oración con el beso del Evangelio o con otro signo adecuado.

CANTO INICIAL

De carácter misionero.

MOTIVACION

Hemos recordado y le hemos dado gracias a Dios por las personas y comunidades que nos han evangelizado. Ahora nos toca evangelizar a nosotros. Para eso debemos mirar y escuchar a Jesús. El es el Evangelio de Dios y el primer evangelizador.

Asumiendo un texto del profeta Isaías, proclamó que El había sido ungido por el Espíritu Santo para dar la buena noticia a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos y para proclamar el año de gracia del Señor. Con estos signos iba haciendo presente en el mundo el reinado de Dios.

Jesús anunciaba su Evangelio con hechos y palabras. En ellos se desplegaba la fuerza transformadora de Dios: los cojos andaban, los ciegos veían, los mudos recuperaban el habla, los sordos empezaban a oír, los leprosos quedaban limpios, los muertos resucitaban, los pecadores eran perdonados, los tristes consolados, los humillados recobraban su dignidad.

En una palabra, en Jesús se manifestaba la gracia, la bondad, la misericordia y la fuerza vivificante de nuestro Dios, que posibilita a cada hombre y a cada mujer que se acerca a El con fe, recuperar su condición de persona y de hijo de Dios, su libertad y su integridad.

Jesús no ejerció solo su misión sino que llamó a otras personas a compartirla: los Apóstoles y demás discípulos y discípulas que lo dejaron todo y lo

siguieron. Antes de subir a los cielos los envió a hacer lo mismo que El había hecho.

Hoy somos nosotros esas personas que El ha llamado para que seamos sus seguidores y para enviarnos a continuar su misión evangelizadora dondequiera que nos movamos. Para ello nos prometió y nos envió su Espíritu Santo.

Mirando ahora una imagen de Jesús Nazareno, abramos nuestro corazón a su Palabra.

CANTO

LECTURA DE LA PALABRA DE DIOS

Ante una imagen de Cristo, leer los siguientes textos haciendo pausa entre uno y otro; colocar música de fondo; al final se invita a hacer eco de los textos que más tocaron el corazón.

«Jesús llamo a sus doce discípulos y les dio poder para expulsar espíritus inmundos y para curar toda clase de enfermedades y dolencias» (Mt. 10, 1)

«Vayan a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt. 10, 6)

«Vayan y anuncien que está llegando el reino de los cielos» (Mt. 10, 7)

«Curen a los enfermos, resuciten a los muertos, limpien a los leprosos, expulsen a los demonios; gratis lo recibieron, denlo gratis» (Mt. 10, 8)

«No lleven oro, ni plata ni dinero en el bolsillo» (Mt. 10, 9)

«Si no los reciben ni escuchan su mensaje, salgan de esa casa o de ese pueblo y sacúdanse el polvo de los pies» (Mt. 10, 14)

«Yo los envió como ovejas en medio de lobos. Sean, pues, astutos como serpientes y sencillos como palomas» (Mt. 10, 16)

«El discípulo no es más que su maestro ni el siervo más que su señor. Basta con que el discípulo sea como su maestro, y el siervo como su señor» (Mt. 10, 24-25).

«No tengan miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma» (Mt. 10, 28)

«Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados» (Mt. 10, 30).

«El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí» (Mt. 10, 38).

«El que quiera conservar la vida, la perderá, y el que la pierda por mí la conservará» (Mt. 10, 39)

«El que los recibe a ustedes me recibe a mí, y el que me recibe a mí, recibe al que me envió» (Mt. 10, 40).

«Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos y bautícenlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt. 28, 19)

«Enseñenles a poner en práctica todo lo que yo les he mandado» (Mt. 28, 20)

«Sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el final de este mundo» (Mt. 28, 20).

SIGNO

Cinco guías se colocan con cirios en el presbiterio, a los lados de la imagen de Cristo, acompañados de otro guía que tiene en sus manos velas para ir entregando a los integrantes de los grupos.

El guía motiva a la gente para ir a buscar la luz de Cristo y salir hacia su lugar de reunión. Es Cristo Resucitado quien nos envía en misión. Mientras tanto se canta.

«Yo soy la Luz del mundo» (Jn. 8,12).



«Oración Grupal Guiada»

1. AMBIENTACION

Sobre un collage con fotos de actualidad que muestran la situación del mundo, o de Chile, se coloca una Biblia y velas apagadas alrededor.

2. NOS PONEMOS EN PRESENCIA DEL SEÑOR E INVOCAMOS SU NOMBRE.

3. PEDIMOS LA GRACIA QUE DESEAMOS CONSEGUIR

«Señor Jesús, Tu eres el Evangelio de Dios y el primer evangelizador danos la gracia de conocerte más profundamente para amarte más seguirte con más fidelidad en nuestra tarea misionera»

4. MOTIVACION :

Jesús es nuestro modelo. Mirándolo a El queremos aprender a ser Misioneros de su Evangelio.

- Para eso vamos a acompañarlo una de las primeras mañanas de su vida misionera.
- Leeremos el texto bíblico y después vamos a imaginar la escena y nos vamos a hacer presente en ella para sacar algún mensaje para nuestra acción misionera.

5. LECTURA BIBLICA:

MARCOS 1,21-28

Se lee pausadamente

6. CONTEMPLACION

Tomemos, ahora, una posición cómoda, respiremos profundamente, cerremos los ojos.

Mirémos a Jesús llegando a Cafarnaúm con sus discípulos. Es una pequeña ciudad, junto a un hermoso lago. Miremos el lago. Es una mañana agradable.

Entran en la sinagoga. Estaba llena de gente. Es día sábado.

Jesús se pone al medio y empieza a enseñar. Imaginemos su voz. Imaginemos sus palabras.

La gente se admira. Mirémosle sus rostros.

Jesús enseña con autoridad

De repente un grito espantoso: «¿Qué quieres de nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido para acabar con nosotros?»

Es el demonio que se siente atacado por la enseñanza de Jesús

¿Dónde estoy yo en la escena? ¿Cerca de Jesús? ¿cerca del hombre endemoniado? ¿Oculto entre la gente?

Oigamos la voz poderosa de Jesús: «Cállate y sal de este hombre».

Miremos al mal espíritu que sacude al hombre con violencia y sale de él gritando.

La gente queda más asombrada aún: mirémosle de nuevo sus rostros, miremos también al hombre que ha sido sanado. ¿Qué sentiría?

7. REFLEXION

¿Qué sentimientos se despertaron en mí al contemplar esta escena?

Jesús evangeliza en primer lugar con su palabra ¿He tenido yo la oportunidad de evangelizar con mis palabras? ¿A quién? ¿Cuál fue el resultado?

Jesús también evangeliza con hechos. En este caso saca un espíritu maligno de un hombre. ¿Cuáles son los espíritus malignos que hoy debiéramos sacar de las personas? Contar alguna experiencia personal.

8. SIGNO

Mientras cantamos «Esta es la luz de Cristo», vamos encendiendo nuestras velitas y colocándolas en distintos puntos del collage. La Biblia abierta permanece en el medio.

Ahora repetimos todos:

«Dice Jesús: Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no andaré en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida»

Nos tomamos de las manos y damos gracias o hacemos peticiones por todo lo vivido en este retiro.

Si es posible se termina con la Celebración Eucarística y una convivencia con los participantes en el retiro.

CONTEMPLACIÓN

*Lectura contemplativa.

Dios se me da a conocer con la experiencia del Corazón.

- Son muy importantes las sensibilidades para descubrir con más plenitud el mensaje de la Palabra de Dios, porque las diversas aportaciones hechas desde diversas experiencias de vida desvelan la riqueza de la Escritura con mayor claridad.
- Serenidad ante el misterio de Cristo.
- Contemplo mi vida a la luz del Misterio de Cristo.



COMPROMISO

*Lectura Comprometida

¿Qué camino de Vida me invita a tomar?

- La lectura de la Biblia tiene como meta la vida. Cuando nos acercamos a leer la Biblia, llevamos nuestra vida y la vida de quienes nos rodean.
- La Palabra de Dios nos ofrece un impulso para la vida, un camino de conversión.
- La lectura de la Biblia ha de desembocar en el compromiso ante Dios y ante los demás.



Vocalía de Pastoral Bíblica
Diócesis de San Juan de los Lagos, Jal.
Tel: 395-785-21-33

ORIENTACIONES

Para leer la Biblia



EN CINCO FÁCILES PASOS

Lectio Divina

*Triptico para la segunda
semana de Septiembre*

LECTURA

* Ambientar la Lectura.

¿Qué dice el Texto?

- La lectura del texto ha de ir precedida de un brevesilencio o de una oración para pedir al Señor, que nos abra el entendimiento y el corazón para acoger obedientemente su palabra.
- Los textos deben leerse despacio y sin prisas. Necesita que le demos tiempo, que la leamos una y otra vez para estar seguros de captar su mensaje.

- Distinguir el mensaje central y lo que era propio sólo de aquella cultura (matanzas, violencia, discriminación de la mujer...). El mejor criterio para saber esto es leer todos los textos desde el mensaje y la vida de Jesús que es el centro y clave para leer toda la Biblia.

MEDITACIÓN

* Leer para entender la Vida.

¿Qué me dice el Texto?

- Después de una primera lectura del texto es necesario exponer nuestra vida a la interpelación del mensaje que hemos descubierto. Nosotros no leemos la Biblia para saber más cosas sobre ella o por mera curiosidad, leemos la Biblia para entender nuestra vida. En sus páginas no hay recetas, sino pistas para orientar nuestra existencia. Esto supone:

- Tener una mirada penetrante sobre las cosas que pasan a nuestro alrededor: estar atentos a las cosas que nos pasan a nosotros y a la gente que nos rodea, a los signos de cada época.

- Estar dispuestos a dejarnos interpelar por el texto y por el mensaje que nos desvela.

ORACIÓN

* Lectura Orante

¿Qué me hace decirle a Dios?

- La Biblia debe ser leída en el espíritu con el que ha sido escrita. A través de ella Dios nos habla y para escucharle tenemos que estar en la misma sintonía. Esto significa que la lectura debe hacerse en un clima de oración, lo cual nos exige:

- Abrir sinceramente el corazón, para acoger lo que Dios nos dice a través de su Palabra.

- Responder a Dios a través de la súplica, la acción de gracias, la alabanza... completando así el diálogo que él mismo comienza. Por que escuchamos a Dios cuando leemos su Palabra y le hablamos cuando le dirigimos nuestra oración.

JUEVES

*La Buena Nueva proclamada por los Evangelistas.

- La palabra Evangelio significa Buena Nueva o Buena Noticia, se trata de la gran noticia de que Jesús es el Hijo de Dios.
- Todo lo que Él hizo y enseñó quedó grabado en la memoria de sus apóstoles y discípulos y ellos lo fueron enseñando oralmente, a esto se llamó *Evangelio Oral*.
- Estos relatos se fueron escribiendo, poco a poco, hasta que los cuatro Evangelistas (*Mateo, Marcos, Lucas y Juan*) los recopilaron y escribieron lo más importante e interesante para las primeras comunidades cristianas.
- San Mateo, San Marcos y San Lucas escribieron relatos paralelos llamados «Sinópticos» porque más o menos relatan las mismas cosas, cada uno a su estilo.
- San Juan, en cambio prefiere insistir en discursos más profundos.

VIERNES

*San Pablo, el gran predicador.

- Pablo es una de las grandes figuras del cristianismo primitivo, nacido en el seno de una familia hebrea y educado en la rígida tradición farisea.
- Su vida cambió de forma radical cuando experimentó un misterioso encuentro con Jesús Resucitado, y esto lo volvió un evangelizador entusiasta de la fe en Cristo.
- Sus escritos los encontramos en la Biblia a través de cartas, las cuales dirige a las comunidades o individuos con quienes se relacionaba a través del mensaje cristiano.
- El papa Benedicto XVI proclamó en la basílica de San Pablo Extramuros, al sur de Roma, el «Año Paulino», dedicado a San Pablo, con motivo de los dos mil años del nacimiento del Apóstol de los Gentiles.
- El especial Año Paulino comenzará el 28 de junio de 2008 y se prolongará hasta el 29 de junio de 2009.

¿QUÉ ES LA BIBLIA?

Tips para conocer mejor la Biblia



Para aprender, conocer y valorar más la Palabra de Dios

Triptico para la primera semana de Septiembre

Vocalía de Pastoral Bíblica
Diócesis de San Juan
de los Lagos, Jal.

Tel: 395-785-2133

LUNES

¿Qué es la Biblia y cómo se compone?

- La Biblia contiene la comunicación de Dios a los hombres a lo largo de la Historia.
- La palabra Biblia viene del griego «Biblión» que quiere decir libros.
- Se usa para designar el conjunto de escritos considerados como «Palabra de Dios» por la Iglesia.
- Se compone de dos partes: El Antiguo Testamento (AT) y Nuevo Testamento (NT).
- El Antiguo Testamento contiene 46 libros, la mayoría escritos en hebreo. El Nuevo Testamento contiene 27 libros escritos todos en griego.

Dios se ha revelado al hombre de muchas maneras. La Biblia contiene por escrito parte de esa revelación. Dios se reveló con toda claridad y de una manera definitiva en la Persona de Jesucristo su hijo hecho hombre.

MARTES

¿Cómo usar la Biblia?

- Los nombres de los libros de la Biblia se abrevian: Ejemplo: Génesis: Gen
Éxodo: Ex
Levítico: Lev. Etc.
- Para citar los textos se abrevia el nombre del libro y luego se escribe el número del capítulo y después de una coma el número del versículo inicial separado con guión del versículo correspondiente al final.

Ej: *Gen 46, 1-8.* Esto quiere decir capítulo 46 del libro del Génesis versículos del 1 al 8.

Practica en tu Biblia.



MIÉRCOLES

*La Biblia, el Libro del Pueblo de Dios.

- Cada vez que se lee una lectura en la Misa se termina diciendo: «Esta es Palabra de Dios».
- Lo anterior se debe a dos cosas: Primero, que Dios se manifestó a algunos hombres comunicándoles sus designios con tal que los dieran a conocer al resto del pueblo. Segundo, que estas revelaciones y la manera como fueron acogidas por los hombres, han sido puestas por escrito para que se conservaran en la memoria y en el corazón de la humanidad.
- Los autores de los diferentes escritos de la Biblia fueron iluminados, y guiados por el Espíritu de Dios, por eso la Biblia es un libro inspirado por Dios.
- La Biblia tiene por autor principal a Dios, y por autor secundario al escritor sagrado, que movido por Dios pone por escrito aquello que Él quiere revelar a su pueblo.

JUEVES

«POR LA EUCARISTÍA FORMAMOS COMUNIDAD»

Mt 26,26-28

1r Paso: LECTURA

Dejemos que la Palabra nos hable, nos penetre y conduzca. Jesús nos ofrece un Cuerpo partido y una Sangre derramada, para el perdón de nuestros pecados.

2 PASO: MEDITACIÓN

Gracias a la Eucaristía, descubrimos a Dios-Amor en nuestro corazón y en el del prójimo. No lo encontraríamos en los otros y en las otras, si antes no lo encontramos en el partir el pan y en la contemplación de su Palabra. Hemos comido su cuerpo y bebido su sangre; y, al hacerlo, todos los que hemos comido del mismo pan y bebido de la misma copa nos hemos convertido en un solo cuerpo. Este nuevo cuerpo es un cuerpo espiritual, formado por el Espíritu de amor, y se manifiesta de maneras muy concretas: en el perdón, en la reconciliación, en el apoyo mutuo, en la ayuda a las personas necesitadas, etc.

3 PASO: ORACIÓN

Doy gracias a Dios por la Eucaristía que me hace vivir la Comunión, etc.

4 PASO: CONTEMPLACIÓN

El Señor Jesús, nos da la capacidad de vivir en profundidad el misterio de la Comunión Eucarística, para que seamos siempre y en toda circunstancia, solidarios con nuestros hermanos.

5 PASO: COMPROMISO

La tarea evangelizadora que Dios encomienda a cada bautizado y comunidad cristiana se realiza dando pasos hacia el amor. El amor vence el sufrimiento y las limitaciones, restaurando la creación, las personas y las comunidades. ¿Qué acciones concretas voy a realizar para vivir la comunión?

VIERNES

VIVIR EN LA COMUNIDAD LA VIDA DE CRISTO

Juan 10,1-10

1r Paso: LECTURA

Lee despacio lo que Jesús dice de sí mismo: “Yo soy la puerta, si uno entra por mí, estará a salvo...” “Entrar” por Jesús es acercarse a Él, conocerle, creer en Él, amarlo, seguirle, guardar su palabra... Vivir desde dentro de Jesús. Sentir, pensar, actuar, elegir desde Jesús. En Él quedamos a salvo de todo lo que amenaza nuestra vida: el pecado y la muerte. Encontramos el alimento: su carne, su sangre y su palabra.

2 PASO: MEDITACIÓN

¿De qué vida habla aquí el Señor Jesús? Nos habla de la vida que viene de Aquel que Él llama su Padre y nuestro Padre: el cual es «la fuente de la vida»; el Padre que, «por una disposición libérrima y arcana de su sabiduría y bondad, creó todo el universo, decretó elevar a los hombres a participar de la vida divina» Vida que «se ha manifestado» en el mismo Señor Jesús, el cual la posee en plenitud y quiere darla en abundancia. Vida, que sigue siendo ofrecida a los hombres mediante el Espíritu Santo para que la viva en Comunión. Es pues la vida del «Dios vivo, Comunidad Trinitaria»

3 PASO: ORACIÓN

Leo atentamente el Salmo 23

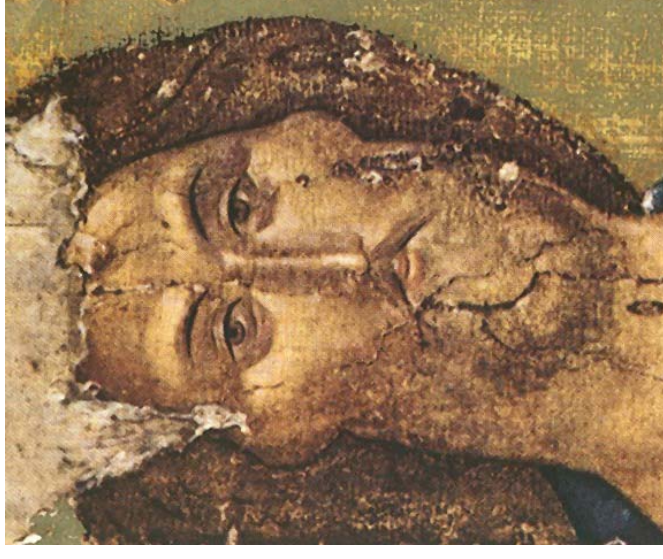
4 PASO: CONTEMPLACIÓN

Por medio de Jesús, que es el único Pastor, y por medio de la comunión con él todos (y todas las comunidades) están llamadas a convertirse en una gran comunidad. Esta comunidad, que los hombres nunca podremos obtener por nosotros mismos (por más coaliciones que hagamos), será obra suya. Sabremos vivir en comunidad cuando tengamos la mirada puesta en Jesús, el único Pastor. La excelencia de todo pastor está en saber construir unidad dondequiera que esté, y no en torno a él sino a Jesús.

5 PASO: COMPROMISO

Desechar la soberbia de creernos los dueños absolutos de nuestra vida. La vida te ha sido dada. Tú no eres Dios. Tú eres de Dios. Rechaza el pecado, todo lo que signifique un no a Dios y a la vida de la Gracia, un rechazo de su amor y de su plan para ti dentro de la Comunidad.

LECTIOS DIVINAS PARA LA SEMANA DE LA BIBLIA



Una lectio para cada día de la Semana

*Triptico para la cuarta
semana de Septiembre*

Vocalía de Pastoral Bíblica
Diócesis de San Juan de los
Lagos, Jal.

Tel: 395-785-2133

LUNES

SOMOS UNA COMUNIDAD DE BIENAVENTURADOS

Mateo 5,1-12a

1r Paso: LECTURA

Al leer la bienaventuranzas, podemos fijarnos, en primer lugar, en cuáles son sus protagonistas. ¿Quiénes están presentes? ¿Quiénes hablan? ¿Quiénes escuchan?

«Bienaventuranza» significa «felicidad». Jesús, según Mateo, proclama felices a ocho categorías de personas: los pobres de espíritu, los mansos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz y los perseguidos por causa de la justicia.

2 PASO: MEDITACIÓN

1. Reflexiona qué es lo que te hace sentir feliz o satisfecho/a habitualmente. 2. ¿Telamentas, a veces, por carecer de cosas que te harían sentir más feliz? 3. ¿A quiénes de las personas que conoces consideras felices? ¿Por qué? 4. ¿Tiene algo que ver tu proyecto de felicidad con el de Jesús proclamado en las bienaventuranzas?

3 PASO: ORACIÓN

Oramos el Salmo 145

4 PASO: CONTEMPLACIÓN

Contempla a todas las personas que encontraron la felicidad al encontrarse con Jesús (el leproso, el paralítico, la hemorroisa, la mujer encorvada, la cananea, Zaqueo, la pecadora pública...). ¿Te ha pasado a ti lo mismo? Si te ha pasado ya, entonces formas parte de esa comunidad de dichosos.

5 PASO: COMPROMISO

Me esforzaré en vivir en mi comunidad las bienaventuranzas con la esperanza de una vida eternamente feliz.

MARTES

SOMOS UNA COMUNIDAD QUE ACOMPAÑA A JESÚS CON LA CRUZ

(LC 9, 18 - 24)

1r Paso: LECTURA

¿Cuáles son los personajes?, ¿Qué esperan de Jesús? ¿Qué le pide Jesús a sus discípulos? Jesús no quiere despertar entusiasmos facilonos. Invita a participar a la comunidad en su cruz para renacer a una vida nueva. Ahora es momento de ser «discípulos»... luego, tras pasar por el escándalo de la cruz y verle resucitado, recibirán la fuerza del Espíritu para ser «apóstoles».

2 PASO: MEDITACIÓN

¿No seré yo un seguidor «de boquilla», sólo teórico, sin abrazar su cruz? A veces, lo reconozco, estoy preocupado ante todo por mi propio bienestar, éxito, seguridad... como si me pudiera salvar a mí mismo, encerrado en mi torre de marfil. ¿Qué sensibilidad tengo para los sufrimientos ajenos, para las injusticias del mundo, para los problemas del hambre, la opresión, la violencia, para comprometerme a favor de un mundo más conforme al designio de Dios?

3 PASO: ORACIÓN

Repito varias veces: Señor ¡yo quiero seguirte! Y vivir así contigo siempre. Hasta la cruz. Hasta la Vida.

4 PASO: CONTEMPLACIÓN

Contemplo la cruz de Cristo. Me abrazo a ella y ofrezco mis sufrimientos para el perdón de los pecados.

5 PASO: COMPROMISO

¿Estoy dispuesto a compartir con Jesús el sufrimiento, la enfermedad, la cruz como medio de salvación? Como miembro de una comunidad de hermanos, ¿me comprometo a cargar con mi cruz, a dejarme ayudar con mi carga y a ayudar a los demás con la suya?

MIÉRCOLES

UNA COMUNIDAD QUE ORA AL PADRE Y CONFÍA EN ÉL.

Mateo 6, 7-15

1r Paso: LECTURA

El Padre nuestro es la oración de Jesús, el Hijo amado, quien por pura gratitud nos participa lo que Él es, nos hace iguales, hijos en él y como él hasta el punto que podamos dirigirnos al Padre con su mismo espíritu: “¡Abbá, Padre!” (Romanos 8,15).

2 PASO: MEDITACIÓN

“¡Padre!” . Jesús no le decía a Dios Padre, sino “Abbá” que es una expresión de familiaridad propia del niño en la relación con su papá”. En español podríamos decir “Papaíto, papito lindo”. Esto, nos deja entender que Jesús trató siempre a Dios con la confianza de un niño a su papá, y así quiere que hagamos también nosotros. La Palabra “Nuestro” nos hace reconocer que es en la paternidad de Dios donde se fundamenta nuestra fraternidad, somos hermanos, porque hijos amados del Padre, ¡todos venimos de la misma Fuente! En las siete peticiones del Padre nuestro, Jesús nos enseña a pedir al Padre lo que Él mismo quiere darnos.

3 PASO: ORACIÓN

Rezo el Padre Nuestro con devoción.

4 PASO: CONTEMPLACIÓN

1. ¿Qué comparte con nosotros Jesús al enseñarnos el Padre Nuestro? 2. De las peticiones del Padre Nuestro, ¿Cuál es aquella con la cual más me identifico y por qué? 3. ¿En qué hago consistir concretamente mi relación con el Padre? ¿Soy consciente de que soy hermano porque Dios es mi Padre?

5 PASO: COMPROMISO

Me comprometo a orar siempre al Padre sintiéndome comunidad de hermanos, por eso siempre diré Padre nuestro y no Padre mío.

¿Cómo te proyectas hacia el futuro?

Yo corro, pero no sin saber adónde; peleo, no como el que da golpes en el aire. Al contrario, castigo mi cuerpo y lo tengo sometido, no sea que, después de haber predicado a los demás, yo mismo quede descalificado (Cfr 1 Cor 9, 26-27). Olvidándome del camino recorrido, me lanzo hacia adelante y corro en dirección a la meta, para alcanzar el premio del llamado celestial que Dios me ha hecho en Cristo Jesús (Cfr Flp 3, 13-14). Y ya está preparada para mí la corona de justicia, que el Señor, como justo juez, me dará en ese día, y no solamente a mí, sino a todos los que hayan aguardado con amor su Manifestación (Cfr 2 Tim 4, 8).

Pablo, enseñanos a orar...

Por eso doblo mis rodillas delante del Padre,... que él se digne fortificarlos por medio de su Espíritu,... para que crezca en ustedes el hombre interior. Que Cristo habite en sus corazones por la fe, y sean arraigados y edificados en el amor. Así podrán comprender, con todos los santos, cuál es la anchura y la longitud, la altura y profundidad, en una palabra, ustedes podrán conocer el amor de Cristo, que supera todo conocimiento, para ser colimados por la plenitud de Dios.

A él sea la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús, por todas las generaciones y para siempre. Amén (Cfr Ef 3, 14-20).



San Pablo Apóstol - Vaticano

Cada pregunta hecha a San Pablo puede ser utilizada, para la reflexión grupal o personal, de la siguiente manera:

- 1- ¿Qué dice el texto?
- 2- ¿Qué me dice a mí el texto?
- 3- ¿Qué le digo a Dios a partir de este texto de Pablo?
- 4- ¿Qué discípulo y misionero de Jesucristo quiero ser después de lo leído, meditado y orado?

Adhesión de la Familia Paulina al Año Paulino
28/6/2008 - 29/6/2009



Sociedad de San Pablo
Riobamba 230 C1025ABF BUENOS AIRES.
Tel. (011) 5555-2400/01
www.san-pablo.com.ar



Hijas de San Pablo
Larrea 44/50 C1030AAB BUENOS AIRES
Tel. (011) 4952-5924
www.paulinas.org.ar



Piás Discípulas del Divino Maestro
Navarro 2448 C1419HSH BUENOS AIRES
Tel. (011) 4574-2391
www.piasdiscipulas.org



Hermanas de Jesús Buen Pastor
Alexander Fleming 3650 - Barrio San Ignacio
B1663OJR SAN MIGUEL (Buenos Aires)
Tel. (011) 4465-2735 - supdelegada@redescolar.com.ar

Hermanas de María Reina de los Apóstoles

Instituto Virgen de la Anunciación

Instituto San Gabriel Arcángel

Padre Alberione 7153 X5022HHA Argüello - CÓRDOBA
Tel. (03543) 420-441 - alberione33@arnet.com.ar

Instituto Santa Familia

Instituto Jesús Sacerdote

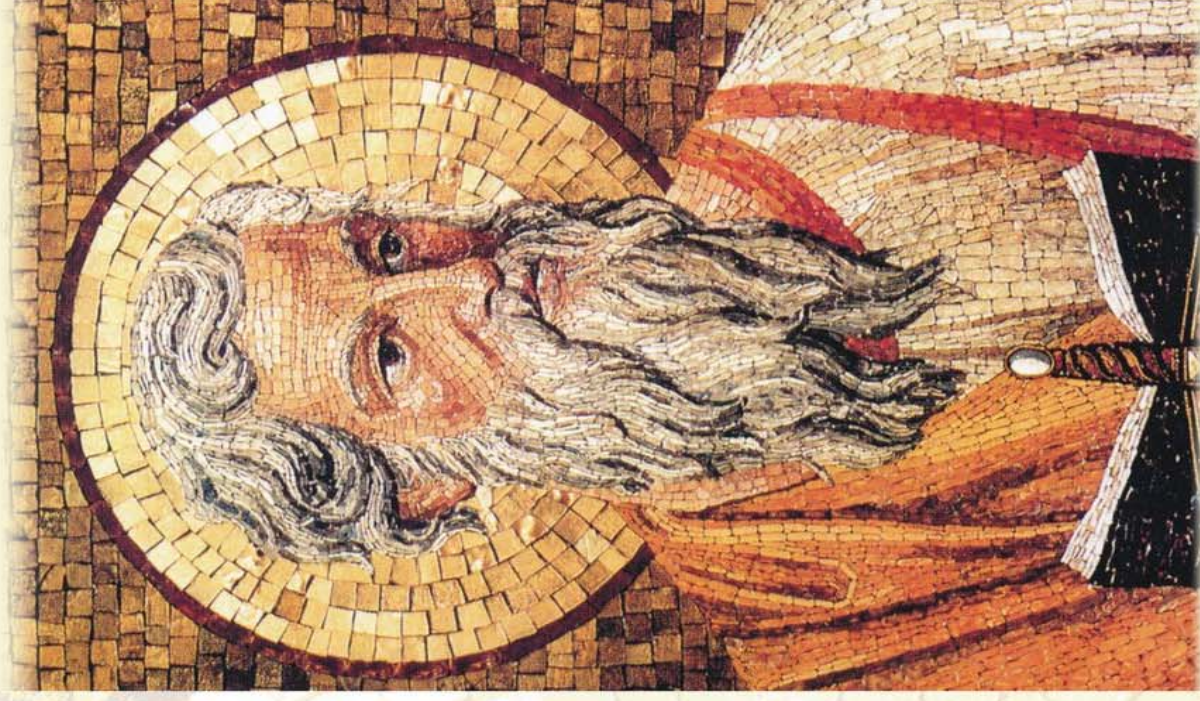
Padre Alberione 7153 X5022HHA Argüello - CÓRDOBA
Tel. (03543) 420-441 - santiagohonmini@arnet.com.ar

Asociación de Cooperadores Paulinos

visite: www.sanpablohoy.com

“Ya no vivo yo,
es Cristo quien vive en mí”

Gálatas 2, 20



Entrevista
a San Pablo



Pablo, ¿dónde naciste?

Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia pero he sido criado en Jerusalén y fui iniciado a los pies de Gamaliel en la estricta observancia de la Ley de nuestros padres: "De lo que fue mi vida desde mi juventud y cómo viví desde el principio en medio de mi nación, lo saben todos los judíos en Jerusalén mismo" (Cfr Hech 26, 4).



Ubicación geográfica

Pablo, ¿de qué manera la conversión a Cristo modificó tus planes?

Yo consideraba que debía combatir por todos los medios el nombre de Jesús de Nazaret. Lleno de rabia contra los cristianos, los perseguía hasta en las ciudades extranjeras. Con este fin, me dirigía a Damasco con plenos poderes y con la orden de los sumos sacerdotes (Cfr Hech 26, 9-12). En el camino y al acercarme a Damasco, una intensa luz que venía del cielo brilló de pronto a mi alrededor. Caí en tierra y oí una voz que me decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?". Le respondí: ¿Quién eres Señor?, y la voz me dijo: "Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues..." (Cfr Hech 9, 3-5). "He sido yo alcanzado por Cristo Jesús" (Cfr Flp 3, 12)

¿Cómo entró Jesús en tu vida?

Dios no pidió permiso. Entró sin más y me dejó en el suelo (Cfr Hech 9, 4; 22, 7; 26, 14). Cuando me levanté, estaba ciego, y así quedé durante tres días. Un hombre llamado Ananías... me dijo: "Y ahora, ¿qué esperas? Levántate, recibe el bautismo y purifícate de tus pecados, invocando su Nombre" (Cfr Hech 22, 12, 16). Me sorprendió, fui alcanzado por Cristo. Esto era lo que estuve esperando desde siempre. Para esto fue que Dios me separó y me puso aparte, desde el seno materno (Cfr Gál 1,15). Viví esto como mi vocación y misión. "La vida que sigo viviendo en la carne, la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí" (Cfr Gál 2, 20).

¿Qué mensaje nos darías desde tu experiencia con Cristo?

Yo, que estoy preso por el Señor, los exhorto a comportarse de una manera digna de la vocación que han recibido... Traten de conservar la unidad del Espíritu, mediante el vínculo de la paz. Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu... Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Hay un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, lo



"Conversión de San Pablo"
Teresa Groselj

penetra todo y está en todos (Cfr Ef 4, 1. 3-6). Porque todos ustedes, por la fe, son hijos de Dios en Cristo Jesús,... Por lo tanto, ya no hay judío ni pagano, esclavo ni hombre libre, varón ni mujer, porque todos ustedes no son más que uno en Cristo Jesús (Cfr Gál 3, 26. 28).

¿De qué manera anunciaste el Evangelio?

Prediqué gratuitamente la Buena Noticia, renunciando al derecho que la misma me confiere. En efecto, siendo libre, me hice esclavo de todos, para ganar al mayor número posible. Me hice débil con los débiles, para ganar a los débiles. Me hice todo para todos, para ganar por lo menos a algunos, a cualquier precio. Y todo esto, por amor a la Buena Noticia, a fin de poder participar de sus bienes (Cfr 1 Cor 9, 18-19. 22-23).



"San Pablo en el areópago"
Teresa Groselj

¿Cuál fue tu mayor preocupación?

Dejando de lado otras cosas, está mi preocupación cotidiana: el cuidado de todas las Iglesias. ¿Quién es débil, sin que yo me sienta débil? ¿Quién está a punto de caer, sin que yo me sienta como sobre ascuas? Si hay que gloriarse de algo, yo me gloriaré de mi debilidad (Cfr 2 Cor 11, 28-30).

ORACION

L = *Lector* T = *Todos*

L: ¡Bendito sea el Señor!

T: ahora y por todos los siglos.

L: Venid, adoremos a Cristo, nuestro Rey.

**T: Te adoramos, Cristo resucitado
y presente en medio de nosotros.**

**L: Venid, postrémonos ante el Señor Jesús,
nuestro Rey y nuestro Dios.**

T: Gloria por siempre al Rey de reyes y Señor de señores.

L: Señor Jesús, Tú eres el cordero, el siervo del Señor.

T: Con tu sangre derramada quitas el pecado del mundo.

L: Señor Jesús, Tú eres el cordero de Dios.

T: Fuiste inmolado desde la creación del mundo.

L: Señor, Jesús, Tú eres el Cordero pascual.

T: De tu costado atravesado salió sangre y agua.

**L: Señor Jesús, Tú eres el Cordero que está de pie
sobre el trono.**

T: Tú abres los sellos del libro de la primera alianza.

L: Señor Jesús, Tú eres el Cordero de la nueva Jerusalén.

**T: Tú eres su lámpara y su nuevo sol, Tú resplandeces
eternamente.**

L: Señor Jesús, Tú eres el comienzo y el fin, el Señor de la vida.

**T: Tú moriste, pero ahora reinas sobre la muerte y estás vivo
y presente por siempre.**